

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

---

COMITE EDITORIAL DEL CURSO DE EVOLUCION DE LA  
CIVILIZACION CONTEMPORANEA DE LA  
FACULTAD DE ECONOMIA

EVOLUCION DE LA CIVILIZACION  
CONTEMPORANEA

CAPITULO XV. REVOLUCION INDUSTRIAL

---

Monterrey, N. L. 1974

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

54

2

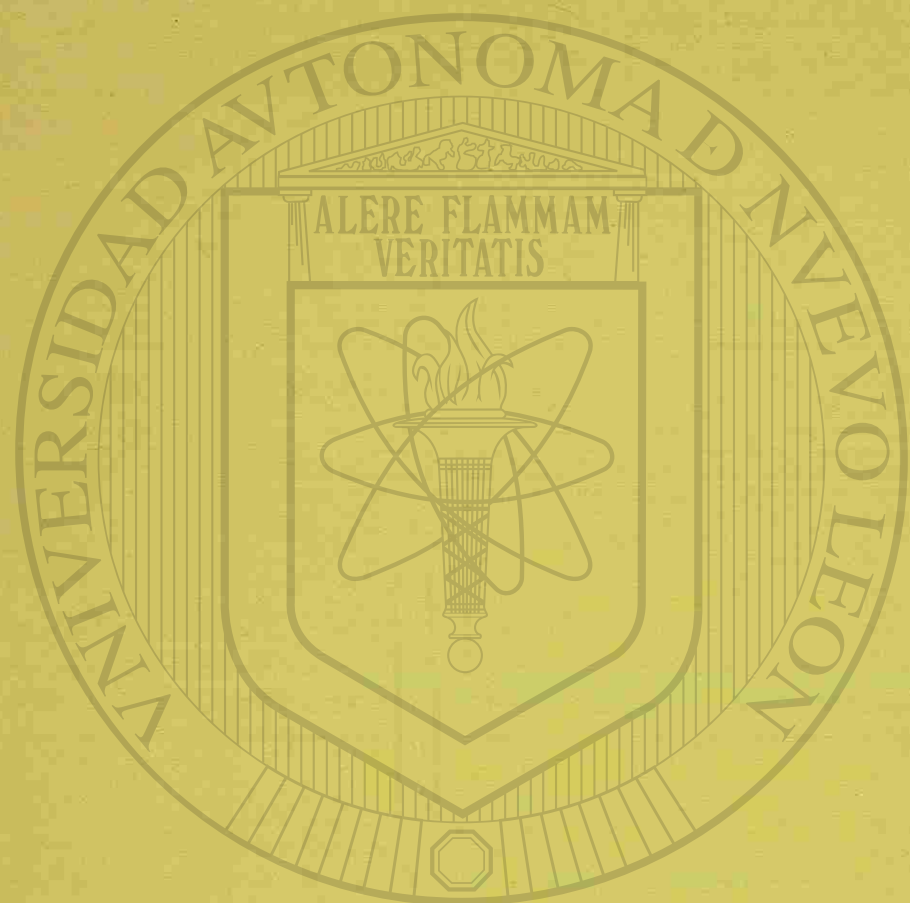
U. S. S. R.  
192

★ CAPITULO XV. REVOLUCION INDUSTRIAL ★

★



1020081167



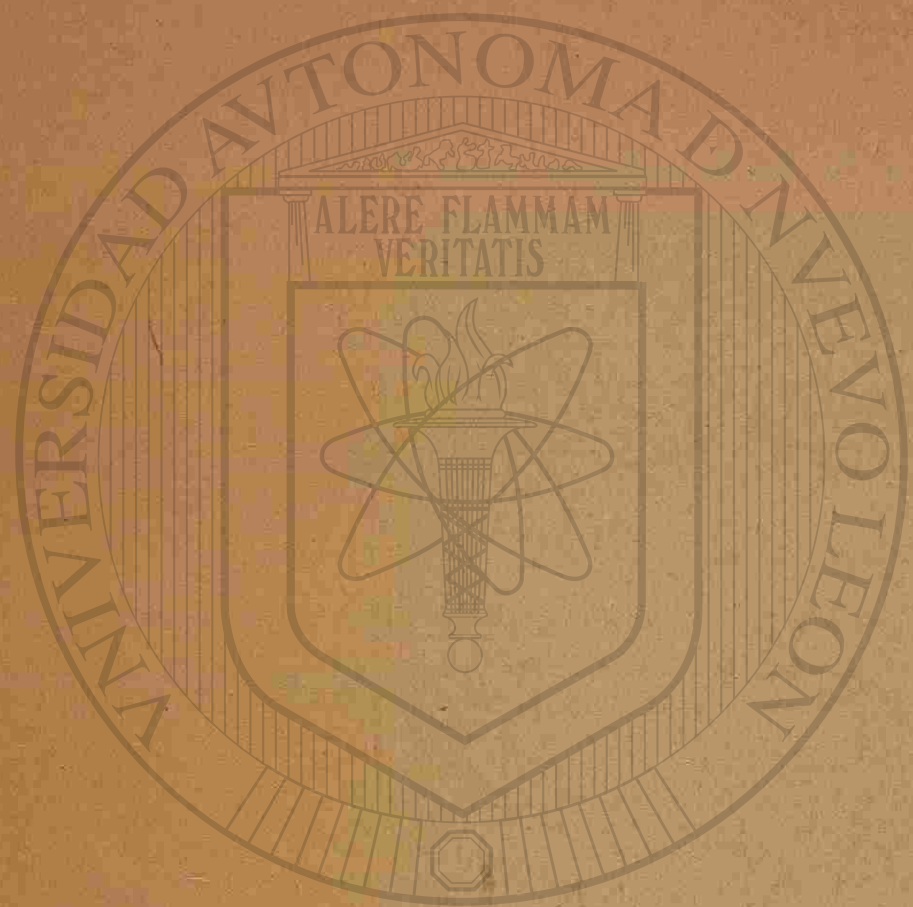
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EVOLUCION DE LA CIVILIZACION

CONTEMPORANEA.

Ensayos y Lecturas.

U A N L

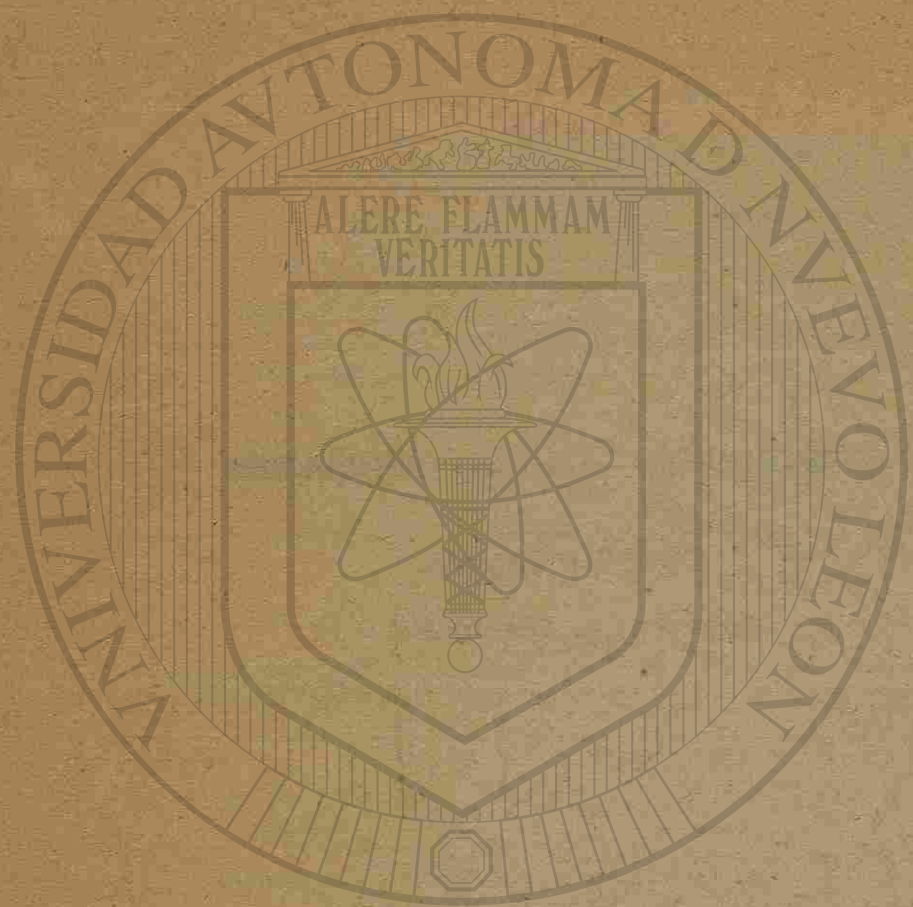
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

COMITE EDITORIAL DEL CURSO DE EVOLUCION DE  
LA CIVILIZACION CONTEMPORANEA DE LA  
FACULTAD DE ECONOMIA

# U A N L

EVOLUCION DE LA CIVILIZACION  
CONTEMPORANEA

CAPITULO XV: LA REVOLUCION INDUSTRIAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO GENERAL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Monterrey, N.L. 1964.



AL 254

.5

US

Ej 2

1a. edición 1964

XV, E  
Pág. 1

## CAPITULO XV

### LA REVOLUCION INDUSTRIAL.

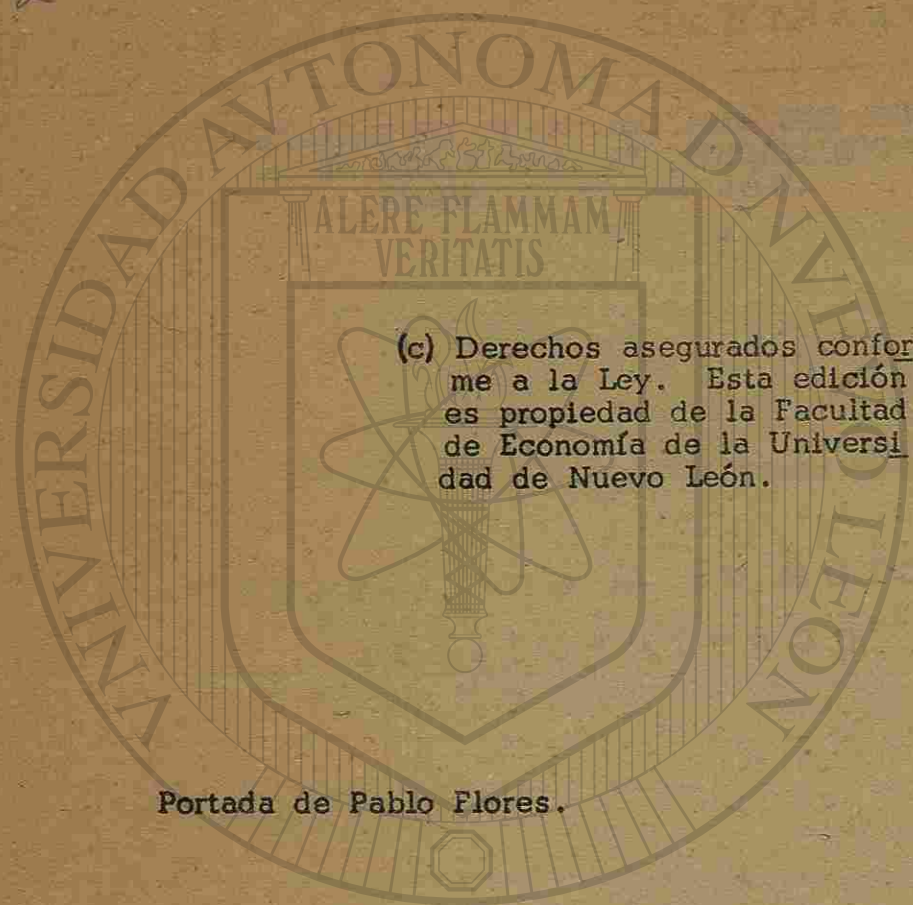
#### *Significado de la revolución industrial*

En el período que abarca desde 1400 hasta 1700 aproximadamente sufrió la civilización moderna su primer trastorno económico importante. Fue la llamada *revolución comercial*, que aniquiló la economía estática de la Edad Media y la sustituyó con un capitalismo dinámico dirigido por comerciantes, banqueros y navieros. Pero la revolución comercial fue sólo el comienzo de cambios rápidos y decisivos relacionados con los bienes de este mundo. Pronto la siguió una revolución industrial que no sólo amplió la esfera de los grandes negocios en el campo del comercio, sino que abarcó también el reino de la producción. En la medida en que es posible reducir los acontecimientos a una fórmula compendiosa, puede decirse que la revolución industrial comprendió los siguientes hechos: 1) La mecanización de la industria y la agricultura; 2) La aplicación de la fuerza motriz a la industria; 3) El desarrollo del sistema fabril; 4) Un aceleramiento sensacional de los transportes y comunicaciones; y 5) Un aumento notable del dominio capitalista en casi todas las ramas de la actividad económica. Aunque la revolución industrial se había iniciado ya en 1760, no llegó a su apogeo hasta el siglo XIX. Muchos historiadores dividen el movimiento en dos grandes etapas, cuya línea divisoria marca aproximadamente el año 1860. A la etapa que abarca desde ese año hasta el presente se la llama a veces la segunda revolución industrial.

#### I. — CAUSAS DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

##### *Los primeros adelantos técnicos*

La revolución industrial nació de una multiplicidad de causas, algunas de ellas mucho más remotas de lo que se supone generalmente. Conviene considerar ante todo los primeros adelantos técnicos. Los inventos maravillosos de fines del siglo XVII no surgieron de golpe como Minerva de la cabeza de Zeus. Al contrario, desde hacía tiempo se mostraba un interés más o menos fecundo por las innovaciones mecánicas. El período de



Portada de Pablo Flores.



FONDO UNIVERSITARIO

158460

Impreso en México



la revolución comercial había presenciado la invención del reloj de péndulo, el termómetro, la bomba de aire, el torno de hilar y el telar de medias, aparte de las mejoras técnicas en la fundición de metales y la producción de bronce. Alrededor de 1580 se ideó un telar mecánico capaz de tejer varios cabes de cinta al mismo tiempo. Aunque el inventor fue ahogado en 1586 por los maestros gremiales de Danzig, la noticia de su hallazgo llegó a otras localidades. Hubo también progresos técnicos importantes en las industrias de fabricación de vidrio, construcción de relojes, ebanistería y construcción de barcos. Algunos de los primeros inventos hicieron necesario el empleo de métodos fabriles. Por ejemplo, la máquina torcedora de seda inventada en Italia alrededor del año 1500 tuvo que ser alojada en un edificio amplio y su manejo requería muchos obreros. Según una descripción hecha por Daniel Defoe en 1738, en Temple Mills — lugar situado a la orilla del Támesis, más arriba de Londres — el cobre era batido en calderas y cazos por martillos enormes movidos por la fuerza hidráulica. Apenas puede compararse la importancia de estos primeros adelantos técnicos con la de los realizados después de 1760, pero indican que la era de la maquinaria no surgió de pronto.

#### *Otros efectos de la revolución comercial*

Entre las otras causas de importancia capital figuran algunas que fueron una consecuencia más directa de la revolución comercial. Ese movimiento creó la clase de los capitalistas, que buscaba constantemente nuevas oportunidades para invertir su riqueza excedente. Al principio esa riqueza podía ser absorbida rápidamente por el comercio, la minería, la banca y la construcción de barcos, pero a medida que pasaba el tiempo se iban reduciendo las oportunidades que ofrecían esos campos de actividades. En consecuencia, aumentaba el capital disponible para el desarrollo de la industria. Pero éste difícilmente habría podido producirse si no hubiese aumentado la demanda de productos industriales. Esta demanda se debía en gran parte a la creación de imperios coloniales y al aumento notable de la población europea. Se recordará que uno de los fines principales de la adquisición de colonias era ampliar el mercado para las manufacturas de la madre patria. Demuestra que se alcanzó bastante bien ese objetivo, el hecho de que en el año 1658 solamente exportó Inglaterra a Virginia no menos de veinticuatro mil pares de zapatos. Al mismo tiempo se ampliaban rápidamente los mercados potenciales internos a causa del aumento de la población en los países de la Europa occidental. En Inglaterra, el número de habitantes se elevó, de cuatro millones en 1600, a seis en 1700 y a nueve a fines del siglo XVIII. La población de Francia creció, de diecisiete millones en 1700, a veintiséis cien años después. Puede discutirse qué parte de ese aumento se debió a los progresos de la medicina en el siglo XVIII y qué parte del aumento del abastecimiento de alimentos como consecuencia de la expansión comercial, pero no se puede desconocer la influencia del segundo de estos factores. Por último, la revolución comercial estimuló el desarrollo de la industria mediante su evangelio funda-

mental: el mercantilismo. La política mercantilista se proponía, además de otras cosas, aumentar la cantidad de mercaderías fabricadas disponibles para la exportación y asegurar así un balance comercial favorable.

#### *La necesidad de mejoras técnicas fundamentales en ciertas industrias*

A pesar de la importancia de las causas ya mencionadas, la revolución industrial se habría demorado indudablemente de no haber sido por la necesidad de mejoras mecánicas fundamentales en ciertos campos de la producción. La demanda de carbón de leña para la fundición de hierro había reducido los recursos de madera hasta tal punto en 1700 que algunas naciones de la Europa occidental corrían el peligro de perder sus bosques. Alrededor de 1709 se encontró una solución parcial cuando Abraham Darby descubrió que se podía emplear el coque en la fundición. Pero para obtener coque suficiente era necesario extraer carbón en cantidad mayor que anteriormente. Como el obstáculo principal para la extracción de carbón era la acumulación de agua en las minas, la demanda del nuevo combustible hizo que se buscara una fuente de energía conveniente para impeler las bombas. Diversos experimentos relacionados con esa búsqueda llevaron finalmente a la invención de la máquina de vapor. Todavía más necesaria era la mecanización en la industria textil. Dada la difusión creciente de los paños de algodón en los siglos XVII y XVIII, era sencillamente imposible producir la hilaza suficiente con los tornos de hilar primitivos todavía en uso. Ni siquiera cuando se obligó a trabajar en el hilado a todas las mujeres y a todos los niños aptos se pudo hacer frente a la demanda. En Alemania se llegó a emplear en el hilado de algodón a los soldados de los cuarteles. A medida que la necesidad se hacía más urgente, las sociedades científicas y las entidades comerciales comenzaron a ofrecer recompensas a quienes mejorasen los métodos para producir hilaza. En 1760, por ejemplo, la Asociación Inglesa de Artes ofreció un premio por la invención de una máquina que permitiera a una persona hilar seis hilos al mismo tiempo. El resultado de toda esta atención a las necesidades mecánicas fue la invención, pocos años después, de la máquina para hilar y el telar hidráulico, precursores de una serie de inventos importantes en la industria textil. Pronto quedó demostrada la utilidad de estas máquinas, por lo que se aplicó la mecanización a otras industrias.

## II. — POR QUE COMENZO LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN INGLATERRA

### *Pobreza relativa de Inglaterra hasta bien entrado el siglo XVIII*

A primera vista puede parecer extraño que un pequeño reino insular no sólo se pusiera a la vanguardia de la industria mundial, sino que además mantuviera esa situación durante más de un siglo. Un filósofo moderno pretende que Inglaterra fue hasta bien entrado el siglo XVIII "el



país más pobre de la Europa occidental". Es cierto que no contaba en su territorio con gran variedad de productos. Estaba todavía más lejos de bastarse a sí misma que Francia o Alemania. Sus recursos agrícolas ya no bastaban para satisfacer sus necesidades y el agotamiento de los bosques se dejaba sentir desde la época de los Estuardo. El carbón y el hierro, considerados generalmente como sus riquezas naturales principales, no asumieron gran importancia industrial hasta el siglo XIX. Pero junto a estas condiciones adversas había otros factores más que suficientes para inclinar la balanza en favor de Inglaterra.

#### *Factores favorables a Inglaterra*

Quizá podríamos colocar a la cabeza de la lista de condiciones favorables el hecho de que Inglaterra era el país que se había beneficiado más con la revolución comercial. Si bien es cierto que Francia tenía alrededor del año 1750 un comercio exterior calculado en el equivalente a doscientos millones de dólares anuales, en comparación con los ciento sesenta millones de Gran Bretaña, debe recordarse que la población francesa era, por lo menos, tres veces mayor que la británica. Además, Francia había llegado al límite de su engrandecimiento imperial e invertía gran parte de los beneficios obtenidos con su comercio exterior en el mantenimiento, por medio de empréstitos e impuestos, de un ejército costoso y de una corte frívola y despilfarradora. Inglaterra, por su parte, iniciaba una edad dorada de poderío y prosperidad. Ya había adquirido las colonias más valiosas del hemisferio occidental y pronto iba a afianzar su supremacía imperial y comercial derrotando a Francia en la guerra de los Siete Años. Además, podía invertir en empresas productivas una parte mucho mayor de las ganancias obtenidas con el comercio ultramarino. Su gobierno se hallaba relativamente exento de corrupción y de gastos ruinosos. Su organización militar costaba menos que la de Francia y se recaudaban los ingresos con mucha más eficiencia. El resultado era que a sus comerciantes y armadores les quedaba una parte mayor de las ganancias excedentes, que se apresuraban a invertir en cualquier aventura comercial que pudiera reportarles un beneficio adicional.

#### *Inglaterra, principal país capitalista*

En vista de todo esto no es extraño que Inglaterra surgiera como el principal país capitalista a comienzos del siglo XVIII. En ninguna parte se había desarrollado más la compañía por acciones. El comercio de valores quedó organizado como un negocio legítimo en 1698, fecha en que se dió personería legal a la Bolsa de Londres. En 1700 Londres podía competir ya con Amsterdam como capital financiera del mundo. Además, Inglaterra tenía quizás el mejor sistema bancario de Europa, en cuya cima se hallaba el Banco de Inglaterra, fundado en 1694. Aunque se lo había creado con el propósito de reunir fondos para el gobierno, ha sido siempre una

institución exclusivamente privada. Sus acciones son de propiedad particular y su administración no está sujeta a fiscalización oficial. Sin embargo, ha operado siempre en asociación estrecha con el gobierno y en su primera época sirvió como un factor estabilizador de la economía nacional muy importante. Asegurada así la estabilidad financiera del gobierno, los hombres de negocios podían desarrollar sus actividades sin temor a la bancarrota nacional ni a la inflación ruinosa. Quizá convenga añadir a este respecto que en la hacienda pública francesa apenas hubo una apariencia de orden hasta la creación del Banco de Francia en la era napoleónica.

#### *Condiciones políticas y sociales favorables*

Hay pruebas de que ciertos factores políticos y sociales no dejaron de contribuir a que se iniciara la revolución industrial en Inglaterra. Si bien el gobierno británico del siglo XVIII estaba lejos de ser democrático, era, por lo menos, más liberal que la mayoría de los del continente. La Revolución Gloriosa de 1688-89 había contribuido mucho a difundir la idea de la soberanía limitada. En general se aceptaba ya la doctrina de que el poder del estado no debía extenderse más allá de la protección de los derechos naturales del hombre a la libertad y el goce de sus propiedades. Influido por esta doctrina, el Parlamento derogó las leyes antiguas, que otorgaban monopolios especiales e impedían la competencia libre. Los principios mercantilistas siguieron aplicándose al comercio con las colonias, pero en la esfera del comercio interno se fué aboliendo poco a poco la mayoría de las restricciones. Además, se iba reconociendo ya a Inglaterra como asilo para los refugiados de otros países. Más de cuarenta mil hugonotes se establecieron en sus aldeas y ciudades en 1685, cuando los expulsó de Francia la revocación del Edicto de Nantes. Esta gente frugal, enérgica y ambiciosa infundió un vigor nuevo a la nación inglesa. Tomás Huxley declaró muchos años después que una gota de sangre hugonote en las venas valía miles de libras esterlinas. Que la influencia de esos desterrados en el progreso industrial no fué insignificante lo revela el hecho de que durante un tiempo siguieron empleándose nombres franceses en las industrias inglesas de la cuchillería y el vidrio. La situación social era también claramente favorable para la industria inglesa. La nobleza de ese país había dejado de ser una casta hereditaria y se convertía rápidamente en aristocracia de la riqueza. Casi todos los que amasaban una fortuna podían elevarse a la cúspide de la distinción social. Guillermo Pitt el Joven declaró que todo ciudadano que poseyese una entrada de diez mil libras anuales tendría derecho a la dignidad de par, por humilde que fuera su origen. Todas estas condiciones favorecían la actividad comercial.

#### *Otros factores favorables*

Para completar el cuadro debemos mencionar algunas causas más. En primer lugar diremos que el clima húmedo de las islas británicas favorece singularmente la fabricación de paños de algodón, pues el hilo no se



quiebra ni rompe fácilmente cuando lo tejen las máquinas. Y bastará recordar que fué la mecanización de la industria textil la que inició la era de la maquinaria. En segundo lugar, el sistema de producción gremial, con sus restricciones minuciosas, nunca había arraigado en el territorio británico tan firmemente como en los países continentales. A fines del siglo XVII se habían abandonado ya las reglamentaciones establecidas; sobre todo en los condados del norte. Esta fué, dicho sea de paso, una de las razones principales de que la revolución industrial se iniciara en la Inglaterra septentrional antes que en las regiones más cercanas al continente. Por último, como la riqueza se hallaba distribuida en Inglaterra más equitativamente que en la mayoría de las demás naciones en esa época, sus fabricantes podían dedicarse a producir grandes cantidades de mercaderías corrientes y baratas en vez de cantidades reducidas de artículos de lujo. Esto contribuyó mucho a que se adoptaran los métodos fabriles, con la esperanza de aumentar la producción. En Francia, por lo contrario, los fabricantes debían producir artículos de lujo para satisfacer los gustos de una pequeña clase de elegantes inútiles. Como en las mercaderías de ese tipo lo que más importaba era la calidad de la hechura, no existía incentivo alguno para la invención de máquinas.

### III. — HOMBRES Y MAQUINAS EN LA PRIMERA ETAPA

#### *La aplicación de la maquinaria a la industria algodonera*

La etapa inicial de la revolución industrial, desde alrededor de 1760 hasta 1860, presencié la aplicación en gran escala de la maquinaria a la industria, lo que sentó las bases para nuestra civilización mecánica moderna. Como hemos visto, la primera rama de la industria que se mecanizó fué la de fabricación de paños de algodón. No era una de las industrias británicas más importantes, pero sí todavía reciente y los empresarios estaban en libertad de emplear casi todos los métodos que se les antojase. Además, constituía un negocio en el que los beneficios dependían de la cantidad de la producción. Si la industria había de progresar era necesario idear los medios de producir hilaza en cantidad mucho mayor que la que se podía conseguir con los implementos primitivos todavía en uso. El primer invento que vino a satisfacer esa necesidad fué el torno para hilar inventado por Jacobo Hargreaves en 1767. Este torno, llamado también *jenny*, nombre de la esposa del inventor, era en realidad un torno de hilar compuesto, capaz de producir ocho hebras al mismo tiempo. Por desgracia esas hebras no eran lo bastante fuertes para que se las pudiera utilizar como fibras longitudinales o urdimbre del paño de algodón. Hasta el invento del telar hidráulico por Ricardo Arkwright unos dos años después no fué posible producir en cantidad hilos de algodón de ambas clases. Por último, en 1779, otro inglés llamado Samuel Crompton combirió las características del telar *jenny* y el hidráulico en un aparato híbrido al que llamó apropia-

damente *mula* y que tira del hilo, lo pone tenso y lo tuerce en una sola operación. Esta máquina fué mejorada poco a poco, hasta que unos veinte años después era capaz de hilar simultáneamente cuatrocientas hebras de hilo de la mejor calidad.

#### *El telar de fuerza mecánica y la desmotadora de algodón*

Todavía no se habían resuelto por completo los problemas de la industria algodonera. La invención de máquinas de hilar había hecho más que remediar la falta de hilaza, pero escaseaban los tejedores. Estos podían exigir salarios tan altos que, según se afirmaba, andaban exhibiéndose con billetes de cinco libras prendidos a la cinta del sombrero y comían ganso asado los domingos. Pronto se hizo evidente que el único remedio para esa escasez de tejedores era la invención de alguna máquina automática que reemplazara al telar de mano. Muchos decían que ese invento era imposible, pero un sacerdote de Kent, el reverendo Edmundo Cartwright, no era hombre que se desanimaba tan fácilmente. Opinaba que si era posible aplicar al hilado una máquina automática, era lógico que se pudiera hacer lo mismo con el tejido. Como sus conocimientos mecánicos eran deficientes, contrató a un carpintero y un herrero para que llevaran a la práctica sus ideas. El resultado fué el telar de fuerza mecánica, que Cartwright patentó en 1785. Pero pasaron muchos años antes que se le introdujeran las mejoras necesarias para que diera resultados más que modestos. Hasta alrededor de 1820 no reemplazó en gran escala a los métodos de tejer más primitivos. Entretanto, la invención de una máquina que separaba las semillas de algodón de la fibra hizo posible un abastecimiento mucho mayor de algodón en rama a precio más bajo. Fué la *desmotadora de algodón*, inventada por un maestro de escuela yanqui, Eli Whitney, en 1792.

#### *Origen del sistema fabril*

Algunos de los nuevos inventos en la industria textil contribuyeron al nacimiento del sistema fabril. El telar hidráulico, la hiladora mecánica y el telar automático eran máquinas grandes y pesadas que no podían ser instaladas en las viviendas humildes de los obreros. Todas ellas habían sido ideadas para que funcionasen impelidas por la fuerza motriz y, además, eran demasiado costosas para que pudiese adquirirlas quien no fuera capitalista. En consecuencia, fué inevitable que se las instalase en grandes edificios y que los obreros encargados de su funcionamiento trabajasen bajo la vigilancia del propietario o de un administrador que actuaba en su nombre. Tales eran los elementos esenciales del sistema fabril en su forma original. Como correspondía, el verdadero fundador de este sistema fué Ricardo Arkwright, el inventor del telar hidráulico. Gracias a una perseverancia indomable y a una administración sagaz, Arkwright, que era un barbero y fabricante de pelucas oscuro, llegó a ser el primero de los grandes industriales. Trabajaba comúnmente desde las cinco de la mañana



quiebra ni rompe fácilmente cuando lo tejen las máquinas. Y bastará recordar que fué la mecanización de la industria textil la que inició la era de la maquinaria. En segundo lugar, el sistema de producción gremial, con sus restricciones minuciosas, nunca había arraigado en el territorio británico tan firmemente como en los países continentales. A fines del siglo XVII se habían abandonado ya las reglamentaciones establecidas; sobre todo en los condados del norte. Esta fué, dicho sea de paso, una de las razones principales de que la revolución industrial se iniciara en la Inglaterra septentrional antes que en las regiones más cercanas al continente. Por último, como la riqueza se hallaba distribuida en Inglaterra más equitativamente que en la mayoría de las demás naciones en esa época, sus fabricantes podían dedicarse a producir grandes cantidades de mercaderías corrientes y baratas en vez de cantidades reducidas de artículos de lujo. Esto contribuyó mucho a que se adoptaran los métodos fabriles, con la esperanza de aumentar la producción. En Francia, por lo contrario, los fabricantes debían producir artículos de lujo para satisfacer los gustos de una pequeña clase de elegantes inútiles. Como en las mercaderías de ese tipo lo que más importaba era la calidad de la hechura, no existía incentivo alguno para la invención de máquinas.

### III. — HOMBRES Y MAQUINAS EN LA PRIMERA ETAPA

#### *La aplicación de la maquinaria a la industria algodonera*

La etapa inicial de la revolución industrial, desde alrededor de 1760 hasta 1860, presenció la aplicación en gran escala de la maquinaria a la industria, lo que sentó las bases para nuestra civilización mecánica moderna. Como hemos visto, la primera rama de la industria que se mecanizó fué la de fabricación de paños de algodón. No era una de las industrias británicas más importantes, pero sí todavía reciente y los empresarios estaban en libertad de emplear casi todos los métodos que se les antojase. Además, constituía un negocio en el que los beneficios dependían de la cantidad de la producción. Si la industria había de progresar era necesario idear los medios de producir hilaza en cantidad mucho mayor que la que se podía conseguir con los implementos primitivos todavía en uso. El primer invento que vino a satisfacer esa necesidad fué el torno para hilar inventado por Jacobo Hargreaves en 1767. Este torno, llamado también *jenny*, nombre de la esposa del inventor, era en realidad un torno de hilar compuesto, capaz de producir ocho hebras al mismo tiempo. Por desgracia esas hebras no eran lo bastante fuertes para que se las pudiera utilizar como fibras longitudinales o urdimbre del paño de algodón. Hasta el invento del telar hidráulico por Ricardo Arkwright unos dos años después no fué posible producir en cantidad hilos de algodón de ambas clases. Por último, en 1779, otro inglés llamado Samuel Crompton combió las características del telar *jenny* y el hidráulico en un aparato híbrido al que llamó apropia-

damente *mula* y que tira del hilo, lo pone tenso y lo tuerce en una sola operación. Esta máquina fué mejorada poco a poco, hasta que unos veinte años después era capaz de hilar simultáneamente cuatrocientas hebras de hilo de la mejor calidad.

#### *El telar de fuerza mecánica y la desmotadora de algodón*

Todavía no se habían resuelto por completo los problemas de la industria algodonera. La invención de máquinas de hilar había hecho más que remediar la falta de hilaza, pero escaseaban los tejedores. Estos podían exigir salarios tan altos que, según se afirmaba, andaban exhibiéndose con billetes de cinco libras prendidos a la cinta del sombrero y comían ganso asado los domingos. Pronto se hizo evidente que el único remedio para esa escasez de tejedores era la invención de alguna máquina automática que reemplazara al telar de mano. Muchos decían que ese invento era imposible, pero un sacerdote de Kent, el reverendo Edmundo Cartwright, no era hombre que se desanimaba tan fácilmente. Opinaba que si era posible aplicar al hilado una máquina automática, era lógico que se pudiera hacer lo mismo con el tejido. Como sus conocimientos mecánicos eran deficientes, contrató a un carpintero y un herrero para que llevaran a la práctica sus ideas. El resultado fué el telar de fuerza mecánica, que Cartwright patentó en 1785. Pero pasaron muchos años antes que se le introdujeran las mejoras necesarias para que diera resultados más que modestos. Hasta alrededor de 1820 no reemplazó en gran escala a los métodos de tejer más primitivos. Entretanto, la invención de una máquina que separaba las semillas de algodón de la fibra hizo posible un abastecimiento mucho mayor de algodón en rama a precio más bajo. Fué la *desmotadora de algodón*, inventada por un maestro de escuela yanqui, Eli Whitney, en 1792.

#### *Origen del sistema fabril*

Algunos de los nuevos inventos en la industria textil contribuyeron al nacimiento del sistema fabril. El telar hidráulico, la hiladora mecánica y el telar automático eran máquinas grandes y pesadas que no podían ser instaladas en las viviendas humildes de los obreros. Todas ellas habían sido ideadas para que funcionasen impelidas por la fuerza motriz y, además, eran demasiado costosas para que pudiese adquirirlas quien no fuera capitalista. En consecuencia, fué inevitable que se las instalase en grandes edificios y que los obreros encargados de su funcionamiento trabajasen bajo la vigilancia del propietario o de un administrador que actuaba en su nombre. Tales eran los elementos esenciales del sistema fabril en su forma original. Como correspondía, el verdadero fundador de este sistema fué Ricardo Arkwright, el inventor del telar hidráulico. Gracias a una perseverancia indomable y a una administración sagaz, Arkwright, que era un barbero y fabricante de pelucas oscuro, llegó a ser el primero de los grandes industriales. Trabajaba comúnmente desde las cinco de la mañana



hasta las nueve de la noche y durante años tuvo que vencer muchos obstáculos. Encontró la oposición persistente de la poderosa industria lanera. Sus talleres eran asaltados por turbas de obreros iracundos que temían que las máquinas los dejaran sin trabajo. Lo acusaron, quizá con alguna razón, de haberse apropiado de ideas ajenas para inventar el telar hidráulico. Se dice que gastó una suma equivalente a sesenta mil dólares antes que sus planes le produjeran beneficios. En 1771 estableció su primera fábrica, movida por la fuerza motriz del agua.

#### 4 La máquina de vapor de Newcomen

Es difícil creer que el sistema fabril habría llegado nunca a adquirir mucha importancia si no se hubiese perfeccionado la máquina de vapor. Las ruedas hidráulicas eran lentas y no siempre se disponía de corrientes capaces de moverlas. Se probaron otras fuentes de fuerza mecánica, pero con resultados todavía menos satisfactorios. El telar original inventado por Cartwright era movido por una vaca y algunos de sus sucesores empleaban caballos y hasta perros de Terranova. Desde hacía siglos se sabía que se podía emplear el vapor como fuerza mecánica. Herón de Alejandría en el siglo I, a. de C., Leonardo de Vinci en el Renacimiento y otras personas a comienzos del período moderno habían ideado ya máquinas de vapor rudimentarias. Pero ninguna de ellas había sido empleada sino para dar vuelta al asador en las cocinas reales y realizar milagros en los templos antiguos. El primero que aplicó la fuerza del vapor con fines industriales fué Tomás Newcomen, quien en 1712 ideó una máquina tosca pero eficaz para bombear el agua en las minas de carbón inglesas. A mediados del siglo se hallaban ya en uso cerca de un centenar de máquinas de esa clase. Algunas tenían un tamaño enorme y podían realizar el trabajo de cincuenta caballos; una de ellas contaba con un cilindro de dos metros de diámetro. Hasta la más pequeña podía generar una fuerza mayor que la mayoría de las ruedas hidráulicas.

#### 5 Jacobo Watt mejoró mucho la máquina de Newcomen

Aunque tenía un valor muy grande para la industria del carbón, la máquina de Newcomen adolecía de defectos que impedían su uso en gran escala con fines industriales. Por de pronto, malgastaba el combustible y la fuerza mecánica. Estaba construida de tal modo que después de cada golpe de pistón había que condensar el vapor rociando el cilindro con agua fría. Esto significaba la necesidad de volver a calentar el cilindro antes del golpe siguiente, y el calentamiento y enfriamiento alternados retardaban mucho el funcionamiento de la máquina. En segundo lugar, el "amigo del minero" de Newcomen sólo podía adaptarse al movimiento rectilíneo necesario para bombear; todavía no se había descubierto el principio de la conversión de la acción rectilínea del pistón en movimiento rotatorio. Jacobo Watt, fabricante de instrumentos científicos para la Universidad de Glasgow, remedió ambos defectos. En 1763 le pidieron que reparara

una máquina de Newcomen. Mientras se dedicaba a esa tarea se le ocurrió la idea de que la máquina mejoraría mucho si se le agregaba una cámara separada para condensar el vapor, haciendo innecesario el enfriamiento del cilindro. En 1769 patentó la primera máquina que contaba con esa cámara. Más tarde ideó una nueva disposición de las válvulas que permitía inyectar el vapor por los dos extremos del cilindro, con lo que el pistón podía funcionar lo mismo hacia atrás que hacia adelante. En 1782 ideó el medio de convertir la acción del pistón en movimiento circular, lo que hizo posible emplear el motor para el funcionamiento de las maquinarias fabriles. Por desgracia, la capacidad comercial de Watt no era tan grande como su genio de inventor. Confesaba que "le era más fácil hacer frente a un cañón cargado, que arreglar una cuenta discutida o cerrar un trato". En consecuencia, contrajo deudas al tratar de colocar sus máquinas en el mercado. Lo salvó, no obstante, Mateo Boulton, rico fabricante de artículos de ferretería de la ciudad de Birmingham. Ambos formaron una sociedad, con Boulton como capitalista. En 1800 la casa había vendido ya 289 máquinas para uso de fábricas y minas.

#### Importancia de la máquina de vapor

Pocos inventos han ejercido en la historia de los tiempos modernos una influencia mayor que la máquina de vapor. Contrariamente a la opinión general, no fué la causa principal de la revolución industrial, sino más bien una de sus consecuencias. La máquina de Watt no habría llegado a existir de no ser por la demanda de una fuente eficaz de fuerza mecánica para poner en funcionamiento las máquinas pesadas ya inventadas de la industria textil. Por otra parte, el perfeccionamiento de la máquina de vapor contribuyó ciertamente a acelerar la industrialización. Dió más importancia a la producción de carbón y hierro e hizo posible, como veremos en seguida, una revolución en los transportes. Creó oportunidades casi ilimitadas para acelerar la fabricación de mercaderías, convirtiendo a las naciones industrializadas en las más ricas y poderosas del mundo. Con anterioridad al perfeccionamiento de la máquina de vapor, los recursos de fuerza mecánica estaban en gran parte a merced del tiempo. En las temporadas de sequía, el caudal bajo de los ríos obligaba probablemente a reducir la actividad de los molinos o a suspenderla por completo. En sus viajes por el océano, los barcos solían demorarse semanas enteras por la falta de viento. En adelante se podía contar con una provisión de energía constante que se producía y utilizaba cuando era necesario. Por lo tanto, no se exagera al afirmar que la máquina de Watt señaló el comienzo de la era de la fuerza motriz.

#### La industria del hierro

Una de las industrias que deben su desarrollo rápido al perfeccionamiento de la máquina de vapor es la del hierro y sus derivados. Si bien muchas de las máquinas nuevas, como la hiladora y el telar hidráulico,



podían construirse con madera, las máquinas de vapor requerían un material más sólido. Además, los cilindros de esas máquinas debían ser perforados con la mayor exactitud posible para evitar la pérdida de energía. Esto hacía necesario un progreso considerable en la producción de herramientas y en los métodos científicos empleados en la fabricación de artículos de hierro. El primero que se dedicó a esa tarea fué Juan Walkinson, fabricante de cañones que seguía la práctica tradicional de los mercaderes de la muerte absteniéndose escrupulosamente de hacer intervenir el patriotismo en los negocios. En 1774 patentó un procedimiento para perforar cilindros que reducía el porcentaje de error a una cantidad muy pequeña para esa época. Más tarde se dedicó a la fabricación de lanchones de hierro y de chapa para puentes del mismo metal. Jamás escribió una carta en la que no se mencionase el hierro en cada página y dispuso en su testamento que lo enterrasen en un ataúd de hierro. Todavía más importantes que las realizaciones de Walkinson fueron las de otro inglés, Enrique Cort, contratista naval. En 1784 ideó el procedimiento para afinar o batir el hierro fundido con el fin de eliminar una cantidad mayor del carbono que contiene. Esto hizo posible la producción de un metal de calidad superior, casi tan resistente como el hierro forjado y mucho más barato. Dos años después inventó el laminador para la fabricación de chapas de hierro. Estos dos inventos revolucionaron la industria. En menos de veinte años se cuadruplicó la producción de hierro en Inglaterra y el precio se redujo a una pequeña parte de lo que había sido anteriormente.

#### Primeros progresos en los transportes

Los cambios fundamentales en los métodos de producción que acabamos de describir fueron seguidos pronto por progresos trascendentales en los transportes. Los primeros signos de una mejora concreta en la manera de viajar comenzaron a aparecer alrededor de 1780. En esa época se emprendió seriamente en Gran Bretaña la construcción de caminos públicos y canales. En 1830 casi todas las carreteras contaban ya con desagües y pavimento de piedra triturada, en tanto que los cursos de agua principales estaban unidos por una red de canales de tres mil setecientos cincuenta kilómetros. El mejoramiento de los caminos hizo posible un servicio de diligencias más rápido. El director general de Correos inauguró en 1784 un servicio postal con coches que corrían constantemente día y noche y cubrían en veinticuatro horas una distancia de ciento ochenta kilómetros. A fines del siglo circulaban entre las ciudades principales diligencias especiales llamadas "máquinas volantes" y a veces alcanzaban la velocidad sensacional de catorce o quince kilómetros por hora.

#### 1) Los primeros ferrocarriles

Pero el progreso verdaderamente importante en los transportes no se produjo hasta después de haber sido aceptada en todas partes la máquina de vapor como fuente de energía segura. Primeramente se hicieron ensa-

yos para emplear el vapor en las diligencias y circularon por las carreteras algunos antepasados del automóvil moderno. El que tuvo más éxito fué uno construido por Ricardo Trevithick alrededor de 1800 y que logró recorrer 135 kilómetros por la carretera de Londres a Plymouth. Poco a poco se generalizó la creencia de que sería más útil emplear la máquina de vapor para arrastrar una hilera de coches sobre rieles de hierro. Ya existían algunas líneas férreas para el transporte de carbón, pero los coches eran arrastrados por caballos. El hombre que más contribuyó a que circulara el primer ferrocarril fué Jorge Stephenson, ingeniero autodidacta que no había aprendido a leer hasta los diecisiete años de edad. Mientras trabajaba como maquinista en un mina de carbón dedicó sus horas libres a hacer experimentos con locomotoras. En 1822 convenció a un grupo de personas que proyectaban un ferrocarril para el transporte de carbón desde Stockton hasta Darlington de la conveniencia de la tracción a vapor y se le nombró ingeniero de la línea con amplias facultades para realizar sus planes. El resultado fué la inauguración, tres años después, del primer ferrocarril impulsado por una máquina de vapor. Las locomotoras que construyó Stephenson para esa línea alcanzaban una velocidad de veintidós kilómetros por hora, la mayor a que habían viajado hasta entonces los seres humanos. En 1830 ideó su famoso *Cohete*, que atronó las vías del ferrocarril de Manchester a Liverpool casi a doble velocidad que los modelos primitivos. Antes que muriera Stephenson en 1848 se habían construido en Inglaterra cerca de nueve mil kilómetros de líneas férreas y una cantidad parecida en los Estados Unidos.

#### 2) Comienzo de la navegación de vapor

Entretanto, se iba aplicando poco a poco la máquina de vapor al transporte por agua. En esto quienes tomaron la delantera fueron los norteamericanos más bien que los ingleses. Todavía se discute a quién se debe atribuir concretamente la invención del barco de vapor, pues hay pruebas de que contribuyeron a ello varias personas. Según los datos que se poseen, el primero que puso en movimiento a un barco impulsado exclusivamente por medio del vapor fué un mecánico de Virginia llamado Jacobo Rumsey. En 1785, y en presencia de Jorge Washington, remontó con su embarcación las aguas del Potomac, contra la corriente y a una velocidad de seis kilómetros por hora. Poco tiempo después otro norteamericano, Juan Fitch, construyó un barco que transportó pasajeros por el río Delaware durante varios meses en 1790. El barco de vapor de Fitch tiene importancia especial porque poseía una hélice tosca en vez de la rueda de paleta empleada por todos los demás inventores. Pero Fitch no consiguió hacer negocio con su embarcación. Después de tratar inútilmente de convencer al gobierno para que aceptara su invento, se suicidó en 1798. A un tercer norteamericano, Roberto Fulton, se le atribuye el haber hecho del barco de vapor un buen éxito comercial. Es dudoso que Fulton fuera más ingenioso que Rumsey y Fitch, pero era vendedor y gestor lo bastante eficaz para conseguir el apoyo de un capitalista rico, y sabía cómo llamar



la atención del público. En 1807 fué aclamado como héroe nacional cuando su *Clermont*, equipado con una máquina Boulton y Watt y una rueda de pala, recorrió por su propio impulso la distancia entre Nueva York y Albany. Así comenzó la era de la navegación de vapor. Pronto empezaron a navegar por los ríos y lagos no sólo de América, sino también de Europa, barcos con rueda de pala semejantes al de Fulton. En abril de 1833 cruzaron el Atlántico los primeros barcos de vapor: el *Sirius* y el *Great Western*. Dos años después fundó Samuel Cunard la famosa Línea Cunard que realizaba un servicio transoceánico regular con barcos impulsados enteramente por el vapor.

#### *Invencción del telégrafo*

El progreso más importante en las comunicaciones durante la primera etapa de la revolución industrial se debió a la invención del telégrafo. Ya en 1820 había descubierto el físico francés Ampère que se podía emplear el electromagnetismo para enviar mensajes por cable entre puntos distintos. Todo lo que quedaba por hacer era idear instrumentos adecuados para transmitir y recibir los mensajes. Varias personas realizaron experimentos con ese fin. Tres de ellas lo consiguieron casi simultáneamente. En el año 1837 inventaron sistemas de telegrafía eléctrica el alemán Carlos Steinheil, el inglés Carlos Wheatstone y el norteamericano Samuel Morse. Pero hasta 1844 no se instaló la primera línea telegráfica útil para fines comerciales. Era la línea entre Baltimore y Washington, que Morse consiguió establecer sobre la base de mejoras inventadas por él. En adelante las redes telegráficas se multiplicaron en el mundo entero. Pronto quedaron unidas por ellas todas las ciudades importantes y en 1851 se había tendido ya un cable a través del Canal de la Mancha. Todo este progreso culminó con el primer cable tendido a través del Atlántico en 1866 bajo la dirección del capitalista norteamericano Ciro Field.

#### *Mejoras en la agricultura*

En nuestro estudio de la revolución comercial hicimos notar que la acompañaron, sobre todo en Inglaterra, cambios trascendentales en la agricultura, como la desaparición del sistema señorial, el cercado de las tierras comunes y la consolidación de las propiedades individuales. La revolución industrial se manifestó también en la agricultura, sobre todo durante los sesenta primeros años del siglo XIX. Entre esas manifestaciones pueden citarse el mejoramiento de las razas de ganado, el cultivo de productos nuevos, como la remolacha, que se producía en gran escala en Alemania y Francia; y el desarrollo de la química agrícola por Justo von Liebig (1803-1873), lo que hizo posible la producción de abonos artificiales. La agricultura de ese período sufrió también la influencia de la mecanización. Se diseñaron mejores arados y rastrillos y se adoptó en todas partes la trilladora mecánica. El granjero norteamericano Ciro McCormick patentó en 1834 su segadora mecánica y poco tiempo después se

inició su fabricación en Chicago. En 1860 se vendían ya esas máquinas a razón de veinte mil por año. Como consecuencia de todas esas mejoras, la agricultura conoció en todo el mundo una prosperidad sin precedentes que duró hasta la depresión de 1873.



#### IV . — LA SOCIEDAD EN LA ERA DE LA MAQUINA

##### *El crecimiento fenomenal de la población*

En capítulos posteriores tendremos ocasión de observar algunos de los efectos políticos de la revolución industrial. Por el momento basta con tomar nota de los resultados sociales. Y no cabe duda de que la mayoría de los acontecimientos sociales importantes del siglo XIX y comienzos del XX han sido consecuencias de los grandes cambios económicos que se produjeron en ese período. Quizá el más evidente y uno de los más decisivos de esos acontecimientos fué el enorme aumento de la población. Entre la revolución francesa y la primera guerra mundial creció en una proporción sin precedentes la población de casi todos los países civilizados. Algunos signos de este fenómeno se advertían ya en 1800, sobre todo en Inglaterra, donde ese aumento fué de alrededor de un cincuenta por ciento en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero en general, el aumento espectacular se produjo más tarde. Entre la batalla de Waterloo y el comienzo de la primera guerra mundial casi se cuadruplicó la población de Inglaterra y Gales. La de Alemania aumentó de alrededor de veinticinco millones en 1815 a casi setenta millones cien años después. El número de habitantes de Francia se duplicó entre el derrocamiento de Napoleón y la guerra franco-prusiana, en tanto que la población de Rusia se elevó a más del doble en los cincuenta años que precedieron a 1914. A pesar de factores adversos, como el hambre en Irlanda y Rusia, la emigración a América y las enfermedades provocadas por el hacinamiento en las ciudades, la población total de Europa ascendió de ciento noventa millones de personas en 1800 a cuatrocientos sesenta millones en 1914.

##### *Causas del aumento de la población*

Para descubrir las causas de ese crecimiento sin precedentes debemos tener en cuenta varios factores. En primer lugar, se debió a que la revolución comercial vigorizó a la raza humana al proporcionarle alimentos más abundantes y variados. En segundo lugar, fué una consecuencia del establecimiento de hospitales para niños y de maternidad y de los progresos de la ciencia médica, que terminaron prácticamente con la viruela, el escorbuto y el cólera, por lo menos en la Europa occidental. Una tercera causa fué, probablemente, la influencia del nacionalismo, con sus consecuencias: el orgullo racial y la obsesión patriótica. Los pueblos que poseen una convicción firme de su superioridad y esperan confiados la victoria en luchas futuras se reproducen, casi con seguridad, muy rápidamente. Y eso es lo que sucedía a la mayoría de las naciones en el siglo XIX. Como los hebreos de la antigüedad, descaban una descendencia numerosa con el propósito de vencer a los enemigos o la esperanza de difundir su cultura

superior entre todos los ignorantes de la tierra. Pero la causa más importante de todas fué, según parece, que la revolución industrial hizo posible la vida de grandes núcleos de población en zonas reducidas. Sucedió así, no sólo porque la mecanización de la agricultura aumentó el rendimiento de la tierra, sino también porque el sistema fabril amplió las oportunidades de ganar el sustento por medio de actividades ajenas a la agricultura. A los países ricos en recursos industriales les fué posible mantener una población varias veces mayor que la que podían sustentar anteriormente con una base agraria. Después de la primera guerra mundial, la concentración de obreros en la industria creó problemas espinosos. Como consecuencia de la estrangulación del comercio internacional, a muchos países les fué casi imposible mantener en funcionamiento su sistema industrial, como no fuera mediante la fabricación de armamentos en gran escala o la realización de un plan muy vasto de obras públicas.



### *La urbanización de la sociedad occidental*

Estrechamente vinculada con el crecimiento de la población como consecuencia de la revolución industrial se ha producido la urbanización creciente de la sociedad occidental. Gran parte de los habitantes de las naciones industrializadas aceptaban ya en 1914 como algo normal las condiciones artificiales de la vida ciudadana. El desarrollo de la urbanización fué particularmente notable en países como Alemania e Inglaterra. En el primero sólo había, en una fecha tan reciente como 1840, dos ciudades de más de cien mil habitantes; en 1910 existían ya cuarenta y ocho. En Inglaterra, durante los últimos treinta años del siglo XIX, aproximadamente una tercera parte de la población agrícola abandonó definitivamente el cultivo de la tierra. El censo inglés de 1901 reveló que el número de personas dedicadas a las faenas agrícolas llegaba sólo a alrededor del veinte por ciento de las que se ocupaban en actividades industriales. En América, a pesar de su riqueza en recursos agrícolas, se produjo el mismo movimiento de abandono de la tierra, si bien a un ritmo más lento. En 1915 la proporción de americanos que vivían en zonas urbanas se había elevado a alrededor del 40 por ciento, y en 1920 pasaba ya de la mitad. Las causas de esta afluencia a las ciudades y poblaciones importantes eran los atractivos crecientes de la vida urbana y la menor necesidad de brazos para las tareas agrícolas como consecuencia de la mecanización de la agricultura. Los efectos fueron buenos y malos, mezcladamente. El abandono de la tierra liberó a gran número de hombres y mujeres del aislamiento de la vida rural, de la tiranía del tiempo atmosférico, de las necesidades de las tradiciones primitivas y de una vida monótona de trabajo solitario en tierras poco propicias. Pero al mismo tiempo transformó a muchos de ellos en víctimas desamparadas de sus patronos capitalistas. Los convirtió en muñecos mecánicos que realizan sus tareas automáticamente, sin que apenas se den cuenta de su responsabilidad ni comprendan el lugar que ocupan en el plan económico y sin nada que inspire sus esfuerzos fuera de un salario miserable. Si bien se han liberado de los riesgos de las plagas y la sequía, tienen que hacer frente al nuevo peligro de la pérdida del empleo a causa de la superproducción y se hallan a merced de un sistema que no pueden dirigir.

### *Aparición de la burguesía industrial*

La tercera de las grandes consecuencias de la revolución industrial fué la creación de dos clases nuevas: la burguesía industrial y el proletariado. La primera, que comprende a los propietarios de fábricas, minas y ferrocarriles, unió su suerte con la vieja clase media de comerciantes, banqueros y abogados y terminó absorbiéndola por completo. Fortalecida así en número e influencia, esta burguesía combinada dejó pronto de ser sólo una clase media y se convirtió para todos los fines prácticos en el elemento gobernante de la sociedad. Esto se realizó en algunos casos rele-

gando al segundo plano a la vieja aristocracia terrateniente, y en otros uniéndose con ella. Pero tan pronto como los capitalistas y empresarios conquistaron el poder, comenzaron a dividirse. Los grandes banqueros y los magnates de la industria y el comercio han llegado a constituir la llamada *alta burguesía*, que tiene ambiciones algo distintas de las de la *pequeña burguesía*, compuesta por comerciantes modestos, pequeños industriales y profesionales. La *alta burguesía* ha tendido últimamente a dejarse absorber cada vez más profundamente por el capitalismo financiero. Sus miembros se interesan por las operaciones del agio, la creación de empresas nuevas con fines de utilidad inmediata sin tener en cuenta lo que puede suceder más tarde y la reorganización de los negocios ya existentes con propósitos monopolistas o especulativos. Para los dirigentes de esta clase social, cualquier forma de intervención gubernativa constituye un anatema e insisten en que la libertad para emprender negocios es absolutamente esencial para el desarrollo económico vigoroso. Por otra parte, la *pequeña burguesía* ha comenzado a dar muestras de que se interesa vitalmente por la estabilidad y la seguridad. En muchos países se ve a los miembros de esa clase propugnar medidas para refrenar la especulación, asegurar la estabilidad de los precios, eliminar las cadenas de negocios y los monopolios y hasta poner en manos del estado los servicios públicos.

### *Nacimiento del proletariado*

La revolución industrial creó también un proletariado que llegó a adquirir fuerza suficiente para desafiar la supremacía de la burguesía. En cierto sentido, el proletariado ha existido desde la aurora de la civilización, pues la palabra designa a todas las personas cuya subsistencia depende de un salario. Los trabajadores libres de la Grecia y la Roma antiguas eran proletarios, y lo mismo los jornaleros y hortelanos y rústicos de la Edad Media. Pero con anterioridad a la revolución industrial los asalariados constituían una parte pequeña de la clase trabajadora, pues la mayoría de los que trabajaban para ganarse la vida se dedicaban a la agricultura, al principio como siervos y más tarde como arrendatarios y cultivadores asociados. Además, los pocos proletarios que existían apenas tenían conciencia de clase. La revolución industrial, al concentrar gran número de obreros en las ciudades y hacerlos víctimas de injusticias comunes, infundió en los asalariados cierta solidaridad y les inculcó aspiraciones comunes. En 1825 los proletarios ingleses, con la ayuda de los intelectuales radicales, pudieron ya conseguir que se anularan las leyes que prohibían los sindicatos obreros. Más tarde, como veremos, la influencia de los proletarios fué en gran parte la causa de que se estableciera la legislación social no sólo en Inglaterra, sino también en otros muchos países. Sin embargo, en años más recientes la clase trabajadora ha sufrido tendencias divisivas semejantes a las observadas en las filas de la burguesía.



Los obreros de cuello duro, hasta los de situación más baja, se inclinan a despreciar a sus camaradas mugrientos que trabajan en las fábricas y las minas. Los obreros especializados en los diversos oficios tienden a formar una aristocracia del trabajo, cuyos miembros miran frecuentemente con mala cara las ambiciones de la multitud de obreros no diestros que forman la parte inferior de su clase. A veces, los jefes de los gremios de artesanos de la Federación Norteamericana del Trabajo han mostrado una actitud tan conservadora como la de los capitalistas más ortodoxos. Así ha sucedido sobre todo con respecto a cuestiones como la del comunismo.

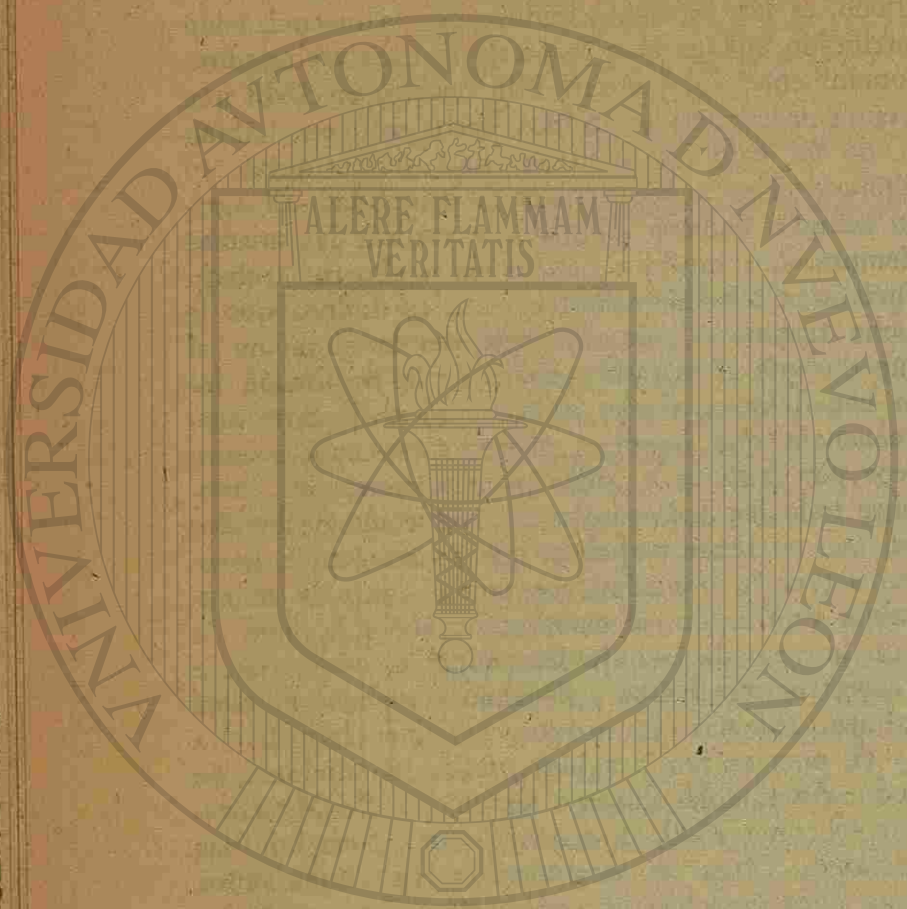
#### *Los beneficios materiales desiguales de la revolución industrial*

Ni siquiera los críticos más acérrimos podrían negar que la revolución industrial ha aportado grandes beneficios materiales a los habitantes de las naciones occidentales. Es indudable que ha proporcionado al hombre contemporáneo cantidades enormes de mercaderías y un número pasmoso de medios que contribuyen a su comodidad y bienestar. Pero es una cuestión enteramente distinta si las diversas clases sociales han participado de dichos beneficios en algo que se parezca a una proporción equitativa. Parece no haber duda de que los salarios auténticos, o sea los salarios en función de su poder adquisitivo, se elevaron rápidamente durante el siglo XIX. Un economista destacado, Sir Josias Stamp, ha calculado que el poder adquisitivo de los ingresos del inglés común en 1913 era cuatro veces mayor que el de sus antepasados en 1801. Entre 1830 y 1930 los sueldos reales aumentaron en Inglaterra en un cincuenta por ciento por término medio y los salarios de los obreros peor remunerados todavía más. En Alemania, el consumo de carne por persona aumentó de treinta y ocho libras en 1816 a ciento quince libras en 1912. A pesar de este mejoramiento en los promedios, la situación de los miembros menos afortunados de la clase obrera estaba lejos de ser ideal. En Inglaterra, en vísperas de la primera guerra mundial, una tercera parte de las familias proletarias vivía con veinticinco chelines semanales (alrededor de 6,25 dólares). Además, una parte desproporcionada del aumento en la riqueza había pasado a poder de la minoría. Puede ilustrar muy bien esta situación lo sucedido en los Estados Unidos. El término medio de las entradas familiares en ese país era en 1929 de sólo mil setecientos dólares; es decir que alrededor de la mitad de las familias norteamericanas tenían entradas inferiores a esa cantidad. El término medio, para los obreros industriales era de unos mil trescientos dólares. Estos obreros, juntamente con muchos agricultores, pequeños comerciantes y profesionales, o sea, el cuarenta y dos por ciento de la población, percibían únicamente el trece por ciento de las rentas nacionales. En el otro extremo de la escala, un grupo de familias con rentas superiores a cinco mil dólares y que constituían el ocho por ciento de la población, percibía no menos de cuarenta y dos por ciento de los ingresos totales. Y en la cima, un grupito que comprendía al uno por ciento de la población percibía más del veinte por ciento de las rentas nacionales.

#### *Efectos en el bienestar físico de los obreros*

Aparte de todo lo dicho, es por lo menos dudoso que la mecanización de la industria haya contribuido al bienestar físico de la clase trabajadora tanto como se supone comúnmente. John Stuart Mill declaró en 1848 que era discutible si los inventos mecánicos realizados hasta entonces habían aliviado la tarea diaria de un solo ser humano. Este juicio quizá no parecería demasiado exagerado si se lo repitiera en la actualidad. El agricultor y el obrero común actuales parecen obligados a realizar las mismas tareas agobiadoras de siempre. Los inventos destinados a ahorrar trabajo permiten que el obrero produzca más mercaderías, pero es dudoso que le ahorren en realidad mucho trabajo. Cualquiera que sea la situación al presente, la verdad es que durante el primer período de la revolución industrial las máquinas no beneficiaron mucho al trabajador. Su introducción significaba con frecuencia que hombres físicamente capaces eran desalojados de sus empleos por mujeres y niños peor remunerados. Además, muchas fábricas, sobre todo las dedicadas a la producción de textiles eran peores que prisiones, con ventanas pequeñas que se mantenían generalmente cerradas para conservar la humedad conveniente para la manufactura de algodón. La mala ventilación, el calor sofocante y la falta de higiene, juntamente con un horario de trabajo interminable, convertían a innumerables obreros en espectros macilentos y llevaban a muchos de ellos a la embriaguez y el crimen. Además, las nuevas ciudades industriales crecían tan rápidamente y de manera tan irregular que las condiciones de alojamiento siguieron siendo abominables durante un tiempo. En Manchester, en una fecha tan reciente como 1840, la octava parte de las familias trabajadoras vivían en sótanos. Otras se amontonaban en alojamientos miserables a razón de hasta doce personas por habitación. Esas condiciones eran tan espantosas a comienzos del siglo XIX que los obreros de las fábricas inglesas se hallaban probablemente peor que los esclavos de las plantaciones americanas. Pero, como compensación de estos males, hay que reconocer que la revolución industrial facilitó la organización de los obreros, la que les permitió emplear la fuerza de la acción colectiva para obtener salarios más altos y el mejoramiento de las condiciones de trabajo. Además, el proletariado se ha beneficiado indudablemente con la rebaja de los precios que ha hecho posible la producción en masa.





# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS **LECTURAS**®



Tema A: La revolución Agraria.

CERCAMIENTOS

El cercamiento, es decir, el acto de rodear los campos con vallas, y el cultivo de los mismos en forma individual y no cooperativa, como en el caso de los campos abiertos, ha sido un recurso constante para obtener cosechas mayores de la tierra, ayudándose con métodos racionales de agricultura. Mientras sea cada parcela lo suficientemente grande para producir a su propietario los medios de subsistencia que necesita, el agricultor puede ganar mucho y no perder nada al cercar su campo. Los romanos, por ejemplo, diseñaban de antemano sus colonias agrícolas en forma de rectángulos regulares de grandes campos "centuriados", que cultivaban intensivamente. El sistema medieval, en cambio, estaba basado en una forma de cultivo extensiva, porque había más tierras para agricultores y la técnica agrícola no estaba muy perfeccionada. Cada uno de los miembros de una comunidad agraria cultivaba determinados campos abiertos y dispersos, y tenía derecho de usar la tierra indivisa y comunal para pastos y leña. Este derecho era un elemento de igualdad, porque lo disfrutaban lo mismo los grandes que los pequeños terratenientes. Incluso los campesinos que no tenían derecho a las tierras comunales hacían uso de ellas, con la tolerancia de una costumbre inmemorial.

El aumento de la población en la Inglaterra de los Tudores y el ascenso de terratenientes comerciantes -unos eran mercaderes enriquecidos, otros afortunados granjeros- provocaron un primer movimiento de cercamiento a fines del siglo XV y durante el XVI. Los campos abiertos fueron consolidados y cercados, las tierras comunales apropiadas por los terratenientes más ricos y muchas zonas de labranza quedaron convertidas en pastizales para ovejas, pues daban mejores productos debido al auge de la industria lanera inglesa. Aunque los cercamientos afectaron únicamente al 2.76 por ciento de la superficie de Inglaterra (un millón y medio de acres, aproximadamente), surgieron fuertes ataques por parte de hombres como Sir Thomas More y el obispo Latimer, que se quejaban de los daños infligidos por aquéllos a muchos aldeanos que, habiendo perdido el derecho a los pastos comunes, no podían obtener los medios de vida en su parcela vallada. Quedaron transformados en mendigos, o, bajo las leyes de los pobres, se vieron obligados a aceptar oficios muy mal pagados como proletarios industriales y agrícolas.

Durante el siglo XVII, los disturbios políticos y las fluctuaciones temporales estorbaron o eclipsaron la tendencia a los amonamientos, pero ésta fue continua a partir de 1689. En el siglo XVIII, el aumento de población y la alianza oligárquica de los grandes propietarios de tierras y los caballeros con negociantes



mayores y menores, aceleraron el proceso. El cercamiento se realizó entonces por medio de actas privadas del Parlamento, en general después que sus promotores habían conseguido el apoyo de una mayoría de los propietarios (más que los usuarios) de la tierra en una comunidad dada. De 1714 a 1801 se hicieron parcelas de unos seis millones de acres en tierra inglesa mediante nuevas actas de cercamiento. Cada miembro de una comunidad recibía un área igual en tamaño, pero no necesariamente en calidad, a la de sus tierras sin amojonar, más una cantidad proporcional a cambio de su derecho indiviso a las tierras comunales. Evidentemente, si era un pequeño propietario, el área adicional que recibía era miserable, mientras que los grandes terratenientes se quedaban con la parte del león. Los desheredados no recibían nada. Entonces cobró proporciones tremendas la emigración a las ciudades, y desbordándose a las zonas que pasaron a ser dominios británicos a los Estados Unidos. Tanto la agricultura como la industria se beneficiaron de este doloroso éxodo. La primera experimentó un rápido progreso técnico y la segunda se vio reforzada por un constante suministro de material humano barato. En consecuencia, el nivel general de vida mejoró, si bien por los años de 1800 la norma rural estaba dada por los terratenientes, granjeros y labradores. Hacia fines del siglo XIX se produjeron intentos de revivir las pequeñas granjas. Algunos progresos en esta dirección se lograron durante las dos guerras mundiales, pero quedaron muy lejos de formar una agricultura de extensiones moderadas y haciendas trabajadas por sus propietarios.

En otros países de Europa hubo movimientos de cercamiento similares. En Francia, la apropiación que los grandes terratenientes hicieron de las tierras comunales fue una de las causas de la Revolución de 1789. Con el tiempo, los campos fueron cercados en todas partes, pero predominaba la propiedad pequeña y mediana. En Italia muchos amojonamientos datan del tiempo de los romanos y otros existían ya desde la época de los Comunes. En el norte predomina la propiedad pequeña y media, pero en muchas regiones existe un agudo problema de trabajadores agrícolas que no tienen tierras. En Rusia el sistema de tierras abiertas estaba todavía muy extendido en la época de Alejandro II. Las granjas colectivas soviéticas no son "tierras abiertas", pero en ellas se ha adoptado el sistema cooperativo de cultivo. En las tierras bajas de Escocia los grandes terratenientes hicieron por su cuenta rápidos y acertados cercamientos, aprovechándose de la experiencia inglesa. Pero tuvieron menor fortuna cuando quisieron aplicar los mismos métodos en las tierras altas, que eran más apropiadas para pasto de ovejas. La selección que sigue está tomada del General Report of the Agricultural State and Political Circumstances of Scotland (1814), redactado bajo la dirección de Sir John Sinclair para el British Board of

Agriculture and Internal Improvement. Claramente refleja el Board los puntos de vista de las clases gobernantes en Gran Bretaña antes del Compromiso victoriano.

## INFORME GENERAL SOBRE EL ESTADO AGRICOLA Y LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICAS DE ESCOCIA.

### INTRODUCCION

...El término cercamiento tiene sentidos muy distintos en el lenguaje rural y legal de Escocia e Inglaterra. En Inglaterra, el fraccionamiento de tierras comunales, dedicadas el pasto o al cultivo, en una pluralidad de propiedades individuales exclusivas tiene que ser ejecutado mediante un acta especial del Parlamento, llamada Inclosure Bill a causa de que las personas designadas para dividir y amojonar entre los interesados las tierras sujetas a su autoridad, tienen facultades para cercar y dividir, o repartir, dichas tierras entre ellos; y por eso se les llama comisionados de cercamiento.

Esto se hace de modo muy distinto en Escocia, donde no se ha considerado necesario seguir un procedimiento tan caro. La legislación de este país, hace unos cien años, promulgó una ley general con este fin, ley que ha tenido una aplicación tan universal que las tierras comunales y los pastos o eriales comunes se han convertido en cosa muy rara en Escocia. En Escocia, las tierras comunales solían conocerse con el nombre de run-rig o rundale (aparciamiento), a casa de que las tierras o parcelas alternadas que pertenecían a propietarios u ocupantes diversos pasaban sucesivamente de unos a otros; en cambio, el término "común" quedó restringido a los eriales o pastos no ocupados en pluralidad. Dichas denominaciones pueden hallarse todavía en varias partes de Escocia; pero la tierra comunal o en aparciamiento ha desaparecido casi por completo, excepto en lugares donde la corona tiene algún interés, o en las demarcaciones de las villas reales, que han quedado al margen de la aplicación de esta ley saludabilísima.

### ASPECTO GENERAL DE LAS VENTAJAS DE LOS CERCAMIENTOS

Al considerar las ventajas que han de obtenerse de los cercamientos propuestos, el terrateniente tiene ocasión de ejercitar una observación muy circunspecta y una reflexión sagaz antes de



decidirse por algún plan determinado. En la mayoría de los casos debería tomar consejo propio y de otros para poder considerar qué es lo que más necesitan sus tierras y cuál la forma más idónea para proporcionárselo, que es por medio de los cercamientos, y formar después su plan tras un maduro examen de todas las circunstancias. No basta que se le ofrezca un porcentaje por el gasto, o una renta monetaria mayor como consecuencia del cercamiento, pues debe estar convencido de que el plan en concreto es bueno y abarca al menos las ventajas más importantes que pueden obtenerse de los cercamientos. Cuando este punto fundamental quede dilucidado, reflexionará después sobre los medios para ponerlo en práctica y sobre el mejor plan económico para evitar gastos innecesarios, tanto de momento cuanto en el futuro, y para asegurar la permanencia de las vallas. Una vez que hayan sido consideradas estas cuestiones sucesiva y puntualmente, puede tomar los acuerdos necesarios para su ejecución, pero no antes. Las decisiones sobre cercamientos deberían tomarse teniendo presentes el clima, el suelo y la forma de ocupación.

1. El clima naturalmente cálido o tibio apenas requiere abrigos artificiales; pero, si es frío y tardío para la recolección, e incierto o dañino para el ganado, los resguardos debían ser una de las primeras cosas a tomar en consideración.

2. El suelo seco y blando favorece los planes de mejora por el cultivo, y las vallas y cercamientos deberán adaptarse a esta finalidad, sin olvidar lo que pueda requerir el clima. Si el suelo es húmedo, una buena proporción de las cercas tendrá que ser proyectada y edificada teniendo en mente la necesidad del drenaje.

3. Si las tierras que se van a cercar son para dedicarlas al pasto, habrá que adaptar el plan a este fin, tomando en consideración la clase particular de ganado que ha de pacerlo. La valla que puede servir para retener a las vacas no sirve para las ovejas, y las distintas razas de éstas requieren diferentes clases de cercas. Hay que considerar, en general, a este respecto qué sea necesario para evitar gastos en el pastoreo y en la atención, para tener en orden el ganado y lograr que pascen tranquilamente, sin que lo moleste los perros o sufra otras violencias, y para poderlo abrigar contra el frío y las tormentas, por improbable que puedan ser estos trastornos.

4. Si las tierras se van a dedicar predominantemente a los cereales u otros cultivos, lo principal en el cercamiento debe ser una buena ordenación de los campos, que permitan un acceso y un

cultivo fáciles y adecuados, y la protección eventual de las cosechas contra la violación y la depredación.

5. Cuando se piense en una explotación mixta que abarque el cultivo y el pasto, el plan de cercamiento debe hacerse por combinación de las precedentes consideraciones.

#### VENTAJAS DEL CERCAMIENTO PARA LOS PROPIETARIOS

Pese a los muchos defectos que por lo general tienen todavía los planes de cercamiento y los modos de ejecutarlos, los consideran tan necesarios y útiles todos los agricultores prácticos, que, considerando que tienen sus tierras cercadas y valladas convenientemente, están dispuestos a pagar al terrateniente un porcentaje liberal por el desembolso y a conservar las cercas a sus expensas mientras dure la ocupación, con tal de que se les dé un plazo razonable para que puedan disfrutar de las ventajas consiguientes.

Hasta el aspecto exterior de los campos cercados indica confort y seguridad; y los terratenientes nunca dejan de obtener rentas muy incrementadas de las tierras bien cercadas, rentas que generalmente van del 20 al 50, y en algunos casos hasta el 70 por ciento más que las tierras abiertas de la misma clase en su circunscripción; el importe o proporción de la renta sigue aumentando conforme mejora la tierra cercada. Asimismo, por medio del cercamiento, el propietario tiene muchas veces la oportunidad de apropiarse de muchos terrenos baldíos para sembrarlos, los cuales, de otro modo, seguirían siendo rincones improductivos, y con ellos puede embellecerse grandemente su propiedad y consolidar sus ingresos y los de sus sucesores. Estos retazos son de muy poco valor para quien los ocupa y apenas paga una renta apreciable al propietario; y el valor último de las plantaciones puede, por consiguiente, considerarse claramente como una ganancia después de que los gastos de cercamiento y siembra han sido sufragados. Indudablemente, en vez de disminuir la renta, las plantaciones, a la vuelta de pocos años, harán que valgan más y produzcan una renta mayor que antes las haciendas, cuando se les unen aquellas zonas baldías. Es práctica universal y equitativa en Escocia no cargar sobre el agricultor ningún gastos del cercado, mientras sea necesario para la protección de las plantaciones tierras; las vallas son conservadas después por el propietario.



### VENTAJAS DE LOS CERCAMIENTOS PARA LOS GRANJEROS.

Los arrendatarios obtienen muchas ventajas importantes de los cercamientos juiciosamente dispuestos y bien contruídos. Su valor, empero, difiere materialmente según las circunstancias particulares; -debido a errores en el plan original, defectos en la formación y conservación de las vallas, trato inadecuado de los ganados que viven dentro, o de las cosechas en cultivo, todos los cercamientos pueden perder valor relativamente. Pero si el abuso de algo fuera a constituir argumento contra su utilidad, nada en la economía de un país podría escapar a este tipo de objeción. Es por el conjunto de todas las ventajas que se derivan de los cercamientos planeados prudentemente, bien contruídos y bien administrados, por lo que los agricultores pueden, al mismo tiempo, pagar rentas más generosas, aumentar el valor de sus ganados y cosechas y, finalmente, incrementar sus propios beneficios personales. Veremos rápidamente, por este orden, las dichas ventajas.

En la pastura del ganado, el agricultor se libra, gracias a los cercamientos, de gastos muy importantes en el pastoreo y la atención, que se disminuyen mucho en el cuidado de las ovejas y casi desaparecen en el del ganado vacuno, cuando todas las vallas son buenas. El agricultor puede clasificar el ganado según su edad, clase y demás condiciones, por medio de sus cercados, sin los cuales su atención no puede ser muy apropiada. Esta ordenación, especialmente en el ganado ovino, es necesaria de todo punto, muchas veces, para la conservación de una parte, y casi siempre es importante para la prosperidad y el mejoramiento de todo el rebaño. Gracias a los cercamientos, los rebaños se libran de ser esquilados constantemente, hostigados e impedidos de pastar por perros u otras violencias, y pueden comer en paz hasta los últimos límites; así se aprovecha mucho mejor la misma extensión de tierra y, desde luego, redunda en mayor beneficio para el agricultor.

La simple evitación de cazar furtivamente en tiempo húmedo, porque el ganado lo pisotea todo, cuando se caza con perros, es una ventaja de no poca importancia que se deriva de los cercamientos o divisiones por vallas. Incluso el calor moderado que los cercamientos dan a los rebaños en tiempo frío y tormentoso es algo perceptible para un observador inteligente, que puede comprobar cómo el termómetro sube de cinco a ocho grados en relación con las tierras rasas y desabrigadas de los mismos contornos. Es de la máxima importancia para la comodidad y medro consecuente del ganado que, en los cercamientos, pueden encontrar siempre un lugar resguardado donde dormir o rumiar; y es bien sabido que la hierba es más temprana y más abundante en las tierras cercadas que en las desabrigadas y abiertas, aun en suelos similares y en la misma demarcación.

En el cultivo de sus tierras laborables, el agricultor saca otras sólidas ventajas de los cercamientos. La importante idea de seguridad contra allanamientos, de sus mismos ganados o de sus vecinos, da estímulo a sus esfuerzos por mejorar las tierras, lo coloca en disposición de adoptar una correcta alternancia de cultivos, proceder vigorosamente en su labranza y disfrutar de sus productos con seguridad. El caso es harto distinto en las tierras abiertas, en las cuales el trigo, la hierba sembrada, nabos y otras cosechas siempre están expuestas a ser allanadas en invierno, y por eso no pueden cultivarse ventajosamente.

Además de las precedentes e importantes ventajas, el vallado, cuando está juiciosamente planeado y bien ejecutado, actúa muchas veces en forma de drenaje utilísimo para las tierras que están en sus alrededores. Si todas las ventajas que los agricultores obtienen de los buenos cercamientos fueran estimadas correctamente en contraste con las tierras abiertas, resultaría probablemente que un acre de pastizal cercado valdría dos veces más que un acre de la misma tierra y en el mismo clima, cuando no está cercado. En el caso de que toda una finca esté dedicada a la rotación agrícola, como ocurre en el Carse of Gowrie y en la mejor tierra de East Lothian, no cabe suponer que las subdivisiones por cercas, aun siendo muy ventajosas, aumenten tanto el valor del terreno.

### VENTAJAS PARA LOS OBREROS.

Los obreros hallan una gran fuente de trabajo, en primer lugar al ejecutar los planes del cercamiento, y después al mantener las vallas; además, encuentran más trabajo disponible como consecuencia de las varias mejoras que requieren los terrenos cercados, que son muchas más que las necesarias para las tierras abiertas; con el mismo gasto que servía tan sólo para sufragar el miserable jornal y las escasas subsistencias de un zagal, y eso sólo durante una parte del año, puede el campo, cuando está cercado, cultivado y mejorado, dar empleo y alimentar a muchos.

La división de las tierras comunales en Escocia ni siquiera puede ser motivo de temor para las clases trabajadoras, cuando sus pertenencias no les dan derecho a tener vacas en dichas tierras; y, cuando tienen derecho a la leña, éste se respeta siempre en todo proceso de división. Dondequiera que se estén formando cercamientos extensos hay siempre una fuente considerable de empleo y subsistencia para los trabajadores solícitos; y las ventajas que se hacen esperar, a juzgar por las mejoras de las tierras cuando se cercan, son aún más considerables y alentadoras.



### VENTAJAS DE LOS CERCAMIENTOS PARA LOS GRANJEROS.

Los arrendatarios obtienen muchas ventajas importantes de los cercamientos juiciosamente dispuestos y bien contruídos. Su valor, empero, difiere materialmente según las circunstancias particulares; -debido a errores en el plan original, defectos en la formación y conservación de las vallas, trato inadecuado de los ganados que viven dentro, o de las cosechas en cultivo, todos los cercamientos pueden perder valor relativamente. Pero si el abuso de algo fuera a constituir argumento contra su utilidad, nada en la economía de un país podría escapar a este tipo de objeción. Es por el conjunto de todas las ventajas que se derivan de los cercamientos planeados prudentemente, bien contruídos y bien administrados, por lo que los agricultores pueden, al mismo tiempo, pagar rentas más generosas, aumentar el valor de sus ganados y cosechas y, finalmente, incrementar sus propios beneficios personales. Veremos rápidamente, por este orden, las dichas ventajas.

En la pastura del ganado, el agricultor se libra, gracias a los cercamientos, de gastos muy importantes en el pastoreo y la atención, que se disminuyen mucho en el cuidado de las ovejas y casi desaparecen en el del ganado vacuno, cuando todas las vallas son buenas. El agricultor puede clasificar el ganado según su edad, clase y demás condiciones, por medio de sus cercados, sin los cuales su atención no puede ser muy apropiada. Esta ordenación, especialmente en el ganado ovino, es necesaria de todo punto, muchas veces, para la conservación de una parte, y casi siempre es importante para la prosperidad y el mejoramiento de todo el rebaño. Gracias a los cercamientos, los rebaños se libran de ser esquilados constantemente, hostigados e impedidos de pastar por perros u otras violencias, y pueden comer en paz hasta los últimos límites; así se aprovecha mucho mejor la misma extensión de tierra y, desde luego, redunda en mayor beneficio para el agricultor.

La simple evitación de cazar furtivamente en tiempo húmedo, porque el ganado lo pisotea todo, cuando se caza con perros, es una ventaja de no poca importancia que se deriva de los cercamientos o divisiones por vallas. Incluso el calor moderado que los cercamientos dan a los rebaños en tiempo frío y tormentoso es algo perceptible para un observador inteligente, que puede comprobar cómo el termómetro sube de cinco a ocho grados en relación con las tierras rasas y desabrigadas de los mismos contornos. Es de la máxima importancia para la comodidad y medro consecuente del ganado que, en los cercamientos, pueden encontrar siempre un lugar resguardado donde dormir o rumiar; y es bien sabido que la hierba es más temprana y más abundante en las tierras cercadas que en las desabrigadas y abiertas, aun en suelos similares y en la misma demarcación.

En el cultivo de sus tierras laborables, el agricultor saca otras sólidas ventajas de los cercamientos. La importante idea de seguridad contra allanamientos, de sus mismos ganados o de sus vecinos, da estímulo a sus esfuerzos por mejorar las tierras, lo coloca en disposición de adoptar una correcta alternancia de cultivos, proceder vigorosamente en su labranza y disfrutar de sus productos con seguridad. El caso es harto distinto en las tierras abiertas, en las cuales el trigo, la hierba sembrada, nabos y otras cosechas siempre están expuestas a ser allanadas en invierno, y por eso no pueden cultivarse ventajosamente.

Además de las precedentes e importantes ventajas, el vallado, cuando está juiciosamente planeado y bien ejecutado, actúa muchas veces en forma de drenaje utilísimo para las tierras que están en sus alrededores. Si todas las ventajas que los agricultores obtienen de los buenos cercamientos fueran estimadas correctamente en contraste con las tierras abiertas, resultaría probablemente que un acre de pastizal cercado valdría dos veces más que un acre de la misma tierra y en el mismo clima, cuando no está cercado. En el caso de que toda una finca esté dedicada a la rotación agrícola, como ocurre en el Carse of Gowrie y en la mejor tierra de East Lothian, no cabe suponer que las subdivisiones por cercas, aun siendo muy ventajosas, aumenten tanto el valor del terreno.

### VENTAJAS PARA LOS OBREROS.

Los obreros hallan una gran fuente de trabajo, en primer lugar al ejecutar los planes del cercamiento, y después al mantener las vallas; además, encuentran más trabajo disponible como consecuencia de las varias mejoras que requieren los terrenos cercados, que son muchas más que las necesarias para las tierras abiertas; con el mismo gasto que servía tan sólo para sufragar el miserable jornal y las escasas subsistencias de un zagal, y eso sólo durante una parte del año, puede el campo, cuando está cercado, cultivado y mejorado, dar empleo y alimentar a muchos.

La división de las tierras comunales en Escocia ni siquiera puede ser motivo de temor para las clases trabajadoras, cuando sus pertenencias no les dan derecho a tener vacas en dichas tierras; y, cuando tienen derecho a la leña, éste se respeta siempre en todo proceso de división. Dondequiera que se estén formando cercamientos extensos hay siempre una fuente considerable de empleo y subsistencia para los trabajadores solícitos; y las ventajas que se hacen esperar, a juzgar por las mejoras de las tierras cuando se cercan, son aún más considerables y alentadoras.



### VENTAJAS DE LOS CERCAMIENTOS PARA EL PUEBLO EN GENERAL

Con respecto al pueblo, las ventajas que acarrearán los cercamientos son numerosas y notables. Por medio de ellos queda el campo al mismo tiempo parcialmente saneado de agua y considerablemente protegido, mejora esta última que se hace más patente y más extensa en el clima, cuando se forman plantaciones de árboles a lo largo de los cercamientos. Ninguna persona que conozca el clima de Escocia, crudo, húmedo, inhóspito, se negará a reconocer lo mucho que ha mejorado con dichas plantaciones.

Aunque no todos los cercamientos dan un aspecto ornamental o pintoresco al paisaje, siempre que hayan sido juiciosamente planeados y bien realizados tendrán que producir este efecto, muy especialmente en un país tan variado por sus colinas y vallados. En consecuencia, y con pocas excepciones, los cercamientos han añadido mucho al ornamento de Escocia, y sobre todo aquellos en que se han hecho a la vez plantaciones de árboles. Estas últimas también, por estar relacionadas con los cercamientos, ya que las requieren necesariamente en cierto grado, han dado viveros de árboles jóvenes destinados a varios fines útiles, de modo que en el futuro tendremos madera para nuestras construcciones y barcos comerciales, al mismo tiempo que corteza de roble para curtir pieles.

De lo que ya se ha dicho con relación a los jornales y medios de subsistencia que los cercamientos proporcionan a muchos trabajadores, y el consiguiente gran aumento de alimentos para la humanidad que la tierra cercada producirá, se sigue necesariamente que la población del reino ganará recursos, aumentará y estará mejor, y que muchos campesinos robustos podrán entregarse a modos de trabajo más valiosos y más productivos. Como la fuerza física de la nación depende evidentemente del vigor de sus campesinos, todo lo que tienda a aumentar su número y contribuya a su confortable subsistencia, será digno del máximo estímulo.

### Benjamin Disraeli (1804-81)

Benjamin Disraeli, primer conde de Beaconsfield ocupó un lugar en el Parlamento, primero como conservador de izquierda y después en calidad de tory más ortodoxo. Su conservadurismo, como lo revela su carrera posterior, contenía una extraña mezcla de cualidades aristocráticas y populares. Sobre todo quería conservar lo que para él constituían las tradiciones más valiosas de Inglaterra: el poder de la corona, la preponderancia de una aristocracia terrateniente y la influencia de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, quería que se mirara a los conservadores como defensores de las clases trabajadoras contra la explotación de una burguesía egoísta e individualista. En su opinión, los whigs (que más tarde fueron los liberales) constituían una amenaza contra las instituciones históricas de la nación; y así la Nota de Reforma de 1832, so capa de medida popular, en realidad era un manejo de una de las clases en bien de sus propios fines. Disraeli afirmaba que no veía nada intrínsecamente malo en extender la franquicia, pero creía que dedicar la Cámara de los Comunes al servicio exclusivo de la clase media, o supeditar sus funciones a una simple democracia numérica era un error catastrófico. Prefería pensar del gobierno inglés que estaba formado por una serie de instituciones cuidadosamente balanceadas, ninguna de la cual debía aumentarse a costa de las otras. En 1840 se opuso a Sir Robert Peel, cuyo conservadurismo pretendía en parte ganar el apoyo de los propietarios de fábricas. Después, cuando Peel se convirtió a la doctrina del libre comercio, Disraeli pasó a ser líder del partido conservador anti-Peel y emprendió una campaña fracasada para lograr la derogación de las Leyes trigueras en 1846. En el período de prosperidad liberal que siguió, parecía que los conservadores estaban irremisiblemente pasados de moda, pero Disraeli se había percatado de la necesidad de acomodarse a los tiempos. Intentó sacar a su partido del proteccionismo, que para él era una causa perdida, y dirigirlo hacia una alianza con las clases bajas. Y así, cuando la idea de Gladstone en favor de un sufragio más extenso fue derrotada en 1866, Disraeli no dudó en apropiarse para los conservadores del mérito de haber extendido la franquicia en la triunfante Nota de Reforma de 1867, incluso al grado de aceptar importantes alteraciones en los términos originales del documento.

Está claro que, aunque Disraeli no se hubiese dedicado a la vida pública, hubiera sido un buen novelista. Sin embargo, su *Sibila, o las dos naciones* no fue escrita con simple intención narrativa. En ella Disraeli aboga eloquentemente por la aristocracia inglesa para inculcarle un sentido de misión e inducirle a que realice su papel natural de adalid del pueblo. El lector actual podría saber la impresión de que está pidiendo un retorno del feudalismo; y es cierto que creía que muchas de las mejores cosas estaban en el pasado de Inglaterra. Consideraba que los intereses



de los diversos grupos podían ser reconciliados persuadiéndolos a cada uno de sus deberes para con la sociedad. Podemos creer que esta idea es esencialmente romántica y que tal armonía de intereses -entre la agricultura y la industria, el patrón y el empleado, el rico y el pobre- es mucho más difícil de conseguir que lo que creía Distræli. Con todo, la novela tuvo un éxito inmenso y fue acogida por la mayoría como una crítica válida contra el espíritu mercenario e inmisericorde del nuevo industrialismo. Las selecciones siguientes describen el impacto de la factoría sobre Inglaterra y sobre aquellos que habían perdido sus medios de subsistencia, especialmente los tejedores manuales. El libro fue publicado en 1845 y ha sido reeditado muchas veces. La traducción siguiente se hizo de la selección de Columbia.

### SIBILA, O LAS DOS NACIONES

ADVERTENCIA (1845)

El lector medio, que no habrá sentido especial preocupación por el tema que estos libros pretenden tratar (la Condición del pueblo), podría sospechar que el escritor ha caído en alguna exageración al describir las escenas que siguen y relatar las impresiones que ha querido comunicar. Por lo tanto, éste se ve en la necesidad de declarar que, por lo general, las descripciones están tomadas de su propia observación; pero, así como confía en no haber dicho nada que no sea cierto, se ha visto absolutamente forzado a suprimir muchas cosas auténticas. Porque es tan poco lo que sabemos de la situación de nuestro propio país, que el aire de improbabilidad que una verdad completa infundiría inevitablemente sobre estas páginas podría hacer desistir a algunos de su lectura.

Grosvenor Gate: 1º de mayo de 1845

La situación de la villa rural de Marney era un de las más deliciosas que sea dado imaginarse. En un valle tendido, contiguo al margen de un río transparente y gallardo, rodeado de prados y jardines, con montes excelsos a su fondo, ondulados y llenos de bosques, el viajero que fuera por las colinas del otro lado del valle se detendría muchas veces para admirar el risueño panorama, que le haría recordar el tradicional epíteto de su tierra.

¡Hermoso espejismo! Porque, ocultas tras de la alegre campiña, la penuria y la enfermedad se cebaban en su mísera población.

El contraste entre el interior de la villa y su aspecto exterior no era tan violento como doloroso. Con excepción de la gris Calle Mayor, que tenía el aire típico de las ciudades pequeñas, cuando son centros de mercados agrícolas, salvo algunas mansiones sombrías, una sucia hospedería y una lonja insignificante, Marney era sobre todo una serie de veredas estrechas y abigarradas entre casuchas de cascajo o de piedras en bruto y sin cemento que, por su vejez o por lo malo del material, parecían mantenerse en pie a duras penas. Las grietas abiertas daban paso a cualquier soplo del viento; las chimeneas, inclinadas, habían perdido la mitad de su altura original; las vigas, totalmente pasadas, estaban claramente fuera de su lugar y, en muchos casos, las techumbres, que en algunas partes quedaban abiertas, dejando entrar el viento y la humedad, eran en todo completamente inadecuadas para su finalidad original de dar protección contra las inclemencias del tiempo, y parecían más el cobertizo de un muladar que el techo de una choza. Frente a las puertas de estas viviendas, y muchas veces rodeándolas, corrían abiertos arroyos llenos de desperdicios animales y vegetales en estado de descomposición, o a veces, en su carrera mal trazada, llenaban hoyos inmundos o formaban estancamientos; al mismo tiempo se disolvía en ellos una solución concentrada de todas las especies de basura, que iba a impregnar totalmente los muros y los suelos adyacentes.

Estos miserables alojamientos rara vez tenían más de dos habitaciones, en una de las cuales, por numerosa que fuera, se veía obligada a dormir toda la familia, sin distinción de edad, sexo o padecimientos. Con el agua que corría al pie de las paredes, la luz que se filtraba a través de los techos, sin calefacción, ni siquiera en invierno, la madre virtuosa alumbraba entre dolores de parto otra víctima inmolada a nuestra insensata civilización; rodeada de tres generaciones, cuya presencia inevitable es más mortificante que los sufrimientos de ella en esa hora aciaga. Entretanto, el padre del niño que nacía, en otro rincón del sórdido cuarto, yace víctima del tifus que su contaminada vivienda vertió en sus venas, y para cuya próxima presa tal vez esté destinado su hijo recién nacido. Aquellas paredes arrebuajadas no tenían ventanas ni puertas suficientes para aislar de la intemperie a la habitación, o para que entrara el sol, o para proporcionarle ventilación; el techo húmedo y pútrido exhalaba malaria, como toda materia vegetal en descomposición. Las habitaciones no estaban separadas ni tenían suelos, y bien que algunas estuvieran situadas en lugares bajos y húmedos, inundados a veces por el río, y por lo general mucho más abajo de la carretera, o bien que brotara agua a través del suelo fangoso, que era el caso frecuente, el piso siempre estaba encharcado; a veces podían verse pequeños canales que salían en desagüe por debajo de las puertas y éstas



de los diversos grupos podían ser reconciliados persuadiéndolos a cada uno de sus deberes para con la sociedad. Podemos creer que esta idea es esencialmente romántica y que tal armonía de intereses -entre la agricultura y la industria, el patrón y el empleado, el rico y el pobre- es mucho más difícil de conseguir que lo que creía Distræli. Con todo, la novela tuvo un éxito inmenso y fue acogida por la mayoría como una crítica válida contra el espíritu mercenario e inmisericorde del nuevo industrialismo. Las selecciones siguientes describen el impacto de la factoría sobre Inglaterra y sobre aquellos que habían perdido sus medios de subsistencia, especialmente los tejedores manuales. El libro fue publicado en 1845 y ha sido reeditado muchas veces. La traducción siguiente se hizo de la selección de Columbia.

### SIBILA, O LAS DOS NACIONES

ADVERTENCIA (1845)

El lector medio, que no habrá sentido especial preocupación por el tema que estos libros pretenden tratar (la Condición del pueblo), podría sospechar que el escritor ha caído en alguna exageración al describir las escenas que siguen y relatar las impresiones que ha querido comunicar. Por lo tanto, éste se ve en la necesidad de declarar que, por lo general, las descripciones están tomadas de su propia observación; pero, así como confía en no haber dicho nada que no sea cierto, se ha visto absolutamente forzado a suprimir muchas cosas auténticas. Porque es tan poco lo que sabemos de la situación de nuestro propio país, que el aire de improbabilidad que una verdad completa infundiría inevitablemente sobre estas páginas podría hacer desistir a algunos de su lectura.

Grosvenor Gate: 1º de mayo de 1845

La situación de la villa rural de Marney era un de las más deliciosas que sea dado imaginarse. En un valle tendido, contiguo al margen de un río transparente y gallardo, rodeado de prados y jardines, con montes excelsos a su fondo, ondulados y llenos de bosques, el viajero que fuera por las colinas del otro lado del valle se detendría muchas veces para admirar el risueño panorama, que le haría recordar el tradicional epíteto de su tierra.

¡Hermoso espejismo! Porque, ocultas tras de la alegre campiña, la penuria y la enfermedad se cebaban en su mísera población.

El contraste entre el interior de la villa y su aspecto exterior no era tan violento como doloroso. Con excepción de la gris Calle Mayor, que tenía el aire típico de las ciudades pequeñas, cuando son centros de mercados agrícolas, salvo algunas mansiones sombrías, una sucia hospedería y una lonja insignificante, Marney era sobre todo una serie de veredas estrechas y abigarradas entre casuchas de cascajo o de piedras en bruto y sin cemento que, por su vejez o por lo malo del material, parecían mantenerse en pie a duras penas. Las grietas abiertas daban paso a cualquier soplo del viento; las chimeneas, inclinadas, habían perdido la mitad de su altura original; las vigas, totalmente pasadas, estaban claramente fuera de su lugar y, en muchos casos, las techumbres, que en algunas partes quedaban abiertas, dejando entrar el viento y la humedad, eran en todo completamente inadecuadas para su finalidad original de dar protección contra las inclemencias del tiempo, y parecían más el cobertizo de un muladar que el techo de una choza. Frente a las puertas de estas viviendas, y muchas veces rodeándolas, corrían abiertos arroyos llenos de desperdicios animales y vegetales en estado de descomposición, o a veces, en su carrera mal trazada, llenaban hoyos inmundos o formaban estancamientos; al mismo tiempo se disolvía en ellos una solución concentrada de todas las especies de basura, que iba a impregnar totalmente los muros y los suelos adyacentes.

Estos miserables alojamientos rara vez tenían más de dos habitaciones, en una de las cuales, por numerosa que fuera, se veía obligada a dormir toda la familia, sin distinción de edad, sexo o padecimientos. Con el agua que corría al pie de las paredes, la luz que se filtraba a través de los techos, sin calefacción, ni siquiera en invierno, la madre virtuosa alumbraba entre dolores de parto otra víctima inmolada a nuestra insensata civilización; rodeada de tres generaciones, cuya presencia inevitable es más mortificante que los sufrimientos de ella en esa hora aciaga. Entretanto, el padre del niño que nacía, en otro rincón del sórdido cuarto, yace víctima del tifus que su contaminada vivienda vertió en sus venas, y para cuya próxima presa tal vez esté destinado su hijo recién nacido. Aquellas paredes arrebuajadas no tenían ventanas ni puertas suficientes para aislar de la intemperie a la habitación, o para que entrara el sol, o para proporcionarle ventilación; el techo húmedo y pútrido exhalaba malaria, como toda materia vegetal en descomposición. Las habitaciones no estaban separadas ni tenían suelos, y bien que algunas estuvieran situadas en lugares bajos y húmedos, inundados a veces por el río, y por lo general mucho más abajo de la carretera, o bien que brotara agua a través del suelo fangoso, que era el caso frecuente, el piso siempre estaba encharcado; a veces podían verse pequeños canales que salían en desagüe por debajo de las puertas y éstas



mismas sacadas de sus quicios, formaban el lugar de descanso para la infancia en su inundada casa. Estos cobertizos, en muchos casos, no estaban dotados de las más comunes comodidades dictadas por la previsión más rudimentaria; junto a todas las puertas podía verse el estercolero donde se amontonaban todas clases de basura, destinada al abono, de modo que, cuando el pobre hombre abría su estrecha habitación con la esperanza de refrescarla con la brisa del verano, se encontraba frente a una mezcla de gases de los estercoleros humeantes.

Esta ciudad de Marney fue una metrópoli agrícola, porque los propietarios de la vecindad, habiéndose dedicado durante el último medio siglo a la destrucción de las chozas de sus estados, para evitarse tener que alimentar a la población, obligaron a la gente desplazada a aglomerarse en Marney, donde una fábrica les dio algún alivio durante la guerra, aunque sus ruedas hacía mucho que habían dejado de ser agitadas por las aguas del Mar.

Privados de este recurso, volvieron a dispersarse otra vez por aquella tierra que, como si dijéramos, los había rechazado, y obtuvieron de su rústico seno un medio de vida mezquino. Su regreso a las parroquias circundantes fue mirado con gran suspicacia; su nuevo aposentamiento fue combatido con todos los medios dictados por complicados designios; los que se aprovecharon de su trabajo tuvieron mucho cuidado de que no llegaran a convertirse en moradores del suelo; y aunque había muy pocos distritos en el reino donde los jornales, por culpa de la excesiva competencia, fueran más bajos, los que tuvieron la fortuna de poder ganar una remuneración menguada tenían, además de sus labores, que soportar cada amanecer y cada atardecer una jornada abrumbada para llegar hasta el lugar de su trabajo o para regresar al cobertizo escuálido que profanaba al nombre de hogar. A esta casa, sobre la que aleteaba la malaria y alrededor de cuyo estrecho corazón se arracimaban, además de la familia exhausta por el trabajo, otros huéspedes: -las fiebres de todo tipo, la peste blanca, la consuntiva fiebre sínoca y la fiebre intermitente- volvía, después de cultivar los dilatados campos de la feliz Inglaterra, el denodado campesino británico; volvía para encontrar las peores de las enfermedades y con una constitución que, doblegada por la fatiga, no contaba para mantenerse con el alimento de origen animal, calado hasta los huesos por la tempestad, no podía cambiarse sus chorreantes harapos, y dependía para su raquítico combustible de las ramas que el viento desgajaba en los bosques.

Los ojos de esta desdichada estirpe podían haberse alzado hasta la solitaria espira que se erguía entre ellos, portadora de consuelo presente, precursora de futura igualdad; pero la Santa

Iglesia de Marney había olvidado su sagrada misión. Hemos presentado al lector el vicario, hombre ordenado que estimaba haber cumplido su deber si predicaba dos sermones a la semana, encomiando a su grey la humildad y la gratitud por los dones de esta vida. La Calle Mayor y algunos acomodados de las cercanías formaban su principal auditorio. Lord y Lady Marney, acompañados por el Capitán Grouse, acudían todos los domingos por la mañana con una regularidad de ma de loa y eran conducidos hasta el interior invisible de un largo banco de iglesia que ocupaba la mitad de la galería; estaba tapizado de damasco rojo y provisto de cómodas sillas, y para los que los querían, había reclinatorios bien acojinados. El pueblo de Marney se refugiaba en conventículos, que eran abundantes; construcciones de plano muy sencillo hechas con ladrillo pálido y con los nombres pintados de Sion, Betel y Betesda; nombres de una tierra lejana, y lengua de una raza perseguida y vetusta; sin embargo, es tal la fuerza misteriosa de su divina calidad, que sirven de consuelo en el siglo XIX a un campesino sajón de figura fatigada y alma atormentada....

Próximamente a media milla de Marney, el valle se estrecha y el río sigue un curso tortuoso. Corre por entre prados de suave apariencia y cuajados de vegetación lujurante, bordeados en ambos lados por bosques frondosos, que cubren completamente las laderas, excepto en ciertos lugares, donde vetas de piedra rompen la glauca falda de las colinas con sus formas ásperas y grises. Roca viva, umbríos bosques y una corriente de aguas frescas se combinaban en el callado escenario, resguardado y amparado de todo viento destemplado y brusco, formando la zona sagrada que, en viejos tiempos, eligió la Santa Iglesia para consagrarla con sus hermosas y duraderas construcciones. Hasta el forastero que hubiera dejado la villa unas dos millas tras de él, si se le hubiera dicho que la granja y el molino que acababa de pasar se llamaban granja de la Abadía y molino de la Abadía, podría haber esperado encontrarse con el triste espectáculo de algunas ruinas monásticas. Por lo que toca a Egremont, había casi nacido entre las ruinas de la Abadía de Marney; sus reliquias solemnes estaban asociadas a sus primeras y más espontáneas fantasías, todos sus rincones le eran tan familiares, que hubiera podido ser él mismo uno de los viejos monjes; y sin embargo, nunca pudo mirar sin emoción aquellas ruinas inigualables, ruinas de una de las más grandes, entre las mayores, casas religiosas del Norte.

Sobre un espacio de no menos de diez acres podían todavía observarse los fragmentos de la gran Abadía: estaban, hacia sus límites, cubiertos en general de musgo y eran restos que decían en dónde se habían elevado las dependencias de la construcción y hasta qué lugar llegaban en terrazas los jardines de sus viejos



propietarios; aún podía distinguirse aquí la vivienda del señor abad; allá, todavía mejor, porque estaba construida a mayor escala y con materiales que aspiraban más aún a la perpetuidad, podía apreciarse el espacioso hospital, nombre que entonces no denotaba la casa de salud, sino el lugar donde se practicaban todas las normas de la hospitalidad; donde el viajero, desde el altivo barón hasta el peregrino solitario, pedían el asilo y el socorro que nunca eran negados, y a cuyas puertas, llamadas el Portal del Pobre, los campesinos de las tierras abaciales podían llamar, cuando lo necesitaban, todas las mañanas y todas las tardes para pedir vestido y comida....

Era uno de esos días del verano, tan tranquilos que se diría que la naturaleza guardaba una fiesta. El viento, fatigado, dormía en alguna caverna umbría y los rayos del sol se calentaban en algún otero ardiente; el río flotaba en curso soñoliento e inconsciente; no se formaban ondas en la hierba, no se oía un crujido en las ramas.

Tan profundo silencio entre aquellas ruinas solemnes brindaba perfección en la soledad; y en el espíritu de Egremont se agitaban sentimientos que estaban muy lejos de indisponerlo para disfrutar de ella.

Las leves palabras que había cambiado con el granjero y lo que quedaba detrás lo pusieron meditabundo. ¿Porqué Inglaterra no era el mismo país que en los días de su alegre juventud? ¿Porqué eran tan duros estos tiempos para el pobre? Estaba entre las ruinas que, como bien dijo el granjero, fueron testigos de cambios incontables: cambios de credos, de dinastías, de leyes, de modales. En la región aparecieron nuevos órdenes de hombres, se abrieron nuevas fuentes de riqueza y nuevas disposiciones del poder a que dicha riqueza necesariamente condujo. Su misma casa, su mismo orden se habían establecido en las ruinas de aquel gran cuerpo, emblemas de su antigua magnificencia y poderío que lo rodeaban a él. Y ahora su orden estaba, a su vez, amenazado. Pero el pueblo -los millones de oprimidos que todo lo sostuvieron con sus oscuras energías durante esos siglos tomadizos- ¿en qué había cambiado durante aquellas centurias? ¿Su progreso nacional guardó una relación adecuada con el progreso de sus gobernantes, que acumularon, con los tesoros de una clase limitada, las riquezas del mundo, riquezas que hicieron a sus poseedores vanagloriar se de constituir la primera de las naciones, la más poderosa y la más libre, la más ilustrada, la más moral y la más religiosa? ¿Había incendiarios de hacinas en tiempos de los señores abades? Si no los había, ¿porqué era así? ¿Y porqué destruían los rimeros de los Condes de Marney, y se respetaban, en cambio, los de los Abades de Marney?

Sumido en estas consideraciones, vinieron a distraerle ciertas voces y, mirando en su torno, vio a dos hombres en el cementerio: uno permanecía junto a una tumba, que su compañero examinaba, al parecer.

El primero era de elevada estatura y, si bien vestido con sencillez, nada vil revelaba su apariencia. Su traje no daba indicio de su categoría: podía ser hijo de un caballero o de su guarda de caza; vestía de pana y calzaba borceguíes de piel. Cuando Egremont pudo distinguirlo, tiró al suelo su sombrero campero de ancha copa y dejó al descubierto una faz franca y de porte varonil. Su complexión debió haber sido sanguínea en la juventud, pero el tiempo y lo que con él viene, el pensar y la pasión la habían hecho palidecer; su cabello castaño, descolorido, pero no cano, caía todavía sobre una frente noble; sus rasgos eran regulares y gentiles: la nariz bien formada, la boca rectangular y los dientes blancos, con ojos gris claro que iban muy de acuerdo con tal idiosincrasia. Acaso en aquellos sus años de vigorosa masculinidad, (pues estaba mucho más cerca de los cuarenta años que de los cincuenta) su forma atlética resultaba más definida que en la fase más flexible y grácil de la juventud.

Extendiendo sus fuertes brazos al cielo y exhalando una exclamación que denotaba su cansancio y que vino a romper el silencio, comunicó a su compañero su determinación de descansar bajo la sombra del tejo que estaba en el jardín contiguo, e invitando a su amigo para que lo siguiera, levantó su sombrero y se fue.

Había algo en el aspecto del forastero que interesó a Egremont; y, esperando a que se colocara en su cómodo asiento, éste descendió al jardín conventual y se propuso hablarle.

-Se apoya usted en un tronco vetusto -dijo Egremont avanzando cuidadosamente hacia el desconocido, que lo miró sin expresión de sorpresa y replicó:

-Dicen que este es el tronco bajo cuyas ramas acamparon los monjes cuando llegaron a este valle para edificar su convento. Fue su casa hasta que, con la madera y la piedra que había en los contornos, con su laboriosidad y su arte refinado, erigieron la abadía. Después fueron expulsados de ella y se convirtió en esto. ¡Pobres hombres! ¡Pobres hombres!

-No les hubieran privado de su morada, si hubiesen sido dignos de conservarla -contestó Egremont.



-Eran ricos. Y yo creo que es en la pobreza donde estuvo el crimen -replicó el forastero con tono de ingenuidad.

-Pero habían cometido otros crímenes.

-Puede ser; somos muy frágiles. Mas su historia ha sido escrita por sus enemigos; fueron condenados sin que se hicieran oír; el pueblo se alzó muchas veces en su defensa; y sus propiedades fueron divididas entre aquellos por cuyos informes había sido confiscada.

-De todos modos, fue una privación que dio vida a la comunidad -dijo Egremont-; las tierras las tienen los hombres activos, no los zánganos.

-Zángano es el que no trabaja -contestó el forastero- me da lo mismo que vista capucha o guirnalda nobiliaria. Imagino que alguien tiene que poseer la tierra; aunque he oído decir que esta posesión individual no es necesaria; pero, sea lo que fuere, no seré yo quien ataque al señor, con tal de que sea un buen dueño. Todos concuerdan en que los monjes eran terratenientes muy accesibles; sus rentas bajas; en aquellos tiempos garantizaban los arrendamientos. Sus arrendatarios podían también renovar sus contratos antes de expirar éstos; eran gentes espirituales, a la vez que propietarios. Eran labradores acomodados; señor; el país no estaba dividido en dos clases: la de los amos y la de los esclavos; había intermedio entre el lujo y la miseria. El confort era entonces un hábito inglés, no meramente una palabra inglesa.

-¿Y cree usted realmente que, como propietarios de la tierra, fueron más accesibles que los de hoy? -preguntó Egremont.

-La naturaleza humana nos lo dirá, aunque la historia no lo confiese. Los frailes no podían tener propiedad privada; no podían guardar dinero; no podían legar nada en testamento. Vivían, recibían y gastaban en común. También el monasterio era un propietario que nunca moría ni se gastaba. El cultivador tenía entonces un señor inmortal, no un guardián violento, ni estaba sometido a una hipoteca asfixiante, ni su patrón era un dilatorio amo de capellanía; todo era seguro; el feudo no tenía por qué temer un cambio de señores, ni las encinas que temblar ante el hacha de un heredero pródigo. En Inglaterra aún se está muy orgulloso de una familia vieja, aunque es muy raro. Dios lo sabe bien, encontrar alguna ahora. Y, con todo, el pueblo gusta de decir: dependemos de él, y de su padre, y de su abuelo antes que de él. Sabe que esa forma de disfrute es benéfica. El abad era siempre el mismo. Los monjes constituían, en resumen, en todos los distritos un re-

fugio para todo aquel que necesitaba socorro, consejo y protección; formaban un cuerpo de individuos que no se cuidaban de ellos mismos y que tenían la sabiduría necesaria para guiar a los inexpertos y la riqueza suficiente para remediar los sufrimientos, y muchas veces el poder necesario para proteger al oprimido.

-Defendéis su causa con calor -dijo Egremont, no sin sentirse conmovido.

-Es la mía propia; aquéllos eran hijos del pueblo, como lo soy yo.

-Yo creí que aquellos monasterios eran más bien recurso a que apelaban las ramas más jóvenes de la aristocracia -observó Egremont.

-En vez de inscribirse como pensionistas en alguna lista -replicó su compañero sonriendo, aunque no con amargura- Pues bien, si hemos de tener una aristocracia, mejor querría yo que sus más jóvenes representantes fueran los monjes y monjas, y no condeales sin regimientos o custodios de palacios reales que sólo existen de nombre. Por otra parte, vea usted cuán ventajoso sería para un ministro que pudiera resolver así por ahora el problema de la aristocracia sin beneficio. Ese ministro no necesitaría, como los de hoy, confiar el manejo de los asuntos públicos a individuos notoriamente incompetentes, ni designar para el mando de expediciones a generales que jamás vieron un campo de batalla, o buscar para embajador a un ajado petimetre o a un marchito favorito. Es cierto que muchos frailes y monjas eran personas de noble alcurnia. ¿Y por qué no iban a serlo? La aristocracia aportaba su parte; no más. Como las otras clases, resultaba beneficiada por los monasterios; pero la lista de los abades mitrados que había al ser suprimidos, muestra que la gran mayoría de los superiores de congregaciones pertenecían al pueblo.

-Sea cual sea la diferencia que pueda existir en estas opiniones -comentó Egremont- hay una que no puede discutirse: los monjes fueron grandes arquitectos.

-¡Ah, -dijo el forastero con aire de lamento- si el mundo se diera cuenta tan siquiera de lo que se ha perdido! Estoy seguro que no se tiene apenas la idea más vaga de cómo era el paisaje de Inglaterra antes de la disolución y después de ella. Porque, señor, en Inglaterra y en Gales tan sólo había mucho más de tres mil instituciones como ésta, y de diferentes tamaños: me refiero a monasterios, abadías y capillas. Todas ellas eran excelentes



construcciones, y la mayoría de una belleza exquisita. Por término medio, había en cada condado a lo menos veinte lugares como éste; y en este gran condado existía un número doble de establecimientos, tan grandes y magníficos, y tan bellos como vuestros Belvoir, Chatsworth, Wentworth y Stowe. Imaginaos el efecto treinta o cuarenta Chatsworths en este condado, con un propietario que jamás se ausentaría de ellos. Hoy la queja por ausencia es harto frecuente. Los monjes jamás dejaban de residir en sus monasterios. Gastaban sus rentas entre aquellos cuya laboriosidad las habían producido. Esos hombres santos construían también plantaban, como de hecho hicieron en todas las otras partes, para la posteridad; sus iglesias eran catedrales; sus escuelas colegios; sus salones y bibliotecas eran asilo de la cultura de los reinos; sus bosques y ríos, sus haciendas y jardines se extendían y estaban dispuestos con arreglo a un espíritu que se ha extinguido; embellecían la tierra y hacían que el pueblo se sintiera orgulloso de ella.

-Y si los monjes fueron tan grandes benefactores públicos, ¿porqué el pueblo no acudió en su ayuda?

-Lo hicieron, mas fue demasiado tarde. Lucharon durante un siglo, pero combatían contra la propiedad y fueron derrotados. Mientras existieron los monjes, el pueblo, cuando era vejado, tenía a la propiedad de su parte. Ahora todo esto se acabó -dijo el forastero-; ahora llegan viajeros y miran con desdén a estas ruinas y se creen bastante sabios para moralizar sobre los tiempos. Estas ruinas son hijas de la violencia, no del tiempo. Es la guerra quien las formó, la guerra civil, la más inhumana de todas nuestras guerras civiles, porque se hizo contra hombres que no oponían resistencia. Los monasterios fueron tomados por la tormenta, saqueados, destrozados, abatidos con instrumentos bélicos, demorados por la pólvora; todavía puede usted ver las señales del fuego aquí, en la torre nueva. Jamás se vio semejante depredación. El aspecto de todo el país durante un siglo fue el de la tierra acabada de invadir por un enemigo despiadado; fue peor que la conquista normanda. En Inglaterra nunca ha perdido este carácter de presa del pillaje. No sé si la reunión de talleres se lo quitará. Por lo menos, laboran en favor del pueblo. Tras una experiencia de tres siglos, con vuestras cárceles llenas y habiendo perdido algo de su virtud los molinos de ruedas, nos habéis dado un sustituto a los monasterios.

-Deploráis la pérdida de la antigua fe -observó Egremont con respeto.

-No considero la cuestión como asunto de fe -replicó el fo-

rastero-. No es cosa de religión, sino de derecho, a la que yo me refiero: algo, diría yo, de derecho privado y felicidad pública. Podéis haber cambiado, si lo juzgastéis conveniente, la religión de los abades, lo mismo que cambiasteis la religión de los obispos: pero no habéis tenido derecho para privar a unos hombres de su propiedad, y de una propiedad, además, que, bajo su administración, contribuyó tanto a dar bienestar a la comunidad.

-En cuanto a la comunidad -dijo una voz que no era ni de Egremont ni del forastero-, con los monasterios expiró la única clase auténtica que hemos tenido en Inglaterra. En Inglaterra no hay comunidad; hay agregado, pero un agregado formado bajo circunstancias que lo hacen ser un principio disolvente más que aglutinante.

Era una voz tranquila la que pronunciaba estas palabras, y tenía un carácter peculiar; era un de esas voces que inmediatamente arrebatan la atención: suave, y sin embargo solemne; seria, y a pesar de ellos desapasionada. Con un andar tan suave como su tono, el hombre que había estado hincado al lado de la tumba, llegó junto a su compañero y a Egremont sin que éstos se dieran cuenta. Apenas era de estatura mediana; su figura flaca, pero bien proporcionada; tenía el rostro pálido, ligeramente marcado por la viruela, y se libraba de la fealdad absoluta por su frente sumamente intelectual y por los grandes ojos oscuros, que indicaban una profunda sensibilidad y una gran rapidez de comprensión. Aunque joven, estaba ya un poco calvo; vestía todo de negro; la limpieza de su traje, la pulcritud de su barba, sus guantes muy raídos, pero cuidadosamente remendados, indicaban que sus marchitas prendas eran más el resultado de la necesidad que de la negligencia.

-Usted también se lamenta de la destrucción de estas instituciones -dijo Egremont.

-Hay tanto que lamentar en el mundo en que vivimos -contestó el más joven de los forasteros-, que no puedo derrochar lamentos por el pasado.

-Sin embargo, usted aprueba el principio de la sociedad de aquéllos; usted la prefiere, según dice, a la vida actual.

-Sí; prefiero la asociación a la grey.

-He ahí una distinción -comentó Egremont meditabundo.



-Es la comunidad de propósito la que constituye una sociedad -prosiguió el forastero más joven-; sin ella, los hombres pueden agruparse en contigüedad, pero de hecho siguen aislados.

-¿Y es ésta su condición en las ciudades?

-Es su condición dondequiera; pero en las ciudades está agravada. La densidad de población impone una lucha más acerba por la vida, y en consecuencia una repulsión de los elementos que han sido puestos en tan estrecho contacto. En las grandes ciudades los hombres se juntan por el común deseo de ganar. No existe entre ellos el estado de cooperación, sino de aislamiento, en lo que se refiere a la acumulación de fortunas; en cuanto a lo demás, no se preocupan de sus vecinos. El cristianismo nos enseña a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; la sociedad moderna no reconoce a ningún prójimo.

-Cierto; vivimos en tiempos extraños -hizo notar Egremont impresionando por la observación de su compañero y desahogando su espíritu perplejo con una exclamación ordinaria, delatora muchas veces de que la mente está más conturbada de lo que se cree, o de lo que puede expresar por el momento.

-Cuando el niño empieza a andar, cree también que vive en una época extraña -añadió su compañero.

-¿Qué deduce usted de eso? -preguntó Egremont.

-Que la sociedad aún vive en su infancia y está empezando a sentirse segura.

-Es que entra en un nuevo reino -comentó Egremont-, acaso en una nueva era.

-Así lo creo -dijo el más joven de los forasteros.

-Y yo lo espero así -contestó el más viejo.

-Muy bien; la sociedad puede estar en su infancia -notó Egremont, sonriendo ligeramente-; pero, diga usted lo que quiera, nuestra reina gobierna a la nación más grande que jamás ha existido.

-¿Qué nación? -preguntó el joven desconocido- Porque reina sobre dos naciones.

El forastero se detuvo; Egremont quedó callado, pero miraba

en son de pregunta.

-Sí -resumió el joven forastero, tras un momento de silencio-. Dos naciones, entre las cuales no hay relación ni simpatía; dos naciones que ignoran los hábitos, los pensamientos y los sentimientos cada una de la otra, tanto como si fueran moradoras de zonas diferentes, o habitantes de distintos planetas; que han nacido de padres diversos y que comen alimento distinto, han sido ordenadas de maneras diferentes y no están gobernadas por las mismas leyes.

-Usted habla de.....-preguntó Egremont vacilante.

### -EL RICO Y EL POBRE-...

Las primeras luces del alba se filtraban apenas a través de un cielo nuboso. Por las silenciosas calles de Mowbray soplaban un viento helado del este. Los ruidos de la noche se habían extinguido y las voces diurnas todavía no empezaban a escucharse.

De pronto se oyó una voz; empezó el movimiento. Se percibió el primer paso de una nueva semana de trabajo. Sobre el pavimento apareció un hombre embozado en su ligero abrigo, y llevaba en la mano algo que, a primera vista, parecía el cayado de un pastor, aunque con empuñadura mucho más larga. Toca en varias ventanas según va caminando con rapidez. En cada cristal suena un ruido apresurado. Conforme avanza, se comprende el uso de la larga manilla de su instrumento, que le permite alcanzar las ventanas altas de las viviendas, a cuyos inquilinos tiene que despertar. Dichos inquilinos son las mujeres que trabajan en la fábrica y que se agrupan en distritos con el fin de unirse a aquellos heraldos del alba; y solamente por un estricto cumplimiento de la cita pueden librarse de la temida multa que espera a las que no han llegado a la puerta de la fábrica antes de que la campana deje de sonar.

El centinela en cuestión, saliendo de las calles y deteniéndose en uno de los pequeños pasajes abovedados que hemos señalado antes, entró a un patio. Allí se alojaban muchas de las trabajadoras; y el largo báculo, cual si se tratara de hacer un juego de malabarismo, parecía tocar en todos lados a la vez y en muchas ventanas al mismo tiempo. Llegado al final del patio, y cuando iba a tocar en la ventana del piso superior de la última vivienda, se abrió aquélla y apareció un hombre pálido con triste expresión, que le habló así:



-Simmons, ya no necesita usted llamar a esta ventana más; mi hija nos ha dejado.

-¿Se ha ido de Webster?

-No; pero nos ha dejado. Se quejó mucho de su dura suerte; trabajaba como una esclava, y no lo hacía para ella. Se ha ido, como harán todas, para tener su casa propia.

-Mal asunto -dijo el velador con voz no desprovista de com pasión.

-Casi tan malo como, para los padres, vivir del jornal de sus hijos -contestó el hombre tristemente.

-¿Y cómo es tu buena mujer?

-Todo lo pobre que necesita. Harriet no había estado en casa desde el viernes en la noche. ¿No te debe nada?

-Ni medio penique. Era ordenada como una abejita y paga ba todos los lunes por la mañana. Siento que te haya dejado, ve cino.

-Cúmplase la voluntad de Dios. Los tiempos son malos para nosotros -dijo el hombre y, dejando la ventana abierta, se metió adentro.

Era una única habitación la que él ocupaba. En el centro, colocado para que pudiera aprovechar la poca luz que lograba pene trar en aquel cuarto tan oscuro, había un telar. En dos rincones de la estancia y en el suelo estaban dos colchones y una cortina de separación, pendiente de un cordón, que podía correrse en ca so necesario. En uno yacía su esposa, doliente; en el otro, tres niños pequeños: dos niñas, la mayor de unos ocho años y, entre ellas, su hermanito. En el fogón se veía un caldero de hierro y en el tablero de la chimenea algunas velas, unos pocos cerillos, dos pequeños cubiletes, un papel de sal y una cuchara de hierro. Más allá, una tosca mesa de cocina clavada junto a la pared, lo mismo que el banco unido a ella.

El hombre se sentó ante el telar e inició su trabajo cotidia no.

-¡Doce horas de tarea todos los días, a penique la hora, y encima, es un trabajo empeñado! ¿Cómo va a terminar esto? ¿Se rá interminable? -y miró en torno al cuarto, donde no había nada:

ni comida, ni leña, ni muebles; donde cuatro seres humanos que dependían de él estaban acostados en sus miserables camas, porque no tenían ropa que ponerse. -No puedo vender mi telar -prosi guió- ni al precio de leña vieja, y me costó a precio de oro. No fue el vicio lo que me trajo a esta situación, ni la indolencia, ni la imprevisión. Nacía para trabajar, y estaba listo para hacer lo. Amaba a mi telar y él me amaba a mí. Me dio una casita en mi aldea natal, rodeada por un jardín, y no estaba celoso de que reclamaran mis cuidados. Había tiempo para los dos. Me dio por esposa a la doncella que siempre había amado; agrupó a mis hijos alrededor de mi corazón, con abundancia y paz. Yo estaba conten to: no deseaba otra suerte. No es la adversidad la que me hace mirar atrás, al pasado, con ternura.

-Entonces, ¿porqué estoy aquí? ¿Porqué yo, y seiscientos mil súbditos de la Reina, honestos, leales y laboriosos, porqué estamos, después de luchar virilmente durante años, cayendo cada vez más bajos en la escala? ¿Porqué hemos sido arrancados de nuestras casas inocentes y felices, de nuestras casitas de la al dea, que amábamos, para montonarnos en ciudades cerradas, sin comodidades, y meternos encogidos en sótanos, o buscamos un cubil escuálido como éste, sin siquiera las cosas más necesarias para vivir? Primero nos faltan las comodidades ordinarias de la vi da; después, las ropas, y, por fin, la comida.

-Es que el capitalista ha hallado un esclavo que sustituyó al trabajo y la ingenuidad del hombre. Antes era un artesano; ahora, en el mejor de los casos, únicamente culda máquinas. E incluso esta ocupación se le escapa de las manos, que pasa a ser desempeñada por la mujer y el niño. El capitalista prospera, amasa una fortuna inmensa; nosotros caemos más y más bajo; más bajos que las bestias de carga, porque a éstas se las alimenta mejor y se las cuida con más esmero. Y es justo, porque, de acuerdo con el sistema actual, son más preciosas. Sin embargo, nos dicen que los intereses del capital y los del trabajo son idé n ticos.

-Si una sociedad creada por el trabajo se independiza repen tinamente de él, está obligada aquélla a mantener a la raza cuya única propiedad es el trabajo con los productos de la otra propie dad que no ha dejado de ser productiva.

-Cuando la clase de la nobleza fue suplantada en Francia, no llegaba en su cantidad a la tercera parte de la nuestra, los te jedores manuales; y, con todo, Europa entera se lanzó a la guerra para vengar las injurias que se le hicieron, y todos los estados se dispusieron a mantenerlos durante su adversidad, y cuando fue.



ron restaurados los aristócratas en su país, éste los compensó con una enorme indemnización. ¿Quién cuida de nosotros? También hemos perdido nuestros bienes. ¿Quién alza la voz en nuestro favor? Y, sin embargo, somos por lo menos tan inocentes como la nobleza de Francia. Nos hundimos y nadie nos mira, más que nosotros mismos. Y si nos otorgan su simpatía, ¿qué? Al pobre no se le da más que el consuelo de la simpatía; para el rico se reserva la compensación.

-¿Está ahí Harriet? -preguntó la esposa, moviéndose en su cama.

El tejedor manuel fue despertado de su ensimismamiento a la urgente miseria que lo rodeaba.

-¡No! -contestó con voz ronca y súbdita-; no está Harriet.

-¿Porqué no viene Harriet?

-¡Ya no vendrá más! -replicó el tejedor-; te lo dije anoche: ya no puede soportar este tugurio, y no me extraña.

-¿Cómo vamos a comcer ahora? -inquirió su esposa- No debías haberla dejado ir. No haces nada, Warner. Tú no ganas un jornal y, en cambio, dejas marcharse a la muchacha.

-Y me iré yo si lo repites otra vez -contestó el tejedor- Estuve tres horas para terminar esta pieza, que tenía que entregar el sábado por la noche.

-Pero te la pagaron por adelantado. Ahora no cobrarás nada por tu trabajo. ¡Un penique a la hora! ¿Qué clase de trabajo es el que produce un penique por hora?

-Un trabajo que tú has admirado muchas veces, Mary, y que valfa algo antes. Pero, si no te gusta, -añadió el hombre, apartándose del telar- lo dejaré. Algo habrá prestado en esta vecindad para poder desayunar. Y, si no lo hay, lo mismo da; tarde o temprano, nos vamos a morir de hambre. Hagámoslo ahora.

-¡No, no, Philip, trabaja! Vamos a desayunar, pase lo que pase.

-Pues no me reproches más -contestó el tejedor-, porque, si no, será la última vez que empuje la lanzadera.

-No te censuraré ya -contestó su esposa con voz tierna-. Estaba mala, lo siento; es que estoy muy enferma. No soy yo la que habla; no quiero comer no tengo hambre; mis labios están muy resecos. Pero los niños... los niños se acostaron sin cenar y se van a despertar enseguida.

-Madre, yo no estoy dormida -dijo la niña mayor.

-No, no estamos dormidas -añadió su hermana-; oímos todo lo que le dijiste a papá.

-¿Y el niño?

-Todavía duerme.

-¡Tengo muchos escalofríos! -exclamó la madre-. Hace frío. Por favor, cierra la ventana, Warner. En el cristal veo gotas; está lloviendo. ¿Nos prestarían los de abajo un trozo de carbón?

-Les hemos pedido demasiadas veces -contestó Warner.

-Quisiera que en la tierra no hubiera carbón -dijo su esposa-, porque entonces no podrían trabajar las máquinas y nosotros disfrutaríamos otra vez de nuestros derechos.

-¡Amen! -exclamó Warner.

-¡No crees, Warner, -preguntó su esposa- que podrías vender esa tela a alguna otra persona y quedar a deber a Barber el dinero que te adelantó?

-¡No! -gritó su esposo- Seré honrado.

-Y dejarás que tus hijos mueran de hambre -replicó su esposa-, pudiendo sacar cinco o seis chelines de una vez. Pero siempre fuiste igual. ¿Porqué no entraste en las máquinas hace un año, como hicieron otros? Así te hubieras acostumbrado ya a ellas.

-¡A estas fechas ya me habrían suplantado una mujer o un niño! -contestó Warner- ¡Hubiese sido igual de malo!

-Pues ahí tenías a tu amigo Walter Gerard; era lo mismo que tú, y ahora gana dos libras a la semana; al menos te lo he oído decir muchas veces.



-Walter Gerard es un hombre de grandes recursos -replicó Warner- y ahora podía ser ya maestro, si lo hubiera procurado.

-¿ Y porqué no lo hizo?

-No tenía esposa ni hijos -contestó Warner-; no era tan bienaventurado.

El niño se despertó y empezó a llorar.

-¡Ay, hijo mío! -exclamó la madre-. ¡Esa malvada Harriet! Amelia, allí tengo un mendrugo de pan. Ayer lo guardé para el niño; mójalo en agua y envuélvelo en ese trozo de tela, que él lo chupará; así se quedará callado. No puedo soportar su llanto.

-A mediodía habré terminado mi trabajo -dijo Warner-; después, si Dios quiere, desayunaremos.

-Todavía faltan dos horas para mediodía -observó su esposa- ¡Y Barber te entretiene siempre tanto! No puedo soportar a ese Barber: hasta diré que no te volverá a adelantar dinero, porque no le llevaste el trabajo a su casa el sábado por la noche. Si yo fuera tú, Philip, iría y vendería inmediatamente la pieza incompleta a alguna de las tiendas de barato.

-Yo he procedido con rectitud durante toda mi vida -contestó Warner.

-Y eso te ha hecho mucho bien -dijo su esposa.

-¡Mi pobre Amelia! ¡Cómo tiembla! El sol nunca entra en esta casa. No cabe duda que es un lugar maldito.

-No tendrás que aguantarla mucho tiempo, Mary -le dijo su esposo- Ya no puedo pagar la renta; lo que me extraña es que no hayan venido ya a quitarme el jornal de la semana.

-¿Y a dónde vamos a ir? -preguntó la esposa.

-A un lugar que el sol ciertamente nunca toca -contestó su marido con una especie de malicia en su miseria-: a un sótano....

Tema B: La máquina y la fábrica.

Andrew Ure (1778-1857)

El veloz incremento del sistema fabril en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX planteó numerosos problemas. Sus críticos atacaron sus consecuencias desde muy distintos puntos de vista, mientras que sus apologistas señalaban el progreso económico logrado y defendían a la fábrica como benefactora de la humanidad. Notable entre éstos fue Andrew Ure, químico escocés que en camino su talento al estudio de la industria y su defensa. Hoy se le recuerda principalmente por sus resplandecientes descripciones de las saludables condiciones de trabajo de los obreros de las fábricas y por ser partidario del trabajo de los niños. A propósito de éstos escribía:

"Parecen estar siempre alegres y alertas, gozando con el más ligero juego de sus músculos, disfrutando de la movilidad natural en su edad. El espectáculo de la industria, lejos de provocar emociones tristes, siempre me ha resultado alborozador. Me parecía delicioso observar la ligereza con que ellos unían los trozos cortados, cuando la lanzadera empezaba a retroceder del enrollador, y verlos cuando no trabajaban, tras unos pocos ejercicios de segundos de sus delgados dedos, entretenerse con cualquier postura que adoptaban mientras se completaba una vez más el proceso del tejido. El trabajo de esos vivarachos duendes era como un deporte en el que habían adquirido una gran destreza. Conscientes de su habilidad, les encantaba mostrársela a cualquier forastero. En cuanto al cansancio tras un día de trabajo, no demostraban ninguno cuando salían por la tarde del telar, pues inmediatamente corrían a cualquier campo de juego de la vecindad y empezaban enseguida a jugar con la misma presteza de los niños que salen de una escuela...."

Y añade:

"De todos los prejuicios comunes que existen respecto al trabajo en las fábricas, no hay ninguno más infundado que el que le atribuye un tedio excesivo y un cansancio superior al que producen las demás ocupaciones, basándose en que dicho trabajo se realiza en conjunción con el "incesante movimiento de la máquina de vapor".... De todos los trabajos fabriles, los más cansados e ininterrumpidos son aquellos en que no se emplean las máquinas de vapor, como el tejido de encajes y medias; y la manera de evitar que un trabajo sea incesante es introducir la máquina de vapor. Estas observaciones se aplican ciertamente con mayor rigor al trabajo de los niños en las fábricas. Las tres cuartas partes de los que trabajan en ellas están dedicados a unir el hilo en las lanzaderas. "Cuando las lanzaderas han retrocedido pie y medio o dos pies del



-Walter Gerard es un hombre de grandes recursos -replicó Warner- y ahora podía ser ya maestro, si lo hubiera procurado.

-¿ Y porqué no lo hizo?

-No tenía esposa ni hijos -contestó Warner-; no era tan bienaventurado.

El niño se despertó y empezó a llorar.

-¡Ay, hijo mío! -exclamó la madre-. ¡Esa malvada Harriet! Amelia, allí tengo un mendrugo de pan. Ayer lo guardé para el niño; mójalo en agua y envuélvelo en ese trozo de tela, que él lo chupará; así se quedará callado. No puedo soportar su llanto.

-A mediodía habré terminado mi trabajo -dijo Warner-; después, si Dios quiere, desayunaremos.

-Todavía faltan dos horas para mediodía -observó su esposa- ¡Y Barber te entretiene siempre tanto! No puedo soportar a ese Barber: hasta diré que no te volverá a adelantar dinero, porque no le llevaste el trabajo a su casa el sábado por la noche. Si yo fuera tú, Philip, iría y vendería inmediatamente la pieza incompleta a alguna de las tiendas de barato.

-Yo he procedido con rectitud durante toda mi vida -contestó Warner.

-Y eso te ha hecho mucho bien -dijo su esposa.

-¡Mi pobre Amelia! ¡Cómo tiembla! El sol nunca entra en esta casa. No cabe duda que es un lugar maldito.

-No tendrás que aguantarla mucho tiempo, Mary -le dijo su esposo- Ya no puedo pagar la renta; lo que me extraña es que no hayan venido ya a quitarme el jornal de la semana.

-¿Y a dónde vamos a ir? -preguntó la esposa.

-A un lugar que el sol ciertamente nunca toca -contestó su marido con una especie de malicia en su miseria-: a un sótano....

Tema B: La máquina y la fábrica.

Andrew Ure (1778-1857)

El veloz incremento del sistema fabril en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX planteó numerosos problemas. Sus críticos atacaron sus consecuencias desde muy distintos puntos de vista, mientras que sus apologistas señalaban el progreso económico logrado y defendían a la fábrica como benefactora de la humanidad. Notable entre éstos fue Andrew Ure, químico escocés que en camino su talento al estudio de la industria y su defensa. Hoy se le recuerda principalmente por sus resplandecientes descripciones de las saludables condiciones de trabajo de los obreros de las fábricas y por ser partidario del trabajo de los niños. A propósito de éstos escribía:

"Parecen estar siempre alegres y alertas, gozando con el más ligero juego de sus músculos, disfrutando de la movilidad natural en su edad. El espectáculo de la industria, lejos de provocar emociones tristes, siempre me ha resultado alborozador. Me parecía delicioso observar la ligereza con que ellos unían los trozos cortados, cuando la lanzadera empezaba a retroceder del enrollador, y verlos cuando no trabajaban, tras unos pocos ejercicios de segundos de sus delgados dedos, entretenerse con cualquier postura que adoptaban mientras se completaba una vez más el proceso del tejido. El trabajo de esos vivarachos duendes era como un deporte en el que habían adquirido una gran destreza. Conscientes de su habilidad, les encantaba mostrársela a cualquier forastero. En cuanto al cansancio tras un día de trabajo, no demostraban ninguno cuando salían por la tarde del telar, pues inmediatamente corrían a cualquier campo de juego de la vecindad y empezaban enseguida a jugar con la misma presteza de los niños que salen de una escuela...."

Y añade:

"De todos los prejuicios comunes que existen respecto al trabajo en las fábricas, no hay ninguno más infundado que el que le atribuye un tedio excesivo y un cansancio superior al que producen las demás ocupaciones, basándose en que dicho trabajo se realiza en conjunción con el "incesante movimiento de la máquina de vapor".... De todos los trabajos fabriles, los más cansados e ininterrumpidos son aquellos en que no se emplean las máquinas de vapor, como el tejido de encajes y medias; y la manera de evitar que un trabajo sea incesante es introducir la máquina de vapor. Estas observaciones se aplican ciertamente con mayor rigor al trabajo de los niños en las fábricas. Las tres cuartas partes de los que trabajan en ellas están dedicados a unir el hilo en las lanzaderas. "Cuando las lanzaderas han retrocedido pie y medio o dos pies del



enrollador -dice Mr. Tufnell (Informe suplementario sobre los tejedores de las fábricas); no hay nada que hacer, ni siquiera prestar atención al telar"....En consecuencia, si un niño trabaja doce horas diarias, estará nueve descansando. Y, aunque atiende dos lanzaderas, le quedarán todavía seis horas de descanso. Los tejedores dedican a veces estos intervalos a leer".

Las obras de Ure son interesantes, además, en otro aspecto. Nos transmiten las reflexiones de un inteligente observador contemporáneo de la naturaleza y el curso del desarrollo industrial en la primera mitad del siglo XIX, y valiosas observaciones acerca de los procesos industriales. La selección siguiente, lo mismo que las citadas, se ha tomado de *The Philosophy of Manufactures* (1835). Puede considerarse este libro como una réplica a la primera Acta Fabril efectiva (1833), por la cual, tras una generación de vano esfuerzo, el gobierno central dictó y dió fuerza a las regulaciones que se referían a la labor de los niños e, ipso facto, de las mujeres y los hombres. La traducción siguiente se hizo de la selección de Columbia.

## FILOSOFIA DE LAS MANUFACTURAS

### CAPITULO I: ASPECTO GENERAL DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA

...El término sistema fabril, en tecnología, designa la operación combinada de muchos órdenes de trabajadores, adultos y niños, que dedican una atención constante a una serie de máquinas productoras, impulsadas continuamente por una fuerza central. Esta definición abarca organizaciones como las fábricas de tejidos de algodón, tejidos de lino, de seda, de lana, y ciertas obras ingenieriles; pero excluye aquellas en las cuales los mecanismos no constituyen series en conexión y no dependen de un motor originario. De esta última clase tenemos ejemplos en las fraguas, en los teñidos, en las fábricas de jabón, en las fundiciones del bronce, etc. Algunos autores han extendido el título de factoría a todos los establecimientos grandes, donde un número determinado de personas cooperan con un propósito común artificial; en este caso, habría que incluir también las fábricas de cerveza, las destilerías, lo mismo, que los talleres de los carpinteros, torneros, toneleros, etc. en el sistema fabril. Pero entiendo que este título, en su más estricto sentido, implica la idea de un gran ayudante compuesto de varios órganos mecánicos e intelectuales, que trabaja en concierto ininterrumpido para la producción de un

objeto común, estando todos los dichos órganos subordinados a una fuerza motriz auto-regulada. Si la ordenación sistemática de los seres humanos para la ejecución de alguna empresa técnica fuera a constituir una factoría, este término debería aplicarse a todas las secciones de la ingeniería civil y militar (aplicación que, por su amplitud, es totalmente inadmisible).

En su acepción precisa, el sistema fabril es de origen reciente y puede decirse que nació en Inglaterra. Las fábricas para hilar la seda o hacer torzal, que existían en varios de los estados italianos desde hace siglos y que Sir Thomas Lombe trajo furtivamente a este país en 1718, contenían sin duda algunos elementos de la factoría, y probablemente inspiraron algún detalle de aquellas combinaciones mayores y más complejas de máquinas automáticas que se agruparon por primera vez en nuestras manufacturas algodoneras hace medio siglo gracias a Richard Arkwright, auxiliado por caballeros de Derby, bien familiarizados con el famoso establecimiento de seda de este lugar. Pero el hilado de una borra de fibras en un hilo uniforme, que constituye la operación principal en el algodón, es superfluo en la seda, hilada ya por el instinto infalible de un gusano, que deja el arte humano la simple tarea de doblar y torcer sus filamentos regulares. El aparato que se necesita para hacerlo es más elemental y requiere pocas de esas graduaciones de la maquinaria que son necesarias para cardar, extraer, enhebrar e hilar el algodón en las fábricas.

Quando se levantaron las primeras hilaturas hidráulicas para el algodón en Cromford, en el romántico valle del Derwent, hace unos sesenta años, la humanidad sabía muy poco de la poderosa revolución que la Providencia, reservaba al nuevo sistema de trabajo, no sólo en la estructura de la sociedad británica, sino también en las fortunas de todo el mundo. Unicamente Arkwright tuvo la sagacidad de advertir, y el valor de predecirlo con lenguaje brillante, cuán enormemente productiva se haría la industria humana cuando, desde el momento en que dejando de depender en sus resultados del esfuerzo muscular, que por naturaleza es vacilante y caprichoso, pasara a consistir en una dirección de la labor de dedos y brazos mecánicos, impulsados con regularidad y a gran velocidad por alguna fuerza física infatigable. Lo que su juicio le hizo tan claramente percibir, su fuerza de voluntad se lo hizo realizar con tanta rapidez y tan buenos resultados, que hubieran honrado a las personas más importantes y que, en aquel oscuro e indigente artesano, fueron realmente admirables.

Lo más difícil no está, según mi modo de ver, tanto en la invención de un mecanismo automático para sacar e hilar el algodón en una fibra continua, como en la distribución de los diferen-



tes miembros del aparato en un cuerpo unitario, en mover cada órgano con la suavidad y la velocidad apropiada, y, sobre todo, en hacer que los seres humanos prescindan de sus engañosos hábitos de trabajo y se identifiquen con la invariable regularidad de aquel complicado autómatas. Idear y administrar un código eficaz de disciplina fabril, apropiado a las necesidades de la fábrica, fue la empresa hercúlea, la noble realización de Arkwright. Incluso hoy, que el sistema está perfectamente organizado y el trabajo aligerado hasta el máximo, resulta casi imposible que las personas que han pasado la pubertad se acomoden al trabajo fecundo en la fábrica, cuando proceden del campo o de talleres manuales. Tras de luchar algún tiempo por reducir sus hábitos negligentes o impacientes, renuncian espontáneamente a su empleo o son despedidos por los inspectores, a causa de su incompetencia.

Si la fábrica de Briareus hubiese podido ser creada con sólo el genio mecánico, hubiera existido treinta años antes, pues ya pasaron noventa desde que John Wyatt, de Birmingham, no sólo inventó las series de rodillos giratorios (los dedos de hilar que generalmente se atribuyen a Arkwright), sino que también patentó su invento y construyó en su ciudad natal una "máquina de hilar sin manos". Los detalles de este memorable suceso, sacado recientemente del olvido, serán expuestos en nuestro Tratado sobre las Industrias del Algodón. Wyatt fue un hombre de buena educación, de edad respetable, muy estimado por sus superiores y, por consiguiente, favorablemente situado, desde un punto de vista mecánico, para poder madurar su admirable esquema. Pero era de espíritu delicado y pasivo, y poco útil para arremeter contra las dificultades de una nueva empresa manufacturera. Necesitaba ésta, en efecto, un hombre con la energía y la ambición de Napoleón para someter la resistencia de los trabajadores, acostumbrados a irregulares paroxismos de diligencia, y para hacer triunfar sus complicadas e intrincadas construcciones contra el prejuicio, la pasión y la envidia. Así fue Arkwright, que, no pudiendo soportar permanecer quieto o al margen del progreso, alcanzó gloriosamente la meta y ha unido para siempre su nombre a una gran era en los anales del género humano: una era que ha abierto ilimitadas esperanzas de riqueza y comodidad para los industriales, por mucho que ocasionalmente hayan podido estar obcecados por la ignorancia y la necesidad.

Con anterioridad a este período, las manufacturas eran dondequiera inconsistentes y variables en su desarrollo; florecientes en una estación y reducidas casi a la raíz en otra, como las plantas anuales. Su crecimiento perenne se inició ahora en Inglaterra, y atrajo al capital en corrientes copiosas que irigaban los ricos dominios de

la industria. Cuando comenzó esta nueva carrera, hacia el año de 1770, el consumo anual de algodón en las manufacturas inglesas no llegaba a los cuatro millones de libras de peso, y el de toda la cristiandad no era, probablemente, mayor de diez millones. Durante el año último, el consumo en Gran Bretaña e Irlanda fue aproximadamente de doscientos setenta millones de libras, y el de Europa y los Estados Unidos en total de unos cuatrocientos ochenta millones. Este prodigioso incremento es, sin duda, debido casi enteramente al sistema fabril fundado y puesto en marcha por el intrépido hombre de Preston. Pero entonces, si este sistema no es simplemente un grado inevitable en el progreso social del mundo, sino que es un paso que confiere supremacía e influencia al pueblo que más decididamente lo dio, no está bien que nadie (y mucho menos una persona nacionalizada en esta tierra privilegiada) ofenda al autor de un beneficio que, sabiamente administrado, puede convertirse en el mejor don temporal de la Providencia para los pobres, en una bendición destinada a mitigar, y en cierta medida a remediar, la maldición original pronunciada sobre el trabajo del hombre: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Arkwright es bien digno de vivir en honrado recuerdo entre aquellos antiguos espíritus superiores que convencieron a sus errantes compañeros para que cambiaran los precarios instrumentos de la caza por las sedentarias comodidades de la agricultura.

En mi viaje reciente, que duró varios meses, por los distritos fabriles, he visto decenas de millares de personas viejas, jóvenes y de edad mediana, de ambos sexos, muchos de los cuales eran demasiado débiles para ganar su pan cotidiano con ninguna de las formas antiguas de la industria, que conseguían abundante sustento, vestido y comodidad doméstica sin sudar por un solo poro, abrigados lo mismo del sol del verano que del frío del invierno, en viviendas más aireadas y sanas que las de las metrópolis en que se reúnen nuestras aristocracias legisladoras y dictadoras de la moda. En aquellos espaciosos ámbitos el benéfico poder del vapor de agua convoca en torno suyo miradas de gustosos sirvientes y asigna a cada uno la tarea reglamentada, sustituyendo al doloroso esfuerzo muscular de su parte por las energías de su propio brazo gigante, y pidiendo a cambio tan sólo atención y destreza para corregir las pequeñas desviaciones que por casualidad pueden producirse en su operación. La apacible docilidad de esta fuerza motriz hace que pueda impulsar las delgadas bobinas de la máquina tejedora con una precisión y una velocidad que no pueden imitar las manos más ágiles dirigidas por los ojos más perspicaces. Y por eso, bajo sus auspicios, y por obediencia a la política de Arkwright, en el breve período de cincuenta años se han construido en el reino edificios magníficos, que exceden con mucho en número, valor, utilidad y sencillez de construcción a los famosos monumentos del despotismo asiático, egipcio y romano, para mostrar en qué medida el capital, la industria y la ciencia pueden



aumentar los recursos de un estado, a la vez que mejorar la condición de sus ciudadanos. Tal es el sistema fabril, lleno de prodigios en mecánica y en economía política, que promete en su futuro auge convertirse en gran ministro de la civilización para el globo terráqueo, haciendo que este país, como corazón suyo, difunda con su comercio la sangre vital de la ciencia y la religión a millones de gentes que todavía yacen "en el sombrío reino de la muerte".

Cuando Adam Smith escribió sus inmortales elementos de economía, por desconocerse casi la maquinaria automática, se inclinó acertadamente a considerar la división del trabajo como el gran principio perfeccionador de las manufacturas; y mostró, con el ejemplo de la fabricación de una aguja, que cada obrero manual trabaja más rápidamente y con menos costo cuando, por la división del trabajo, se perfecciona en un aspecto por la práctica. En cada sector de la manufactura vio que algunas partes eran, según aquel principio, de ejecución fácil, como la formación y la fijación de sus cabezas; y de ahí concluyó cuál era el valor apropiado y el costo que se asignaban naturalmente a cada obrero. Esta apropiación constituye la verdadera esencia de la división del trabajo, y ha sido hecha invariablemente desde el origen de la sociedad. El arador, con mano fuerte y mirada diestra, ha ganado siempre más por hacer surcos, y el gañán recibe menos por guiar la yunta. Pero lo que fue un ejemplo útil en tiempo del Dr. Smith no puede emplearse ahora sin peligro de confundir al público en cuanto al recto principio de la industria manufacturera. En efecto, la división, o más bien la adaptación del trabajo a los diferentes talentos de los hombres, preocupa poco en la fábrica. Por el contrario, siempre que un proceso requiere una especial destreza y prontitud manuales, es sustraído lo más pronto posible a los trabajadores calificados, prestos siempre a irregularidades de muchas clases, y queda encomendado a un mecanismo precular, tan automático que un niño puede vigilarlo. Así -para poner un ejemplo tomado de la hilatura del algodón- la primera operación por su delicadeza e importancia es la de colocar las fibras perfectamente paralelas en torzales esponjados, y la siguiente es la de convertirlas en filamentos tenues y esponjados, llamados de primera torsión, y lo menos retorcidos que se pueda; ambos son perfectamente uniformes en toda su extensión. Para ejecutar cualquiera de estos procesos en forma bastante buena con rueda de mano, se necesitaría un grado de habilidad que no se puede encontrar en un artesano entre cien. Pero el hilo fino no se puede hacer en la fábrica de hilados, si no se hacen estas operaciones previas, y nunca fue hecho a máquina hasta que la sagacidad de Arkwright inventó a ésta. Cierro que con la rueda de mano se puede hilar un hilo bastante bueno sin necesidad de estirador y con torsiones indistintas, porque el hilo, bajo la doble acción del enrollamiento y la extensión, tiene tendencia a salir homogéneamente.

El principio del sistema fabril es, pues, sustitución de la habilidad manual por la ciencia mecánica, y división de un proceso en sus partes esenciales por la repartición o graduación del trabajo entre los artesanos. En el plan manual, el trabajo más o menos habilidoso constituía por lo general el elemento más caro en la producción: *Materialem superabat opus* (la obra superaba al material); pero, con el plan automático, el trabajo calificado tiende progresivamente a desaparecer, y con el tiempo quedará sustituido por una simple vigilancia de las máquinas.

Por la debilidad de la naturaleza humana ocurre que, cuanto más diestro es el trabajador, más caprichoso e intratable puede hacerse y, por supuesto, convertirse en el peor elemento para un sistema mecánico, en el cual puede causar mucho daño al conjunto por irregularidades ocasionales. El gran objeto, pues, del manufacturero moderno consiste en reducir, por la unión del capital y la ciencia, la labor de sus trabajadores a un ejercicio de vigilancia y destreza, facultades que se perfeccionan rápidamente en el joven cuando está dedicado a un solo proceso. En la infancia de la ingeniería mecánica, la división del trabajo se desplegaba, en múltiples graduaciones en la fábrica mecánica: la lima, el taladro, el torno, tenían cada uno sus distintos trabajadores, escogidos por su habilidad; pero las hábiles manos del limador y el taladrador han quedado sustituidas ahora por el cepillo, la muesca y la máquina de tornearse; y las de los torneros del hierro y el bronce por el torno de corredera automática. Mr. Anthony Strutt, que maneja el departamento mecánico de las grandes factorías algodoneras de Belper y Milford, se ha apartado tanto de la antigua rutina de las escuelas, que no quiere emplear a los hombres que aprendieron su oficio por aprendizaje regular; despreciando, como si dijéramos, el principio de la división del trabajo, pone a un gañán a dar vuelta a un eje de acaso varias toneladas de peso, y nunca ha encontrado motivo para arrepentirse de su preferencia, por que el aparato que da vueltas tiene una precisión igual, si no superior, a la habilidad del más experimentado jornalero.

Me dijo en Manchester un mecánico eminente que decidió no hacer ninguna máquina de vapor por ahora, porque, con los medios de que disponía, necesitaría recurrir al viejo principio de la división del trabajo, tan fecundo en producir envidias y pugnas entre los trabajadores; y que quería, en cambio, dedicarse a aquel tipo de negocios para los que disponía de procedimientos convenientes, basados en la homogeneización del trabajo, es decir en un plan automático. En el sistema de grados, el hombre debe observar un aprendizaje de muchos años antes de que sus manos y su vista adquieran la habilidad suficiente para ejecutar ciertas suertes mecánicas; pero en el sistema de descomposición de un proceso en sus elementos constitutivos, incorporando cada uno en una máquina automática, puede confiarse a una persona de capacidad y atención comunes el cuidado de una cual



quiera de las dichas partes elementales, después de haber sido sometido a una breve prueba, y el oficio de cada uno puede transferirse a otro, en caso de necesidad, cuando lo juzgue conveniente el maestro. Estas transferencias son algo totalmente distinto a la antigua práctica de la división del trabajo, que obligaba a un hombre a formar la cabeza de una aguja, y a otro a afilar la punta, con la uniformidad más agotadora y monótona, por toda una vida.

Indudablemente, ha sido lamentable observar cuán frecuentemente las grandes aptitudes de un trabajador en cualquier oficio han tenido que servir para sacrificar su salud y su bienestar. Para una operación invariable, que requería una destreza y una diligencia constantes, estaban siempre en tensión sus manos y su vista, y, si se desviaban de su tarea por algún tiempo, se producía una pérdida considerable, bien para el patrón, o bien para el operario, según que el trabajo se hiciera por día o a destajo. Pero, en el plan de homogeneización, las facultades del operario se ejercitan sólo agradablemente; rara vez se siente acosado por la angustia o la fatiga, y puede disponer de muchos momentos libres para divertirse o meditar, sin detrimento de los intereses de su patrón, ni de los suyos propios. Como su ocupación consiste en vigilar el trabajo de un mecanismo bien regulado, puede aprender su oficio en poco tiempo; y, cuando traslada sus atenciones de una máquina a otra, varía sus tareas y ensancha sus puntos de vista, abarcando las combinaciones generales que resultan de su trabajo y del de sus compañeros. Así el entumecimiento de facultades, el estrechamiento del espíritu, la hipotrofia constitucional que, no sin razón, atribuyen los tratadistas de moral a la división del trabajo en circunstancias ordinarias, no puede darse en una distribución homogénea de la industria. ¡Qué superiores en vigor e inteligencia son los mecánicos de las fábricas de Lancashire, donde predomina este último sistema de trabajo, a los artesanos manuales de Londres, quienes, en gran parte, siguen siendo esclavos del primero! Los unos están familiarizados con casi todas las combinaciones físico-mecánicas, mientras que los otros apenas saben nada más que lo que concierne al estrecho margen de su tarea diaria.

Es, en efecto, aspiración y tendencia constantes en todo perfeccionamiento de las máquinas reemplazar el trabajo humano en su totalidad, o disminuir su costo, sustituyendo la industria de los hombres por la de las mujeres y los niños, o la de los artesanos especializados por la de los trabajadores ordinarios. En la mayoría de las hilaturas de algodón, movidas por agua o de hilado continuo, la tarea de hilar está encomendada casi exclusivamente a mujeres de dieciséis años o más. El efecto de la sustitución de la mula común de hilar por la mula automática es el de prescindir de la mayor parte de los hilanderos y emplear adolescentes y niños. El propietario de una fábrica situada cerca de Stockport demostró a los comisionados

que, gracias a esa sustitución, pudo economizar 50 libras esterlinas a la semana en salarios, como consecuencia de emplear a unas cuarenta hilanderas que ganaban alrededor de 25 chelines cada una. Esta tendencia a emplear solamente niños, de mirada observadora y dedos vivaces, en vez de trabajadores de larga experiencia, demuestra hasta qué punto el dogma escolástico de la división del trabajo, según grados de habilidad, ha quedado refutado por nuestros ilustrados manufactureros.

## CAPITULO II: NATURALEZA, ETC. DE UNA FACTORIA ALGODONERA.

El arte de hilar puede hacerse remontar a la más lejana antigüedad, especialmente el que se servía de la rueca; y muchas naciones se disputan el honor de haberlo descubierto. Los egipcios se lo atribuyen a Isis; los chinos al emperador Yao; los lidios a Aracné; los griegos a Minerva; los peruanos a Mamacella, esposa de su primer soberano, Manco Copac. Los autores griegos y romanos adjudican respectivamente a sus naciones la invención del huso, lo mismo que el arte de tejer. Muchos escritores de diferentes países reservan el honor de hilar para el bello sexo, y los antiguos, en particular, consideraban que esta ocupación era indigna de los hombres. Fue por apasionamiento amoroso por lo que Hércules se rebajó a hilar a los pies de Onfalía. Las opiniones modernas han experimentado una revolución completa con respecto a estos tipos de industria. Se ha dejado de considerar vergonzoso que un hombre realice las funciones del hilado; pero ¡qué resultados tan superiores a los de Hércules logró! El semidiós griego, con todo su talento, no sacaba más que un hilo de cada vez, y en cambio un operario de Manchester hila cerca de 2,000. Este arte consiste, filosóficamente hablando, en formar un cilindro flexible de mayor o menor diámetro y de longitud indefinida, a partir de fibras de origen vegetal o animal, dispuestas de la forma más homogénea posible, a lo largo y a los extremos una de otra, de modo que, al retorcerlas juntas, puedan formar un hilo uniforme y continuo. Y así, con filamentos muy cortos, como los de la lana, el algodón y el casimir, se puede formar por torsión un hilo de longitud mucho mayor, que posee más o menos la fuerza de cohesión que suman sus partes constitutivas. Su tamaño, o número, se mide por el área de la sección perpendicular a su longitud; y se sabe que este tamaño es variable o incierto cuando, a longitudes iguales, corresponden pesos diferentes. Las personas acostumbradas a manejar los hilos pueden descubrir defectos de esta especie por una simple



quiera de las dichas partes elementales, después de haber sido sometido a una breve prueba, y el oficio de cada uno puede transferirse a otro, en caso de necesidad, cuando lo juzgue conveniente el maestro. Estas transferencias son algo totalmente distinto a la antigua práctica de la división del trabajo, que obligaba a un hombre a formar la cabeza de una aguja, y a otro a afilar la punta, con la uniformidad más agotadora y monótona, por toda una vida.

Indudablemente, ha sido lamentable observar cuán frecuentemente las grandes aptitudes de un trabajador en cualquier oficio han tenido que servir para sacrificar su salud y su bienestar. Para una operación invariable, que requería una destreza y una diligencia constantes, estaban siempre en tensión sus manos y su vista, y, si se desviaban de su tarea por algún tiempo, se producía una pérdida considerable, bien para el patrón, o bien para el operario, según que el trabajo se hiciera por día o a destajo. Pero, en el plan de homogeneización, las facultades del operario se ejercitan sólo agradablemente; rara vez se siente acosado por la angustia o la fatiga, y puede disponer de muchos momentos libres para divertirse o meditar, sin detrimento de los intereses de su patrón, ni de los suyos propios. Como su ocupación consiste en vigilar el trabajo de un mecanismo bien regulado, puede aprender su oficio en poco tiempo; y, cuando traslada sus atenciones de una máquina a otra, varía sus tareas y ensancha sus puntos de vista, abarcando las combinaciones generales que resultan de su trabajo y del de sus compañeros. Así el entumecimiento de facultades, el estrechamiento del espíritu, la hipotrofia constitucional que, no sin razón, atribuyen los tratadistas de moral a la división del trabajo en circunstancias ordinarias, no puede darse en una distribución homogénea de la industria. ¡Qué superiores en vigor e inteligencia son los mecánicos de las fábricas de Lancashire, donde predomina este último sistema de trabajo, a los artesanos manuales de Londres, quienes, en gran parte, siguen siendo esclavos del primero! Los unos están familiarizados con casi todas las combinaciones físico-mecánicas, mientras que los otros apenas saben nada más que lo que concierne al estrecho margen de su tarea diaria.

Es, en efecto, aspiración y tendencia constantes en todo perfeccionamiento de las máquinas reemplazar el trabajo humano en su totalidad, o disminuir su costo, sustituyendo la industria de los hombres por la de las mujeres y los niños, o la de los artesanos especializados por la de los trabajadores ordinarios. En la mayoría de las hilaturas de algodón, movidas por agua o de hilado continuo, la tarea de hilar está encomendada casi exclusivamente a mujeres de dieciséis años o más. El efecto de la sustitución de la mula común de hilar por la mula automática es el de prescindir de la mayor parte de los hilanderos y emplear adolescentes y niños. El propietario de una fábrica situada cerca de Stockport demostró a los comisionados

que, gracias a esa sustitución, pudo economizar 50 libras esterlinas a la semana en salarios, como consecuencia de emplear a unas cuarenta hilanderas que ganaban alrededor de 25 chelines cada una. Esta tendencia a emplear solamente niños, de mirada observadora y dedos vivaces, en vez de trabajadores de larga experiencia, demuestra hasta qué punto el dogma escolástico de la división del trabajo, según grados de habilidad, ha quedado refutado por nuestros ilustrados manufactureros.

## CAPITULO II: NATURALEZA, ETC. DE UNA FACTORIA ALGODONERA.

El arte de hilar puede hacerse remontar a la más lejana antigüedad, especialmente el que se servía de la rueca; y muchas naciones se disputan el honor de haberlo descubierto. Los egipcios se lo atribuyen a Isis; los chinos al emperador Yao; los lidios a Aracné; los griegos a Minerva; los peruanos a Mamacella, esposa de su primer soberano, Manco Copac. Los autores griegos y romanos adjudican respectivamente a sus naciones la invención del huso, lo mismo que el arte de tejer. Muchos escritores de diferentes países reservan el honor de hilar para el bello sexo, y los antiguos, en particular, consideraban que esta ocupación era indigna de los hombres. Fue por apasionamiento amoroso por lo que Hércules se rebajó a hilar a los pies de Onfalía. Las opiniones modernas han experimentado una revolución completa con respecto a estos tipos de industria. Se ha dejado de considerar vergonzoso que un hombre realice las funciones del hilado; pero ¡qué resultados tan superiores a los de Hércules logró! El semidiós griego, con todo su talento, no sacaba más que un hilo de cada vez, y en cambio un operario de Manchester hila cerca de 2,000. Este arte consiste, filosóficamente hablando, en formar un cilindro flexible de mayor o menor diámetro y de longitud indefinida, a partir de fibras de origen vegetal o animal, dispuestas de la forma más homogénea posible, a lo largo y a los extremos una de otra, de modo que, al retorcerlas juntas, puedan formar un hilo uniforme y continuo. Y así, con filamentos muy cortos, como los de la lana, el algodón y el casimir, se puede formar por torsión un hilo de longitud mucho mayor, que posee más o menos la fuerza de cohesión que suman sus partes constitutivas. Su tamaño, o número, se mide por el área de la sección perpendicular a su longitud; y se sabe que este tamaño es variable o incierto cuando, a longitudes iguales, corresponden pesos diferentes. Las personas acostumbradas a manejar los hilos pueden descubrir defectos de esta especie por una simple



inspección; pero, cuando se desea mayor exactitud, pesan generalmente una determinada longitud de hilo. Su resistencia se estima fácilmente por el peso que pueden aguantar; y ésta, como ya se ha dicho, no depende del largo del hilo que se pruebe.

Nada hay en la historia del comercio que pueda compararse con los maravillosos progresos de nuestro comercio algodonero. Hace cincuenta años, las manufacturas de la lana constituían el producto principal del país. En el año de 1780 la exportación total de géneros manufacturados de algodón, de todo tipo, no sumaba más que 350,000 libras esterlinas. En 1785, dos años después de la guerra americana, y cuando el comercio de esta tierra se había recobrado en cierta medida de las dificultades inevitables que sufrió durante el conflicto, la suma total de nuestras exportaciones de toda índole de manufacturas algodoneras, no pasó de 864,000 libras esterlinas; mientras, en el mismo período, las exportaciones de manufacturas de lana subieron a bastante más de cuatro millones: la proporción entre ambos artículos eran entonces de uno a cinco. Desde esta última fecha hasta 1822, por increíble que pueda parecer, tan sólo las exportaciones de géneros de algodón subieron, según estimación oficial, hasta la enorme cifra de 33,337,000 libras esterlinas, siendo cuarenta veces mayores que en el año de 1785. Pero con respecto a los artículos de lana, gran renglón en el comercio del país en tiempos anteriores, las exportaciones en 1822 no aumentaron más que hasta 6,000,000 de libras esterlinas, siendo únicamente la quinta parte que las del algodón. Por aquí vemos cuán claras ventajas derivan del principio que permite al capital correr por un canal abierto y sin trabas. El valor oficial es, indudablemente, más elevado que el real, pero eso ocurre lo mismo en los dos tipos de manufacturas. Mr. Huskinson asentó en la Cámara de los Comunes el ocho de marzo de 1824 que, según la mejor información que pudo conseguir al respecto - y afirmó que le había costado algún trabajo reunirlos - creía no exceder se cuando afirmaba que el valor real de los géneros de algodón consumidos interiormente durante el año último sumaba 32,000,000 de libras esterlinas. De estos treinta y dos millones, valor de los géneros, no se invirtieron en materias primas más de seis; los restantes veintiséis fueron beneficios de los capitalistas e ingresos de las personas que trabajaban en la manufactura.

Esto enseña una gran verdad a los que dirigen los destinos de la humanidad. Cuando alivian de restricciones y cargas a una rama cualquiera de la industria, no sólo lo hacen en la proporción de los impuestos eliminados, sino que ponen los cimientos de una empresa comercial cuyos beneficios son imposibles de prever. Podemos preguntar a cualquiera que haya meditado conscientemente sobre los cursos de este país, si cree que, no habiéndola librado de las restricciones que se aplicaban a las manufacturas algodoneras, esta

tierra hubiera podido hacer los gigantescos gastos que le impusieron las últimas y prolongadas guerras con el mundo, o pudiera pagar ahora los intereses por la deuda contraída con motivo de la misma. Podemos también preguntar si el número de personas empleadas en estas manufacturas, que suma probablemente un millón y medio de hombres, cuyas necesidades son satisfechas en compensación de su trabajo, no sirven de estímulo más real para la agricultura del país que cualquier reglamentación tendente a mantener artificialmente los precios. Es a la creciente riqueza de la población manufacturera y al progreso de la industria creadora, y no a reglamentaciones artificiales para producir precios elevados, a lo que este país debe mirar, y no simplemente para librarse de sus actuales cargas, sino también para poder hacer nuevos gastos siempre que las circunstancias se lo exijan. El alivio que pide para la agricultura la aristocracia terrateniente no puede venir de ninguna medida artificial, en ninguna forma de ocupación. Tiene que proceder únicamente de una industria popular sin impedimentos y cada vez mayor.

El rasgo más notable en la historia de la manufactura del algodón es el ímpetu que ha proporcionado a los inventos, los numerosos y valiosos descubrimientos que ha engendrado, el ingenio que ha puesto en acción, las luces que ha reflejado y la ayuda que ha prestado a las industrias de la lana, el lino y la seda: todo ello a tendido a producir, y lo ha logrado, géneros ingleses a los precios más bajos posibles y de una buena calidad para todo mercado, doméstico y extranjero. Cada una de esas mejoras, cada transformación corporal, por así decirlo, fue alcanzada a veces con algún disgusto por parte de los que se dedicaban a la industria, y que no estaban de acuerdo con el movimiento; pero el resultado ha sido que no solamente se invirtieron capitales mucho mayores en edificios y maquinarias, sino también que un número muy superior de manos se han ocupado para atenderlos, en la misma proporción que las esperanzas de nuevos ingresos se abrían al fabricante.

Los detalles del negocio del algodón, incluyendo un análisis más minucioso de sus operaciones, requieren un espacio mucho mayor que los límites impuestos en este volumen; pero puede bosquejarse un esquema de los mismos que nos dará una idea general del sistema fabril. La vista general que va al frente de la página titular de este libro representa una fábrica de algodón edificada recientemente en Stockport, conforme a los planos más perfeccionados, y servirá perfectamente para poner un ejemplo de cómo deben instalarse las máquinas y de la concatenación de los procesos.

El edificio está formado por un cuerpo principal y dos alas laterales; el primero mide trescientos pies de largo y cincuenta pies de ancho; las segundas salen hasta cincuenta y ocho pies de la par



te frontal del cuerpo central. Hay siete bodegas, incluyendo los devanes. La fuerza motriz está proporcionada por dos máquinas de vapor de ochenta caballos, que trabajan a la vez y con regularidad, montadas, con sus grandes ruedas de engranes, en la planta baja, al final del cuerpo opuesto a la mano derecha del espectador, y están separadas del resto del edificio por un grueso muro. Este muro está perforado para que pueda pasar la flecha principal horizontal, la cual, por medio de grandes piñones cónicos, acciona al eje maestro vertical, apoyado en su extremo inferior sobre una enorme base de albañilería, cuya piedra mayor pesa cerca de cinco toneladas. La velocidad del pistón en cada una de estas máquinas sincronizadas es de doscientos cuarenta pies por minuto; ésta, por desmultiplicación de su rueda principal, imprime al primer eje horizontal 44.3 revoluciones por minuto, y al principal eje vertical 58.84. Aun cuando una máquina trabaje con su fuerza máxima y la otra a su mínimo, las dos producen un poder impulsor uniforme que se extiende a todas las máquinas de la fábrica y que está libre de esas alternancias vibratorias tan dañinas para los mecanismos delicados y finalmente equilibrados. Las máquinas dan dieciséis pistonadas por minuto, de siete pies y seis décimos cada una, y realizan su labor con puntualidad y facilidad cronométricas.

Las calderas que suministran vapor a las máquinas y a los tubos de calefacción del edificio están colocadas en una construcción exterior a la derecha de la fábrica y transmiten el humo de sus hornos por un túnel subterráneo hasta la monumental chimenea que se proyecta sobre la pintoresca colina que aparece en el dibujo. Por estos medios se obtiene un enorme tiro de humos con una altura de sus buenos trescientos pies.

Cuando esta fábrica hila las hilazas por medio de telares continuos, agita las fibras por mulas y las teje en telares mecánicos, despliega en la disposición de sus elementos un ejemplo instructivo de la filosofía de las manufacturas. Ambos sistemas de hilar, esto es, el continuo y el discontinuo, por medio de mulas, necesitan que el algodón sea preparado en máquinas del mismo sistema, y por lo tanto tienen que estar subordinados a las tareas de preparación, realizadas en salas al efecto. Esta preparación ha sido proyectada por el ingeniero con arreglo a todos los cánones de la economía manufacturera.

Como los telares requieren la máxima estabilidad y una atmósfera más bien húmeda que seca, están colocados, hasta un número aproximado a mil, en la planta baja del edificio, y también en un cobertizo situado detrás de éste. Los "tordos" o telares continuos ocupan el primero y el segundo piso del cuerpo principal de la fábrica; los telares de "mulas", el cuarto y quinto pisos. Cada una de

estas cuatro secciones forman una gran galería de trescientos pies de largo por cincuenta de ancho y doce de alto. En el tercer piso está la galería de preparación, situada entre los "tordos" y las "mulas", por estar destinada a suplir los materiales necesarios para ambos. Hacia un extremo de este piso están colocadas las máquinas cardadoras; hacia el medio las estradoras que forman con el algodón fibras paralelas y hacen mechas uniformes o cintas estrechas; y hacia el otro extremo están las bobinas y desplazables, o máquinas mechadoras de primera torsión, para convertir los torzales en cuerdas delgadas y porosas, llamadas hilazas. Estas hilazas se suben a los pisos superiores para ser urdidas en los telares continuos, y se bajan a los pisos inferiores para ser tramadas (y algunas veces también urdidas) en las "mulas".

La maquinaria ocupa una elevación de tres pisos al extremo derecho de la fábrica. Los pisos que están inmediatamente sobre ella se utilizan para limpiar y voltear el algodón, preprándolo para el cardado. Allí están: 1) los limpiadores que le quitan al algodón las impurezas agitando; 2) la máquina de fuelle que desprende el algodón en forma de fibras separadas y limpias; y 3) la máquina revolvedora que convierte estas fibras en una especie de vellón algo donoso y suave y lo enrolla en cilindros. Estos son llevados después a las máquinas de cardar continuas y aplicados a los alimentadores. Las máquinas para retorcer, y unas pocas "mulas", ocupan las restantes secciones del ala derecha. La planta más alta del edificio principal está destinada a las máquinas que tejen y preparan las fibras para los telares de potencia. La otra ala de la fábrica está ocupada por la oficina, bodegas y apartamentos para retorcer el algodón en las grandes bobinas que se emplean para los telares de urdimbre.

En el ángulo de cada una de las alas está colocada una escalera en forma de herradura, a fin de que en su interior quede un túnel ocupado por el parato ascensor o elevador, para subir o bajar a los trabajadores o las mercancías de un piso a otro.

El plano y las secciones de este acabado modelo de arquitectura fabril está lleno de las más hermosas lecciones de mecánica práctica. Se reproducirá en grabados minuciosos y se explicará de talladamente en nuestro tratado sobre la industria del algodón.

No será impropio, sin embargo, describir aquí la desmotadora americana para el algodón, ingenioso invento de Whitney, que ha contribuido tanto a reducir los precios de los algodones, como también el proceso del cardado y la extracción, en alguna forma común a todas las manufacturas textiles. La desmotadora, según se me



alcanza, nunca ha sido descrita o explicada plenamente en ninguna obra publicada en nuestra lengua, y, si fuera fabricada y aplicada correctamente, se demostraría que es sumamente útil para nuestro comercio, empleándola en el limpiado de los algodones del Indostán. Las pruebas hechas con ella han fracasado hasta ahora por falta de conocimiento y de técnica.

El Ministro francés de marina, con la intención de estimular el cultivo de algodón en el Senegal, hizo que en París se experimentara una desmotadora de Carolina, importada de Nueva York. En la primera prueba se emplearon veintiocho libras de semilla de algodón del Senegal, en su estado natural. Los filamentos de estos algodones se adhieren mucho a las semillas. La máquina fue puesta en movimiento primero por un hombre, y después por dos, durante tres cuartos de hora, y produjo ocho libras de algodón escogido y diecinueve y media de semillas. Parece que media libra de fibras se dispersó, causando un gasto aparente que, en gran escala, no será importante. El segundo experimento se hizo con un algodón de Georgia, fuertemente pegado a las semillas. Dos trabajadores sacaron, en un cuarto de hora, siete libras de algodón nativo, cinco de semillas y casi dos de algodón en lana. El algodón, al salir de la máquina, parecía sano y tan bien abierto que se podía cardar sin aventarlo o batearlo previamente. Los encargados de hacer el experimento consideraron, no obstante, que la trituradora de la máquina, al sacar las fibras de las semillas, rompía varias de éstas, dañando a aquéllas. Los operadores americanos de esta máquina, cuando son expertos, saben evitarse este daño.

De esas experiencias se deduciría que dos hombres, trabajando diez horas diarias, podrían obtener ciento seis libras de algodón en rama de la primera clase y sólo noventa de la segunda. Puede hacerse notar también que, mientras un trabajador hace girar la máquina, otro puede alimentarla con algodón en bruto y recoger el ya limpio. Los comisionados para la prueba, juzgando ventajosa la máquina, recomendaron su introducción en las colonias francesas.

## LOS DESTRUCTORES DE MAQUINARIA (LUDDITES)

Uno de los grandes problemas de la moderna sociedad es el de empleo tecnológico, la eliminación de ciertos tipos de empleo por la introducción de la maquinaria. Este problema sólo llegó a plantearse en términos importantes con la industrialización en gran escala que se produjo en el siglo XIX. Engendró la resistencia por parte de los trabajadores a la introducción de la maquinaria que amenazaba a sus oficios, y en Inglaterra tomó una forma violenta en los disturbios de los luddites. En 1811 y 1812 se formaron bandas de trabajadores que se armaron de diversas maneras y destruyeron, o trataron de destruir, las máquinas enemigas, lo mismo en el equipo agrícola que en el industrial. Fueron tratados severamente por un gobierno y una sociedad dedicados al fomento de la industria, y el problema que quisieron resolver tan rudamente y con tan pocas esperanzas volvió a plantearse con cada nuevo progreso de la técnica. Con la industrialización vinieron también depresiones cíclicas en el comercio, las cuales redujeron más aún las oportunidades de los obreros parados para encontrar empleo en otros ramos; durante aquellos "tiempos duros", y por esta razón, se agudizaron especialmente los sentimientos que provocó la aparición de las nuevas máquinas.

La siguiente selección, que pretende hacer ver la actitud del estado y de la clase media, por una parte, y de los trabajadores por la otra, está tomada de los Proceedings at York Special Commission, January, 1813, y traducida para nuestro curso de la selección de Columbia.

## PROCESOS CELEBRADOS EN EL CASTILLO DE YORK, EN ENERO DE 1813

El señor barón de Thomson...presentó el siguiente cargo: Caballeros de la Grand Inquest: estamos reunidos, por encargo de Su Majestad, para ejercer la judicatura criminal en este condado y en esta estación del año, desacostumbrada para que se celebren tales solemnidades. Ninguno de nosotros, sin embargo, puede permanecer indiferente ante la necesidad de una rápida investigación de los cargos que existen en vuestra orden del día contra una muy numerosa clase de prisioneros. Notaréis que me refiero a las personas acusadas de haber cometido (y varias de ellas en repetidas ocasiones), actos osados de ultraje tumultoso, violencia y rapiña, y de haber perturbado con ellos la tranquilidad pública en todo el gran distrito manufacturero del West Riding, de este condado, durante casi todo el año que acaba de finalizar.

Esas dañinas asociaciones, tan peligrosas para la paz pública como destructivas de la propiedad de los súbditos particulares, y en



alcanza, nunca ha sido descrita o explicada plenamente en ninguna obra publicada en nuestra lengua, y, si fuera fabricada y aplicada correctamente, se demostraría que es sumamente útil para nuestro comercio, empleándola en el limpiado de los algodones del Indostán. Las pruebas hechas con ella han fracasado hasta ahora por falta de conocimiento y de técnica.

El Ministro francés de marina, con la intención de estimular el cultivo de algodón en el Senegal, hizo que en París se experimentara una desmotadora de Carolina, importada de Nueva York. En la primera prueba se emplearon veintiocho libras de semilla de algodón del Senegal, en su estado natural. Los filamentos de estos algodones se adhieren mucho a las semillas. La máquina fue puesta en movimiento primero por un hombre, y después por dos, durante tres cuartos de hora, y produjo ocho libras de algodón escogido y diecinueve y media de semillas. Parece que media libra de fibras se dispersó, causando un gasto aparente que, en gran escala, no será importante. El segundo experimento se hizo con un algodón de Georgia, fuertemente pegado a las semillas. Dos trabajadores sacaron, en un cuarto de hora, siete libras de algodón nativo, cinco de semillas y casi dos de algodón en lana. El algodón, al salir de la máquina, parecía sano y tan bien abierto que se podía cardar sin aventarlo o batearlo previamente. Los encargados de hacer el experimento consideraron, no obstante, que la trituradora de la máquina, al sacar las fibras de las semillas, rompía varias de éstas, dañando a aquéllas. Los operadores americanos de esta máquina, cuando son expertos, saben evitarse este daño.

De esas experiencias se deduciría que dos hombres, trabajando diez horas diarias, podrían obtener ciento seis libras de algodón en rama de la primera clase y sólo noventa de la segunda. Puede hacerse notar también que, mientras un trabajador hace girar la máquina, otro puede alimentarla con algodón en bruto y recoger el ya limpio. Los comisionados para la prueba, juzgando ventajosa la máquina, recomendaron su introducción en las colonias francesas.

## LOS DESTRUCTORES DE MAQUINARIA (LUDDITES)

Uno de los grandes problemas de la moderna sociedad es el de empleo tecnológico, la eliminación de ciertos tipos de empleo por la introducción de la maquinaria. Este problema sólo llegó a plantearse en términos importantes con la industrialización en gran escala que se produjo en el siglo XIX. Engendró la resistencia por parte de los trabajadores a la introducción de la maquinaria que amenazaba a sus oficios, y en Inglaterra tomó una forma violenta en los disturbios de los luddites. En 1811 y 1812 se formaron bandas de trabajadores que se armaron de diversas maneras y destruyeron, o trataron de destruir, las máquinas enemigas, lo mismo en el equipo agrícola que en el industrial. Fueron tratados severamente por un gobierno y una sociedad dedicados al fomento de la industria, y el problema que quisieron resolver tan rudamente y con tan pocas esperanzas volvió a plantearse con cada nuevo progreso de la técnica. Con la industrialización vinieron también depresiones cíclicas en el comercio, las cuales redujeron más aún las oportunidades de los obreros parados para encontrar empleo en otros ramos; durante aquellos "tiempos duros", y por esta razón, se agudizaron especialmente los sentimientos que provocó la aparición de las nuevas máquinas.

La siguiente selección, que pretende hacer ver la actitud del estado y de la clase media, por una parte, y de los trabajadores por la otra, está tomada de los Proceedings at York Special Commission, January, 1813, y traducida para nuestro curso de la selección de Columbia.

## PROCESOS CELEBRADOS EN EL CASTILLO DE YORK, EN ENERO DE 1813

El señor barón de Thomson...presentó el siguiente cargo: Caballeros de la Grand Inquest: estamos reunidos, por encargo de Su Majestad, para ejercer la judicatura criminal en este condado y en esta estación del año, desacostumbrada para que se celebren tales solemnidades. Ninguno de nosotros, sin embargo, puede permanecer indiferente ante la necesidad de una rápida investigación de los cargos que existen en vuestra orden del día contra una muy numerosa clase de prisioneros. Notaréis que me refiero a las personas acusadas de haber cometido (y varias de ellas en repetidas ocasiones), actos osados de ultraje tumultoso, violencia y rapiña, y de haber perturbado con ellos la tranquilidad pública en todo el gran distrito manufacturero del West Riding, de este condado, durante casi todo el año que acaba de finalizar.

Esas dañinas asociaciones, tan peligrosas para la paz pública como destructivas de la propiedad de los súbditos particulares, y en



algunos casos de sus vidas, parecen haber tenido su origen en un condado vecino, habiendo sido al principio su objeto la simple destrucción de la maquinaria que se inventó con el fin de ahorrar trabajo manual en las manufacturas: idea probablemente sugerida por personas de torvos designios para arrastrar a los trabajadores manufactureros al tumulto y el crimen, persuadiéndoles de que el uso de la maquinaria origina una disminución en la demanda del personal laborante, y una consiguiente merma de salarios, o carencia total de trabajo. No puede emplearse argumento más falaz e infundado. Es a la excelencia de nuestra maquinaria a quien deben nuestras manufacturas probablemente su existencia, y de seguro su óptimo y floreciente estado. Todo lo que aminora el gasto aumenta el consumo y la demanda por el artículo, tanto dentro de casa como en los mercados extranjeros; pero si el uso de la maquinaria fuera abolido enteramente, pronto se acabaría la manufactura, a la vez que otros países, a los cuales iría a parar la maquinaria, podrían acabar con nuestra competencia.

El espíritu originado de insubordinación y tumulto se ha extendido a otros distritos fabriles; y, una vez reunidos grandes núcleos de hombres para obrar contra la ley, desgraciadamente resulta muy fácil pasar de un acto irregular a otro, para llegar incluso a los crímenes más nefandos contra la sociedad. Y así hemos hallado que, a la destrucción de instrumentos, ha seguido la de las casas y los talleres de los manufactureros; ello ha conducido al robo violento de armas para proteger el motín en sus ilegales prácticas y para mejor poder resistir o atacar; y del latrocinio de armas han pasado a la expoliación general de todo tipo de propiedades, e incluso al crimen, al asesinato deliberado de todos aquellos a quienes suponían hostiles a sus medidas. Una impunidad temporal (pues la ley, aunque segura, es lenta) ha permitido ir a aquellos alucinados de una atrocidad en otra; de la rotura de máquinas al robo de armas, a los latrocinios nocturnos, a la destrucción de la propiedad y de la vida misma.

Los pacíficos e industriosos habitantes del país en que se han cometido tales tropelías, han tenido la desventura de sufrir en sus personas y en sus propiedades por culpa de los actos de hombres con jurados contra la sociedad, que llevaron adelante los propósitos de su asociación con el máximo temor y congoja. Cuerpos armados de estos hombres, compuestos a veces de varios cientos de ellos, organizados aparentemente bajo el mando de líderes, y por lo general embetunados o disfrazados de otro modo sus rostros, han atacado fábricas, tiendas y casas de los manufactureros y de otras gentes, de día y de noche; han destruido los artículos elaborados con maquinaria y, en algunos casos, han disparado contra personas cuyas

propiedades habían atacado así. Pero la peor de sus fechorías ha sido un asesinato, detestable en grado sumo, cometido más allá de esta región: mientras se cometían en ésta los ultrajes mencionados, una persona respetable por su edad, que volvía de Huddersfield a su residencia en Marsden, fue atacada a tiros desde atrás de la cerca de un terreno vallado junto al camino, recibiendo varias heridas de las que murió poco después....

Con respecto a la culpabilidad en que pueden incurrir las personas que participen en cualquier reunión tumultosa, el Estatuto I de Jorge I, conocido comúnmente por el nombre de Acta contra motines, ha determinado que todas las personas que en número de doce o más se reúnan ilegal, violenta y tumultuosamente para perturbar la paz pública y, sin dispersarse, continúen en esa actitud por espacio de una hora después de hacerseles la proclama determinada en el Acta, serán culpables de felonía, sin poder gozar de la inmunidad clerical. Y por el mismo Estatuto, si las personas reunidas tan ilegal, violenta y tumultuosamente para perturbar la paz pública destruyeran ilegalmente y por la fuerza cualquier casa habitación u otras edificaciones allí mencionadas, serán también declaradas culpables de felonía, sin derecho al disfrute de la inmunidad del clero.

También el Estatuto 9 de Jorge III declara felonía capital en las personas reunidas violenta y tumultuosamente que abatan o demuestran, o empiecen a abatir o a demoler cualquier molino-sierra de viento, u otro molino de viento, o molino de agua y otro molino, o poner fuego al mismo. Además de esto, el Acta 43 de Jorge III, cap. 58, ha establecido una pena capital contra el que ponga premeditadamente fuego (entre otras cosas) a cualquier molino, almacén o tienda, con intención de dañar o defraudar a alguno de los súbditos del rey, sometiendo a la misma pena a los ofensores, a sus consejeros, ayudantes e instigadores....

Después de haber sido procesados los prisioneros, que por separado se declararon inocentes, Mr. Richardson abrió la acusación.

Mr. Park. — Con la venia. Caballeros del jurado: estamos aquí reunidos hoy para juzgar un delito distinto del que se juzgó ayer, o de los juzgados en los días anteriores. Caballeros; este caso es uno de los aludidos; está en relación con el sistema que ha dominado en el país y es casi uno de los primeros ataques desesperados en la serie que se hizo en esa tierra antes del infortunado suceso que privó de la vida a Mr. Horsfall. Y encontraréis en el curso de este juicio, lo mismo que ocurrió en el curso de aquél, que la irritación producida en el espíritu de las desdichadas personas que han sufrido la muerte por aquella ofensa, por lo que pasó en el mo-



lino de Mr. Cartwright, probablemente fue lo que condujo a aquel lamentable suceso. El día que debéis tomar aquí en consideración es el sábado 11 de abril de 1812.

Lo primero que quiero mostraros es el Acta del Parlamento que ha servido para procesar a los prisioneros. Fue promulgada en el noveno año de reinado de Su actual Majestad, cap. 29, y se titula "Acta para el castigo más eficaz de las personas que demolicen o derribaren, quemaren o destruyeren de cualquier forma un molino o molinos". No necesito molestaros declarando más el título de la misma. A continuación asienta "Que si una persona o varias personas reunidas ilegal, violenta y tumultuosamente para perturbar la paz pública, ilegalmente y por la fuerza destruyeren o derribaren, o empezaren a destruir o derribar, una sierra de viento u otro molino de viento, o un molino hidráulico u otro tipo de molino que haya sido construido o vaya a construirse, o alguna de las obras que pertenecen a éstos, todo destructor o derribador, o todo el que empiece a destruir o derribar, será reo de felonía sin beneficio de clero". Esta es la ley por la que han sido procesados los actuales prisioneros.

Es bien sabido que en la zona industrial del West Riding de este país se han introducido varios implementos de maquinaria, y muy cuerdamente, con el propósito de acelerar nuestras manufacturas y obtener un mejor uso. Las ventajas que hubieran traído para los mismos trabajadores, si hubiesen tenido la suficiente paciencia para aprender su manejo, les habrían convencido de la gran utilidad de tal maquinaria; pero, desgraciadamente, siguieron derroteros distintos y no quisieron pararse a considerar las grandes desgracias que iban a precipitarse sobre ellos por su misma culpa: no sólo el castigo que podían atraerse, sino también la pobreza absoluta, la miseria y el desastre que la destrucción de esas fábricas donde se usaba dicha maquinaria tenía que provocar para todos los infelices que trabajaban en ellas. Si lo hubiesen pensado así, yo creo que la prudencia común, aparte de la obligación moral, les hubiera impedido hacer lo que hicieron. Pues, aunque sólo se hubiese consumado la devastación que pretendió hacerse en la fábrica de Mr. Cartwright, hubieran quedado sin pan varias familias, al menos durante un tiempo considerable, hasta que aquél construyera una nueva fábrica. Por consiguiente, su acción ha tenido consecuencias funestas. Pero ese argumento no pesó en las mentes de aquellos descarriados; y, durante un buen lapso de tiempo, dichos hombres alucinados, necios, ignorantes y perversos merodearon por el país, destruyendo toda la maquinaria objeto de sus odios y robando armas, de forma que antes del 11 de abril habían reunido una buena cantidad de pólvora, fusiles, pistolas y otras armas.

Mr. Cartwright, cuyo taller, llamado Rawfolds, fue atacado el 11 de abril, había recibido aviso previo de haber sido denunciado entre aquellas gentes por emplear las más perfeccionadas máquinas. Como consecuencia de este aviso, dicho caballero dormía en su molino desde unas seis semanas antes del 11 de abril, dejando a su familia (porque su casa estaba fuera); y no sólo eso, sino que había preparado alojamiento para cinco soldados y cuatro de sus mismos trabajadores. Se preparó para defenderse, como debe hacer todo hombre prudente, y lo único que tengo que lamentar es que otros caballeros, cuyas propiedades estaban amenazadas, no hayan demostrado el mismo espíritu que Mr. Cartwright. Probablemente, si se hubiera manifestado dicho espíritu, sus Señorías y vosotros no hubierais sido molestados en esta ocasión. No voy a decir todo lo que hizo en su fábrica. Parecía casi imposible que nadie, a no ser una poderosa fuerza militar, destruyera las obras que había edificado allí. Pero hay algo que debo mencionar, porque constituye una prueba casi definitiva contra uno de los desdichados que están ahora en el banquillo. Parece ser que en los diferentes pisos (creo que son tres) se pusieron losas de gran tamaño en hilera, levantadas oblicuamente para formar agujeros, de modo que, si alguien atacara las ventanas inferiores de la fábrica con hachas y martillos, los que estaban dentro podían disparar contra ellos; y Mr. Cartwright se procuró mosquetes y pólvora con este fin.

El 11 de abril (ahora voy a señalar los hechos, aplicándolos después a los prisioneros), como él mismo declarará, Mr. Cartwright se había acostado poco después de las doce, habiéndose asegurado previamente de que sus centinelas quedaban en sus puestos; dos de ellos fuera, para avisar de la proximidad de algún enemigo; pero, al igual que la mayoría de nuestros vigías, fueron sorprendidos y capturados antes de que pudieran dar la voz de alarma. Unos veinticinco minutos antes de la una, según él cree recordar, empezó a ladrar furiosamente un gran perro que estaba amarrado en la planta baja. Este caballero, que estaba muy alerta, saltó inmediatamente de la cama y corrió a las escaleras, pero cuando lo hacía así, todavía en camisa, quedó sorprendido por un nutrido fuego de mosquete dirigido a las ventanas altas y un violento martilleo en la puerta que daba a la carretera; pues veréis por la descripción que esta fábrica tenía un estanque en un lado, de modo que estaba protegida en cierta forma. Mr. Cartwright y sus hombres habían reunido las armas la noche anterior; corrió inmediatamente hacia ellos y se juntó con sus hombres y con los soldados, sin más ropa que su camisa, pues acababa de saltar de la cama. Bajo sus órdenes iniciaron un recio tiroteo desde dentro de la fábrica, que se prolongó, como se os demostrará, durante veinte minutos. También la turba siguió disparando durante ese tiempo, y por cierto que estaba formada por más de cien personas. Rompieron todas las ventanas, muchos de



sus marcos y una de las puertas, gritando con los más horribles imprecaciones (que no repetiré). "¡Vamos, muchachos! ¡Estáis ya dentro? ¡Duro con ellos, encerradlos!" Mr. Cartwright había colocado una campana de alarma en la parte superior de su edificio, que sonaba muy fuerte hasta que se rompió la cuerda. La turba, al oír la campana, gritó "¡Maldición, haced callar esa campana!" Pero dos hombres de Cartwright subieron y la hicieron sonar, alternando el tañido con los disparos. Al fin, mientras el fuego de adentro seguía, y probablemente cuando se agotaba la munición a la chusma, los asaltantes comenzaron a disminuir su fuego hasta que cesó del todo, excepto un solo hombre que disparó un único tiro al final. Mr. Cartwright escuchó cómo se iba la gente hacia Huddersfield, y, cuando se apagó el estruendo, pudo oír los quejidos de algunos que quedaron heridos, pero no se atrevió a salir, por miedo de que lo acusaran de haberlos asesinado. Estaba tan oscuro que no se podía ver nada. Pero, cuando llegaron los auxilios, Mr. Cartwright y sus hombres salieron y encontraron muchos mazos, martillos, mosquetes, etc., abandonados en la carretera de Huddersfield. También hallaron dos hombres mal heridos que no pudieron escapar y que después, desgraciadamente, murieron; con respecto a su muerte, el tribunal de Coroner las calificó (según era forzoso hacerlo) de homicidio justificable....

Los prisioneros fueron convictos capitalmente... colocados en el banquillo e interrogados sobre qué tenían que decir en contra de la sentencia de muerte, a lo que respondieron que rogaban se les perdonara la vida.

El Sr. Barón Thomson dijo:

John Swallow, John Batley, Joseph Fisher, John Lumb, Job Hey, John Hill, William Hartley, James Hey, Joseph Crowther, Nathan Hoyle, James Haigh, Jonathan Dean, John Ogden, Thomas Brook, John Walker: vosotros, desdichados prisioneros del banquillo, convictos de varios delitos por los que vuestras vidas han sido entregadas a las leyes ofendidas de vuestro país, habéis integrado una parte de aquella furiosa asociación de hombres que, por mucho tiempo, ha perturbado la paz y la tranquilidad del West Riding de este condado; habéis formado corporaciones; habéis incurrido en los más exaltados extremismos contra la propiedad de muchos individuos. La causa de que os hayáis asociado así parece haber sido un raro engaño, acariciado por vosotros, de que el empleo de la maquinaria en la manufactura lanera era un detrimento para las manos que se ocupaban de otra forma en ella; jamás ha podido concebirse mayor extravío, que probablemente procede de las malas artes de hombres engañadores y mal intencionados, y que, por sus artificios,

ha pasado a ser el más execrable fin a que la revolución y la sedición puede tender. Habéis caído en los mayores abusos. El primer objeto, acaso, parece haber sido el de conseguir armas para llevar adelante vuestros nefandos designios. Con esa mira, algunos de vosotros han entrado, al parecer, en diferentes casas en busca de ellas, apoderándose de las mismas dondequiera que las hallaban.

Pero, sin deteneros aquí, y no contentos con tomar todas las armas que estaban al alcance de vuestras manos, pasasteis a saquear las viviendas con gran violencia, apoderándose de toda clase de propiedades que encontrabais en esas casas. Una ofensa de esta naturaleza os es imputable y está suficientemente probada contra vosotros, prisioneros John Swallow, John Batley, Joseph Fisher, John Lumb, Job Hey, John Hill, William Hartley, James Hey, Joseph Crowther y Nathan Hoyle.

Vosotros, los prisioneros Job Hey, John Hill y William Hartley, en ocasión de haber ido a la casa de vuestro acusador, no habéis tomado más que armas, pero las tomasteis con gran terror y en circunstancias bastante indudables para obligarle a entregaros las que tenía. Los prisioneros, cuyos nombres acabo de recitar, están implicados en el allanamiento de morada de noche, y algunos de ellos se apoderaron de notas, dinero y otras cosas; y los últimos prisioneros, James Hey, Joseph Crowther y Nathan Hoyle, por robar a una persona en su domicilio.

Las pruebas que se han presentado contra vosotros son demasiado claras para que quepa la menor duda; y estáis todos convictos de esos delitos, a mayor abundamiento.

Vosotros, los prisioneros James Haigh, Jonathan Dean, John Ogden, Thomas Brook y John Walker, habéis sido culpables de uno de los más grandes ultrajes cometidos en un país civilizado. Habéis estado mucho tiempo armados y organizados, os habíais reunido la noche en que fue atacada la fábrica de Mr. Cartwright; os habíais juntado en la hora muerta de la noche en gran número; os habíais formado en compañías bajo el mando de diversos cabecillas; estabais armados con diferentes instrumentos de ataque, con fusiles, con pistolas, con hachas y con otras armas; marchasteis en orden militar y en formación de batalla a la fábrica, que después y en parte habéis echado abajo; allí iniciasteis vuestro ataque con armas de fuego, descargadas en aquella fábrica, y reemprendisteis un fuego más temible, y al mismo tiempo aplicasteis los instrumentos que habíais llevado hasta allí y que eran de un tipo calculado para hacer el mayor de los daños, empezando a demoler la maquinaria contenida en aquella fábrica. Los gritos y las exclamaciones que lanzaba aquella turba amoti-



nada y tumultuosa, de la que formabais una buena parte, eran suficientes para alarmar a un hombre de menos firmeza que el propietario de la fábrica atacada. Su grito era: "¡Entrad, entrad, matadlos a todos!"; pero cabe poca duda y hay que temer que, si hubierais conseguido entrar en dicha fábrica, habríais puesto en ejecución aquellas amenazas, y que el daño hecho difícilmente se hubiera limitado a la maquinaria allí contenida. Pero el valor y la resolución que aquel individuo demostró os hizo desistir del ataque, y dos de vuestros malvados compañeros pagaron entonces con la pérdida de sus vidas....

En la horrenda situación en que estáis vosotros los prisioneros, dejadme que os exhorte a que os déis a la gran tarea del arrepentimiento y os aconseje que, durante el brevísimo tiempo que os resta en este mundo, os esforcéis por hacer las paces con Dios y os reconciliéis con El mediante una profunda contrición. Una plena confesión de vuestro crimen es la única reparación que podéis hacer del ya cometido. Entregaos a las piadosas admoniciones del reverendo clérigo, cuyo oficio será prepararos para el terrible paso, y que el Dios de toda merced os conceda la remisión y el perdón perfectos, después que hayáis lamentado sinceramente vuestros pecados y reconocido vuestra perversidad.

Escuchad la sentencia que las leyes del hombre pronuncian por vuestros crímenes. La sentencia de la ley es, y este tribunal la aplica, que vosotros, los varios prisioneros del banquillo, seáis sacados de aquí hasta el lugar de donde venís, y de allí al lugar de la ejecución, donde seréis colgados uno por uno del cuello hasta que hayáis muerto. El Señor se apiada de vuestras almas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUATEMALA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tema C: El problema Demográfico.

Thomas R. Malthus (1766-1834)

Tomás Roberto Malthus nació en 1766. Su padre era un *country gentleman*, un caballero rural. Recibió una educación privada primero y luego estudió en la Universidad de Cambridge. Toda su vida fué hombre muy interesado en los estudios; se esforzó siempre por aumentar sus conocimientos y aplicarlos a los problemas prácticos de su tiempo. Como muchos otros tratadistas sociales británicos, tenía una actitud empírica, recelaba de las teorías abstractas y tendía a reunir y dominar la mayor suma posible de hechos. Aunque se ordenó de sacerdote hacia 1789 y durante algún tiempo, hacia 1796, fué cura, lo que más le atraía era la economía política. En 1805 fué nombrado profesor de Historia y Economía Política en Hailybury College, puesto que desempeñó con distinción hasta su muerte en 1834.

La primera edición del famoso *Ensayo sobre los principios de la población* se publicó anónimamente en 1798, cuando el autor tenía

<sup>1</sup> Kingsley Davis (editor), *Corrientes demográficas mundiales*, México, D. F.; Fondo de Cultura Económica, 1950), pp. 9-12.  
<sup>2</sup> United Nations, Department of Social Affairs, *World Population Trends, 1920-1947*, p. 3.

La aportación de Malthus no consistió tanto en la novedad de su teoría como en la profundidad de su análisis. Malthus fue el primero en señalar que el crecimiento de la población no podía ser ilimitado, ya que los recursos de la tierra eran finitos. Su teoría se basaba en la idea de que el número de personas que la tierra podía sostener estaba limitado por la cantidad de alimentos que se podían producir. Esta teoría fue muy criticada por sus contemporáneos, pero ha sido muy influyente en la historia de la economía y la demografía.



32 años. Aunque le dió inmediatamente fama y prestigio, Malthus no se durmió sobre sus laureles. Quiso siempre mejorar su dominio del tema. Conservando toda su vida el interés por la población y abordando las cuestiones de economía política ante todo bajo ese aspecto, recogió meticulosamente las críticas de que había sido objeto su libro. Procuró reunir más hechos en apoyo de sus teorías y publicó varias ediciones. La segunda edición, cuatro veces más extensa que la primera y basada en cinco años de nuevos estudios y viajes por el extranjero, apareció en 1803. En esta edición modificó Malthus considerablemente sus puntos de vista y dedicó gran atención a explicar la situación demográfica en varios países y regiones del mundo. En vida suya se publicaron otras cuatro ediciones, revisadas por el autor, pero ninguna se apartaba esencialmente de la segunda. La sexta edición, última que Malthus revisó, vio la luz en 1826, y la séptima y última, de la que ha sido hecha la presente traducción, se publicó después de su muerte.

Aunque Malthus era un pensador audaz, no era muy original. Importantes aspectos de sus opiniones pueden hallarse en los escritos de Giovanni Botero, William Petty, Richard Price y muchos otros. Entre los precursores que indudablemente influyeron en él, estaba cierto Dr. Robert Wallace. Este escritor había examinado, en 1761, la cuestión de la comunidad de productos como panacea para resolver los problemas humanos y, muy a su pesar, había descubierto una objeción fatal, a saber, que como consecuencia habría una población excesiva, porque el hombre tiende a casarse y multiplicarse hasta que apenas le quedan alimentos para seguir viviendo.<sup>3</sup> De acuerdo con Wallace, el argumento de la población se convirtió en objeción común a todas las utopías, y todos los escritores utópicos le salieron al paso. Escritores como Berjamín Franklin, Mathew Carey, James Madison y Tomás Jefferson mantenían en los Estados Unidos que la población tiende a crecer hasta rebasar los medios de subsistencia; pero en condiciones favorables la población humana se duplica cada 20 ó 25 años, y que, por tanto, el exceso de población y los salarios bajos ejercen una presión inevitable que la emigración es ineficaz para disminuir.<sup>4</sup> Todas estas ideas desempeñan un papel central en la teoría de Malthus.

La aportación de Malthus no consistió tanto en la novedad de

<sup>3</sup> Robert Wallace, *Various Prospects of Mankind, Nature, and Providence*, examinado en *Malthus and his Work*, de James Bonar (New York: Macmillan, 1924), pp. 8-9. El análisis más completo de la teoría de la población anterior a Malthus se encontrará en *Pre-Malthusian Doctrines of Population*, de Charles E. Stangeland (New York: Columbia University Press, 1904), pero véase también *Theories of Population from Raleigh to Arthur Young* (New York: Greenberg, 1931).

<sup>4</sup> J. J. Spengler, "Malthusianism in Eighteenth Century America", *American Economic Review*. Vol. 25 (diciembre, 1935), pp. 691-707.

sus principales ideas como en la profundidad e integridad de las consecuencias que extrajo de ellas. Como ha dicho Bonar, el *Ensayo* era original, no en el sentido de algo creado de la nada, sino en igual sentido que *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith:

En ambos casos, el autor tomó la mayoría de sus frases, e incluso muchos de sus pensamientos, de sus antecesores; pero él los aplicó como no fueron capaces de aplicarlos aquéllos; los vió en su conexión, perspectiva y amplio alcance... Esto es cierto de Adam Smith cuando se le compara con... otros profetas del librecambio catalogados por MacCulloch o Blanqui. Hablaban en librecambistas casi como monsieur Jourdain hablaba en prosa: sin saberlo. Justamente, lo mismo es cierto de Adam Smith en relación con Malthus. Éste es dueño absoluto de sus propias generalizaciones. Habiéndose elevado a ellas por el razonamiento, puede descender de ellas del mismo modo. Pero cuando dice: "Toda especie animal se multiplica naturalmente de acuerdo con sus medios de subsistencia", "La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres" no se adelanta a Malthus. Sus frases tocan un principio, cuya más importante significación ignora; y no habiendo ascendido a él por el razonamiento, apenas trata de descender de él por el razonamiento. Malthus, por otro lado, se ha aferrado a un principio general y puede resolver varias cuestiones dependientes de ese principio mediante sencillos corolarios.<sup>5</sup>

Convirtiendo la población en el centro de sus preocupaciones, estudiando en detalle las ramificaciones políticas y económicas de las tendencias de la población, reuniendo los hilos en un tratado importante sobre este tema, Malthus conquistó un lugar firme en la historia intelectual como padre de la teoría de la población: fué quien de modo más convincente presentó este factor como decisivo para la condición del hombre. Estén o no de acuerdo con él los teóricos que han venido después, no pueden ignorarlo. Malthus es el punto de partida para casi todos los estudios generales sobre el asunto.



Malthus: ENSAYO SOBRE EL PRINCIPIO DE LA POBLACION.

CAPÍTULO I

Exposición del asunto. Proporción entre el aumento de la población y los alimentos

EN UNA INVESTIGACIÓN concerniente al mejoramiento de la sociedad, el tratamiento que el mismo tema sugiere es:

1. Investigar las causas que han impedido hasta ahora la evolución de la humanidad hacia la felicidad; y,
2. Examinar las probabilidades de supresión total o parcial de esas causas en el porvenir.

Tratar el asunto a fondo y enumerar todas las causas que han influido hasta ahora sobre el mejoramiento de la humanidad estaría más allá del alcance de un solo individuo. El principal objeto del presente *Ensayo* es examinar los efectos de una gran causa, íntimamente unida a la naturaleza misma del hombre, la cual, si bien ha estado actuando constantemente desde el origen de la sociedad, ha recibido poca atención por parte de quienes se han ocupado de estos temas. Ciertamente se han expuesto y reconocido repetidas veces los hechos que establecen la existencia de esta causa; pero se han pasado por alto sus efectos naturales y necesarios, aun cuando es probable que entre esos efectos pueda reconocerse una parte considerable de aquellos vicios y miserias, y de la desigual distribución de las mercedes de la naturaleza, que siempre trataron de corregir los filántropos más instruidos.

La causa a que aludo es la tendencia constante de toda vida a aumentar, reproduciéndose, más allá de lo que permiten los recursos disponibles para su subsistencia.

El Dr. Franklin ha observado que la fecundidad natural de las plantas y de los animales no tiene más límite que el que fija su propio nacimiento y la mutua restricción de los medios de subsistencia. Según el Dr. Franklin, si la superficie de la tierra estuviera desprovista de toda clase de plantas sería fácil hacer que se extendiera por toda ella una sola, por ejemplo, el hinojo, y que si estuviera des-

poblada excepto el territorio ocupado por una sola nación, digamos Inglaterra, sería fácil para los habitantes de ésta llegar a poblar toda la tierra en pocas generaciones.

Es esta una verdad incontrovertible. Tanto en el reino animal como en el vegetal la naturaleza ha esparcido con profusión las semillas de la vida; pero ha sido avara al conceder espacio y alimentos. Si los gérmenes de vida que existen en la tierra pudieran desarrollarse en libertad, llenarían en el transcurso de unos cuantos miles de años millones de mundos como el nuestro. Sólo la necesidad, esa ley inflexible y universal, es la que los mantiene dentro de los límites prescritos. Tanto las plantas como los animales retroceden ante esta importante ley restrictiva, y el hombre no puede, cualesquiera que sean sus esfuerzos, escapar a ella.

En lo que se refiere a las plantas y a los animales irracionales, el modo de ver el asunto es bien sencillo. Un poderoso instinto empuja a todos ellos a reproducir su especie, y este instinto no se detiene ante ninguna clase de dudas sobre la posibilidad de criar a su descendencia. Por tanto, siempre que existe la libertad necesaria para ello se ejerce la facultad de procrear, y los efectos se presentan después bajo la forma de falta de espacio y de alimentos.

En lo que respecta al hombre, los efectos de este obstáculo son más complicados. Un instinto igualmente poderoso le impulsa a procrearse y reproducir su especie; pero la razón pone obstáculos a ese instinto obligándole a preguntarse si no traerá al mundo seres a quienes no podrá criar. Si atiende a esta sugestión natural de su razón, la restricción da lugar a menudo al vicio. Si no la escucha, la raza humana estará tratando constantemente de aumentar más allá de lo que permiten los medios de subsistencia; pero, como debido a aquella ley natural por la cual el alimento es necesario para la vida humana la población no puede nunca aumentar efectivamente más allá de lo que permita la alimentación indispensable para sostenerla, la dificultad para adquirir los alimentos tiene que estar actuando continuamente como un fuerte freno contra el aumento de la población. Esta dificultad debe localizarse en alguna parte, y dejarse sentir necesariamente en una u otra formas de miseria, o de temor a ella, en una gran parte de la humanidad.

El examen de los diferentes estados de sociedad en que el hombre ha existido mostrará, con suficiente claridad, que la población tiende constantemente a aumentar más allá de los límites que le señalan los medios de subsistencia; pero, antes de que procedamos a este examen, quizás se verá con mayor claridad el asunto si tratamos de averiguar cuál sería el incremento natural de la población si se la dejara desenvolverse en perfecta libertad y cuál podría esperarse



que fuera la proporción en que aumentarían los productos de la tierra en las circunstancias más favorables para la actividad humana.

Se reconocerá que no ha existido hasta ahora ningún país en el que las costumbres hayan sido tan puras y simples, y los medios de subsistencia tan abundantes, que no haya habido en él nada que impida los matrimonios tempranos por la dificultad de sostener una familia, y en el que las costumbres viciosas, la vida urbana, las ocupaciones insalubres, o el trabajo excesivo, no hayan puesto obstáculos a la reproducción de la especie humana. Puede afirmarse, pues, que no se ha conocido aún ningún país en el cual se haya dejado a la población ejercer toda su fuerza de reproducción en perfecta libertad.

Exista o no la institución del matrimonio, los dictados de la naturaleza y la virtud parecen coincidir en la temprana inclinación hacia una sola mujer, y allí donde no existieran impedimentos de ninguna clase para estas uniones, y no hubiera tampoco causas posteriores de despoblación, el aumento de la especie humana sería mucho mayor que ninguno de los que hasta ahora se han conocido.

La experiencia ha mostrado que en los Estados Unidos de Norteamérica, en los que los medios de subsistencia han sido más abundantes, las costumbres más puras, y los obstáculos para el matrimonio en edad temprana menores que en ninguno de los estados europeos modernos, la población se ha duplicado en períodos de menos de 25 años, por espacio de 150 años sucesivos.<sup>1</sup> No obstante, durante esos períodos, en algunas ciudades, las defunciones excedían a los nacimientos, circunstancia que prueba que en aquellas partes que suplían la deficiencia de las otras, el aumento de la población tiene que haber sido mucho más rápido que el promedio nacional.

En las colonias interiores, en las que la única ocupación es la agricultura, y los vicios y los trabajos malsanos son casi desconocidos, la población se ha duplicado en 15 años; pero es probable que este crecimiento extraordinario sea aún muy inferior a la capacidad máxima de aumento de la población. Para roturar y poner en cultivo tierras nuevas es preciso un trabajo muy rudo; las condiciones en que éste se realiza no suelen ser muy salubres, y es probable que sus habitantes se hallen expuestos a las incursiones de los indios, los cuales pueden destruir algunas vidas, o por lo menos hacer que disminuyan los frutos de la actividad.

Según una tabla de Euler, calculada sobre la base de una mortalidad de 1 por 36, si la proporción entre los nacimientos y las defunciones es de 3 a 1, será necesario un período de 12 años y  $\frac{1}{3}$

<sup>1</sup> Según cálculos recientes, parece que desde que se establecieron las primeras colonias en América del Norte hasta el año 1800, los períodos para la duplicación de la población han sido muy poco superiores a los 20 años.

para doblar la población. Y esta duplicación no sólo es posible, sino que, en realidad, ha ocurrido durante cortos períodos en más de un país. Sir William Petty llega a suponer la posible duplicación en un período de diez años.

Para estar seguros de que nos mantenemos dentro de los límites de lo posible tomemos el más bajo de los valores para la rapidez del aumento, valor con el que están de acuerdo todos los datos de la experiencia y que se sabe positivamente que proviene tan sólo de la procreación.

Puede afirmarse que la población, cuando no se le ponen obstáculos, se duplica cada 25 años, esto es, que aumenta en progresión geométrica.

No será tan fácil, en cambio, determinar la rapidez con que puede esperarse que aumenten los productos de la tierra. Podemos estar seguros de que su aumento, en un territorio limitado, tiene que ser de naturaleza totalmente distinta al de la población. La fuerza reproductiva del hombre puede hacer que se duplique cada 25 años lo mismo una población de mil habitantes que otra de mil millones; pero los alimentos necesarios para sostener este último número no podrán obtenerse con igual facilidad. El hombre se halla por necesidad confinado al espacio de que puede disponer. Cuando se han ido aumentando año tras año los terrenos dedicados al cultivo hasta llegar a ocupar todas las tierras fértiles, el aumento anual de la producción de alimentos tiene que depender del mejoramiento de las tierras ya cultivadas, y es ésta una reserva que, por la misma naturaleza del suelo, en lugar de aumentar, tiene que ir disminuyendo gradualmente; en cambio, la población podría seguir aumentando con el mismo vigor si se le suministraran los alimentos necesarios, y el aumento durante un período produciría una capacidad aun mayor de aumento para el período siguiente sin ningún límite.

Por los informes que poseemos sobre China y Japón, es dudoso que los esfuerzos mejor dirigidos de la actividad humana puedan doblar la producción de esos países, incluso en no importa qué número de años. Ciertamente existen muchas partes del mundo hasta ahora inhabitadas y casi incultivadas; pero, debemos preguntarnos, desde el punto de vista moral, si tenemos derecho a exterminar a los habitantes de esos territorios poco poblados. El proceso de instruirlos y de dirigir sus actividades sería por necesidad lento y durante él, como la población seguiría con regularidad el mismo paso que la producción de alimentos, pocas veces podría aplicarse un grado elevado de conocimientos y de actividad sobre un suelo rico y desocupado. Y aun en aquellos casos en que esto pueda tener lu-



gar, como sucede en las colonias nuevas, la progresión geométrica de la población hace que la ventaja no dure mucho tiempo. Si los Estados Unidos continúan aumentando, como ocurrirá, si bien no con la misma rapidez que antes, se irá empujando a los indios cada vez más hacia el interior del país, hasta que se les extermine por completo, y entonces el territorio disponible no podrá aumentarse más.

Esas observaciones son aplicables, en diverso grado, a todas las partes del mundo en las cuales el suelo no está completamente cultivado. La exterminación de todos los habitantes de Asia y África es algo en lo cual no puede pensarse. Civilizar y encauzar las actividades de las tribus tártaras y negras sería indudablemente un proceso lento y de éxito inseguro y variable.

Europa no está tan poblada como pudiera estarlo, y es en ella donde hay mayores probabilidades de que la actividad humana pueda encauzarse mejor. En Inglaterra y en Escocia se ha estudiado mucho la ciencia de la agricultura, y en ambos países existen todavía bastantes tierras sin cultivar. Veámos en qué proporción podría aumentar la producción de nuestra isla en las circunstancias más favorables.

Si suponemos que, siguiendo el mejor de todos los sistemas y estimulando todo lo posible la agricultura, se pudiera doblar la producción de la isla en los primeros 25 años, probablemente nuestra suposición excedería a lo que puede esperarse razonablemente.

Es imposible suponer que en los 25 años siguientes se pudiera cuadruplicar la producción. Esto sería contrario a todos nuestros conocimientos sobre las propiedades del suelo. La mejora de las tierras estériles sería obra de mucho tiempo y de mucho trabajo; y tiene que ser evidente para todo el que tenga los más ligeros conocimientos agrícolas que, en proporción a como se extendiera el cultivo, las adiciones que pudieran hacerse cada año a la producción media anterior tendrían que ir disminuyendo gradualmente y con regularidad. Con objeto de que podamos comparar mejor el aumento de la población y de los alimentos, hagamos una suposición que, sin que pretendamos que sea exacta, es más favorable para la capacidad de producción de la tierra de lo que pudiera justificar la experiencia.

Supongamos que las adiciones anuales que pudieran hacerse a la producción media anterior, en lugar de disminuir, continuaran siendo las mismas, y que la producción de nuestra isla pudiera aumentarse cada 25 años en una cantidad igual a lo que produce en la actualidad. Ni el más optimista puede suponer un aumento mayor que éste. Al cabo de unos cuantos siglos toda la isla parecería un jardín.

Si esta suposición se aplicara a toda la tierra, y si se admitiera que los alimentos que la tierra produce pudieran aumentarse cada 25 años en cantidad igual a la que produce en la actualidad, esto equivaldría a suponer una proporción de aumento mucho mayor de la que produjera no importa qué esfuerzos de la humanidad.

Podemos llegar a la conclusión de que, teniendo en cuenta el estado actual de la tierra, los medios de subsistencia, aun bajo las circunstancias más favorables a la actividad humana, no podrían hacerse aumentar con mayor rapidez de la que supone una progresión aritmética.

Son impresionantes los efectos que necesariamente habrían de derivarse de las proporciones diferentes en que crecerían la población y la producción de alimentos. Supongamos que la población de nuestra isla es de 11 millones de habitantes y que la producción actual basta para sostener bien a ese número de personas. Al cabo de los 25 primeros años la población sería de 22 millones de habitantes y, habiéndose doblado la producción de alimentos, los medios de subsistencia seguirían bastando para la población. En los 25 años siguientes, la población sería de 44 millones, y los medios de subsistencia sólo bastarían para mantener a 33 millones de habitantes. En el siguiente período de 25 años la población sería de 88 millones, y los alimentos sólo bastarían para mantener a la mitad de ese número de personas, y al finalizar el primer siglo, la población sería de 176 millones de habitantes y los abastecimientos sólo podrían mantener a 55 millones, lo que dejaría sin medios de subsistencia a 121 millones.

Si consideramos la totalidad de la tierra, en lugar de esta isla, claro está que quedaría excluida la posibilidad de la emigración; y, suponiendo la población actual igual a mil millones de habitantes, la especie humana aumentaría como la progresión de los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, y las subsistencias como la de los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Al cabo de dos siglos, la proporción entre la población y los medios de subsistencia sería como la de los números 256 y 9; al cabo de tres siglos, como los números 4,096 y 13, y al cabo de dos mil años la diferencia sería casi incalculable.

Hay que tener en cuenta que no hemos supuesto límite alguno a la producción de la tierra, esto es, que podría continuar aumentando indefinidamente, y llegar a ser mayor que cualquiera cantidad que pudiera fijarse, y, no obstante, como la cantidad de aumento de la población en cada período es muy superior, el crecimiento de la especie humana sólo puede mantenerse al nivel de los medios de subsistencia por la constante acción de la dura ley de la necesidad, actuando como un freno sobre la potencia más vigorosa.



CAPÍTULO II

*De las limitaciones generales del crecimiento de la población,  
y de su forma de actuar*

EL PRINCIPAL obstáculo para el aumento de la población parece ser la falta de alimentos, que se deriva necesariamente de las distintas proporciones en que aumentan aquélla y éstos; pero esta limitación, únicamente es de carácter inmediato en casos de verdadera hambre.

El obstáculo inmediato puede definirse diciendo que consiste en todas aquellas costumbres, así como los padecimientos, que parecen ser consecuencia natural de la escasez de los medios de subsistencia, y todas aquellas causas, independientes de la escasez, y tanto de carácter moral como material, que tienden a destruir o debilitar prematuramente la constitución humana.

Los frenos que contienen el aumento de la población, que actúan continuamente y con mas o menos fuerza en todas las sociedades, y mantienen el número de habitantes al nivel de los medios de subsistencia, pueden clasificarse en dos grandes grupos: los preventivos y los positivos.

El obstáculo preventivo, mientras es voluntario, es peculiar del hombre y resulta de la superioridad característica de sus facultades razonadoras que le permiten calcular las consecuencias lejanas. Las barreras contra el aumento indefinido de las plantas y los animales irracionales son todos positivos, o, si tienen algún carácter preventivo, éste es involuntario. El hombre no puede mirar a su alrededor y ver la miseria que aflige a menudo a los que tienen familias numerosas; no puede mirar sus actuales bienes o ganancias, que hoy casi consume él solo, y calcular lo que tocaría a cada uno cuando hubiera de dividirlos entre siete u ocho, sin sentir duda acerca de si, al seguir sus inclinaciones, podría sostener la prole que seguramente traería al mundo. En un sistema igualitario, si semejante estado puede existir, esta sería simplemente la cuestión. En el estado actual de la sociedad se presentan otra clase de consideraciones. ¿No rebajará el rango que ocupa en la vida, y no se verá obligado a abandonar en gran parte sus antiguos hábitos? ¿Tiene probabilidades de encontrar un empleo con el cual pueda sostener una familia? ¿No se expondrá a tropezar con mayores dificultades, y no tendrá que trabajar más que cuando estaba soltero? ¿Podrá transmitir a sus hijos las mismas ventajas de educación y de mejoramiento que él ha dis-

frutado? ¿Tiene la seguridad de que, en el caso de tener una familia numerosa, sus esfuerzos podrán librarla de la pobreza y de la consiguiente degradación en la comunidad? ¿No se verá obligado, bajo el imperio de la necesidad, a tener que renunciar a su independencia y a recurrir a la caridad para poder sostenerlos? Consideraciones de esta clase son las que, en todas las naciones civilizadas, se oponen al natural deseo de los jóvenes a contraer matrimonio.

Si esta restricción no diera lugar a los vicios, indudablemente sería el menor mal que puede resultar del principio de la población. Considerada como freno de una fuerte inclinación natural, hay que reconocer que produce un determinado grado de infelicidad; pero es evidente que ésta es ligera, si se la compara con los males que resultan de cualesquiera otras formas de impedir la procreación y es de la misma naturaleza que todos los sacrificios de una satisfacción temporal en aras de otra permanente, que el ser moral se ve obligado a hacer de continuo.

Cuando esta abstención da lugar a vicios, los males que ello ocasiona son evidentes. Las relaciones sexuales en las que se procura impedir el nacimiento de hijos parecen rebajar, de manera muy acusada, la dignidad de la naturaleza humana. No puede por menos de afectar al hombre, y en cuanto a la mujer, nada degrada tanto el carácter femenino y destruye sus cualidades más amables y distinguidas. Añádase a esto que entre esas infortunadas hembras, que tanto abundan en las grandes ciudades, se encuentra tal vez mayor miseria que en ningún otro grupo de la sociedad.

Cuando en todas las clases de la sociedad predomina la corrupción, en lo que respecta al sexo, sus efectos tienen que envenenar las fuentes de la felicidad doméstica, debilitar los lazos conyugales y paternos y disminuir los esfuerzos unidos y el celo de los padres en el cuidado y educación de sus hijos, efectos que no pueden tener lugar sin que se produzca una disminución general de la felicidad y la virtud, sobre todo si se tiene en cuenta que la necesidad de recurrir al engaño y a las intrigas, y de ocultar sus consecuencias, conduce necesariamente a otros vicios.

Los obstáculos positivos que se oponen al aumento de la población son muy diversos, y comprenden todo aquello que contribuye en mayor o menor grado a acortar la duración natural de la vida humana, ya provenga del vicio, ya de la miseria. En este grupo habrá, pues, que incluir las ocupaciones malsanas, el trabajo excesivamente fatigoso y la exposición a las inclemencias del tiempo, la pobreza extrema, la mala crianza de los hijos, la vida de las grandes ciudades, los excesos de toda clase, toda la gama de enfermedades comunes y las epidemias, las guerras, las pestes y las hambres.



Examinando esas restricciones del aumento de la población que he clasificado en los dos grandes grupos de preventivos y positivos, veremos que pueden agruparse en tres: abstinencia moral, vicio y miseria.<sup>1</sup>

Entre los obstáculos preventivos, la abstención del matrimonio que no es seguida de la satisfacción irregular puede denominarse adecuadamente como abstinencia moral.

La promiscuidad en el intercambio sexual, las pasiones antinaturales, las violaciones del lecho matrimonial y los medios indebidos para ocultar las consecuencias de las uniones irregulares son obstáculos preventivos que caen dentro de la denominación de vicios.

De los obstáculos positivos, los que parecen ser consecuencia inevitable de las leyes naturales pueden caer bajo la denominación de miseria y los que es evidente que nos acarreamos nosotros mismos, tales como las guerras, los excesos, y otros que no está en nuestras manos evitar, son de naturaleza mixta. Todos estos resultan de los vicios, y su consecuencia es la miseria.<sup>2</sup>

La suma de todos estos obstáculos preventivos y positivos, tomada en su conjunto, constituye el freno inmediato a la población; y es evidente que, en todo país en que no puede actuar plenamente la potencia procreadora, los frenos preventivos y los positivos tienen que variar en razón inversa los unos de los otros; esto es, en los países de por sí insanos, o en que la mortalidad es elevada, cualquiera que

<sup>1</sup> Se observará que empleo la palabra *moral* en su sentido más estricto. Por abstinencia moral quiero que se entienda la abstención del matrimonio por motivos de prudencia, manteniendo una conducta estrictamente moral durante el período de la abstención, y nunca he tenido la intención de desviarme de este sentido. Cuando he querido referirme a la abstención del matrimonio sin tener en cuenta sus consecuencias, la he designado como restricción prudencial o como parte de los obstáculos preventivos, de los cuales constituye en realidad la rama principal.

En mi examen de las diferentes etapas de la sociedad, se me ha acusado de no conceder suficiente importancia a la abstención moral en lo que respecta a la prevención del aumento de la población; pero cuando se advierte el sentido limitado del término, según lo acabo de explicar, creo que no se pensará que he errado mucho a este respecto.

<sup>2</sup> Puesto que la consecuencia natural del vicio son las miserias, y puesto que esta consecuencia es precisamente la razón por la cual un acto se considera como vicioso, puede aparecer que la palabra miseria, sería suficiente, y que es superfluo emplear ambas. Pero si rechazamos la palabra vicio introduciremos una confusión considerable en nuestras ideas y en la manera de expresarlas. Queremos que nuestro lenguaje sirva muy particularmente para distinguir esos actos, cuya tendencia general es producir la desventura, y que han sido por ello prohibidos por los mandamientos del Creador y los preceptos de los moralistas, si bien, en sus efectos inmediatos o individuales tal vez parezcan opuestos. La satisfacción de todas nuestras pasiones tiene como efectos inmediatos la felicidad, no la miseria y, en casos individuales, es posible que caigan bajo esta misma denominación, incluso las consecuencias remotas (al menos en esta vida). Es posible que hayan existido relaciones irregulares que hayan hecho felices tanto al hombre como a la mujer, y que no hayan perjudicado a ninguno de ambos. Estos actos individuales, no pueden considerarse como productores de miseria; pero, es evidente que son viciosos, ya que un acto se denomina así cuando viola un precepto expreso, porque tiende generalmente a producir la miseria, cualesquiera que sean sus efectos individuales y nadie puede dudar de que la tendencia general del intercambio ilícito entre los sexos es perjudicial a la felicidad de la sociedad.

sea la causa, la actuación del freno preventivo será casi nula. Por lo contrario, en aquellos países que son de por sí sanos, y en los cuales se ve que el freno preventivo actúa con fuerza considerable, el freno positivo actuará poco, y la mortalidad será baja.

En todos los países actúan constantemente, con mayor o menor intensidad, algunos de esos frenos; no obstante, a pesar de su general actuación, hay pocas naciones en las que no exista un esfuerzo constante de la población para aumentar más allá de lo que permiten los medios de subsistencia. Con igual constancia tiende este esfuerzo a hundir en la miseria a las clases más bajas de la sociedad, y a impedir cualquier mejoramiento permanente de su situación.

En el estado actual de la sociedad esos efectos parecen producirse de la manera siguiente. Vamos a suponer que en cualquier país los medios de subsistencia bastan exactamente para sostener con holgura a sus habitantes. El esfuerzo constante de la población para aumentar, que se ve manifestado hasta en las sociedades más imperfectas, hace que aumente el número de habitantes antes que aumenten las subsistencias. Por consiguiente, los alimentos que antes sostenían a once millones de personas, tienen que dividirse ahora entre once y medio millones. Así, los pobres tienen que vivir peor, y muchos de ellos soportarán severos sufrimientos. Siendo también el número de trabajadores superior al trabajo por realizar, los jornales tenderán a bajar, mientras que al mismo tiempo el precio de las provisiones tenderá a subir. El trabajador tendrá, por consiguiente, que trabajar más para ganar lo mismo. Durante estas épocas de miseria, son tan grandes los obstáculos para el matrimonio y las dificultades para sostener una familia, que se detiene el crecimiento de la población. Entretanto, la baratura de la mano de obra, la abundancia de trabajadores disponibles y la necesidad entre éstos de desplegar mayor actividad, estimulan a los agricultores a emplear más mano de obra, a roturar nuevos terrenos y a estercolar y mejorar los que ya están en cultivo, hasta que en último término los medios de subsistencia puedan hallarse en igual proporción con respecto a la población que en el período inicial. Cuando ya es de nuevo tolerable la situación del trabajador, disminuyen las restricciones impuestas a la procreación, y, luego de un corto período, se repiten los mismos movimientos retrógrados y progresivos en lo que respecta al bienestar de los habitantes.

Es probable que esta especie de oscilación no aparezca como evidente al primer golpe de vista y puede resultar difícil, aun para el observador más atento, calcular la duración de esos períodos. Ninguna persona reflexiva que examine a fondo el asunto puede dudar que en la generalidad de los países viejos existe alguna alteración por



el estilo de la que he descrito, si bien en forma menos acusada y mucho más irregular.

Una de las principales razones por las que esta oscilación ha sido menos advertida, y menos confirmada por la experiencia que lo que era de esperar, es que las historias de la humanidad que poseemos sólo se ocupan, en general, de las clases más altas de la sociedad. No poseemos muchas informaciones que puedan considerarse seguras acerca de las costumbres de esa parte de la humanidad en la cual tienen lugar principalmente aquellos movimientos de avance y de retroceso. Una historia de esta clase, de un pueblo y de un período, exigiría la atención minuciosa y constante de muchos observadores que estudiaran el estado de las clases más bajas de la sociedad, y las causas que influyeran sobre el mismo; y para obtener deducciones exactas acerca de este asunto, sería necesario un gran número de historiadores que se sucedieran durante algunos siglos. En estos últimos años, esta rama del conocimiento estadístico ha recibido atención en algunos países y del progreso de esas investigaciones podemos esperar un conocimiento más profundo acerca de la estructura interna de la sociedad humana; pero puede decirse que la ciencia está aún en su infancia, y que, por tanto, se han omitido o no se han expuesto con suficiente precisión muchos de los asuntos sobre los que sería conveniente tener información. Entre éstos podemos, quizá, hacer figurar la proporción entre el número de adultos y el de matrimonios; la extensión que han alcanzado los vicios como consecuencia de los obstáculos puestos al matrimonio; la comparación de la mortalidad entre los niños de la parte más miserable de la comunidad y de los que viven en mejores condiciones; las variaciones del precio efectivo del trabajo; las diferencias observables en el estado de las clases más bajas, en lo que respecta a su bienestar, en diferentes épocas durante un período determinado; registros muy exactos de los nacimientos, defunciones y matrimonios, todo lo cual es de la mayor importancia para el asunto que nos ocupa.

Una historia fiel, que comprendiera todos esos extremos, tendería sobremanera a dilucidar la forma en que actúa el freno constante al aumento de la población, y es probable que demostrara la existencia de los movimientos de avance y de retroceso que hemos mencionado, si bien la amplitud de su oscilación tiene que ser irregular debido a la actuación de muchas causas interruptoras, tales como la introducción o el fracaso de ciertas manufacturas, el mayor o menor grado de iniciativa en las empresas agrícolas, los años de abundancia o de escasez, las guerras, las epidemias, las leyes de beneficencia, las emigraciones y otras causas de naturaleza análoga.

Una circunstancia que ha contribuido, quizá más que ninguna otra, a ocultar esta oscilación es la diferencia entre el precio nominal y el precio real del trabajo. Muy pocas veces sucede que el precio nominal de la mano de obra baje universalmente; pero todos sabemos que muy a menudo continúa siendo el mismo mientras que se eleva poco a poco el precio nominal de las provisiones. En realidad esto sucederá, por lo general, en el caso de que el aumento de las manufacturas y del comercio sea suficiente para dar empleo a los nuevos trabajadores que aparecen en el mercado, y para impedir que el aumento de la oferta produzca la rebaja de los precios.<sup>3</sup> Pero un aumento en el número de trabajadores que recibieran los mismos salarios en dinero tiene por necesidad que aumentar el precio en dinero del trigo, a causa de la mayor demanda. Esto equivale en realidad a una baja en el precio del trabajo y, durante ella, la situación de las clases más bajas de la comunidad tiene que ir empeorando; pero los agricultores y los capitalistas se enriquecen a causa de la baratura real de la mano de obra. El aumento de sus capitales les permite emplear mayor número de hombres, y, como probablemente la población frena su crecimiento a causa de la mayor dificultad para sostener una familia, la demanda de mano de obra, después de un período determinado, sería mayor que la oferta, y es obvio que los jornales subirían si se le dejara alcanzar su nivel natural; de esta manera, los salarios de los trabajadores, y en consecuencia la situación de las clases más bajas de la sociedad, podrían tener movimientos de avance y de retroceso, aun cuando el precio de la mano de obra no hubiera bajado nominalmente.

En la vida salvaje, en la que no existe un precio normal para el trabajo, no puede dudarse que han ocurrido oscilaciones análogas. Cuando la población ha aumentado casi hasta los límites más extremos que permiten las subsistencias, es natural que todos los obstáculos preventivos y positivos actúen con mayor fuerza. Se generalizarán las costumbres viciosas en lo que respecta al intercambio sexual, será más frecuente el abandono de los hijos, y serán asimismo mayores las probabilidades de que ocurran guerras y epidemias con su séquito correspondiente de defunciones; y es probable que esas causas sigan actuando hasta que la población descienda por debajo del nivel de las subsistencias; entonces, el retorno a la relativa abundancia

<sup>3</sup> Si los nuevos trabajadores que se lanzaran cada año al mercado no encontraran otro trabajo que la agricultura, la concurrencia podría hacer bajar tanto los jornales que el crecimiento de la población no se traduciría en una demanda de trigo; o, en otros términos, si los terratenientes y los arrendatarios no pudieran obtener otra cosa que una cantidad adicional de mano de obra agrícola a cambio de cualquier aumento en los productos que pudieran cultivar, tal vez no se sintieran tentados a acrecentar su producción.



producirá de nuevo un aumento, y, después de cierto período, se detendrá de nuevo el progreso por las mismas causas.

Sin que intentemos establecer estos movimientos de avance y de retroceso en los distintos países —lo que exigiría materiales históricos mucho más minuciosos que los que poseemos—, y que el progreso de la civilización tiende naturalmente a contrarrestar, intentaremos demostrar las siguientes proposiciones:

1) La población está necesariamente limitada por los medios de subsistencia.

2) Allí donde aumentan los medios de subsistencia, aumenta la población invariablemente, a menos que se lo impidan obstáculos poderosos y evidentes.

3) Estos obstáculos y los que reprimen la capacidad superior de aumento de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia, pueden todos resumirse en la abstención moral, los vicios y la miseria.

La primera de estas proposiciones apenas si necesita ilustrarse. La segunda y la tercera quedarán suficientemente establecidas mediante el examen de los obstáculos inmediatos al aumento de la población en el pasado y presente de la sociedad.

Este examen será el asunto que nos ocupará en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO V

### *De las leyes de beneficencia*

**PARA REMEDIAR** las frecuentes angustias del pobre, se han instituido leyes que obligan a socorrerlo; a este respecto, Inglaterra se ha distinguido de manera especial estableciendo un sistema general de socorros de esta clase; pero es de temer que, si bien es posible que haya aliviado algo la intensidad del infortunio de algunos, haya extendido el mal sobre una superficie mucho mayor.

Es éste asunto sobre el cual se habla a menudo, mencionándose siempre con sorpresa que a pesar de la enorme suma que se recauda cada año para la beneficencia en este país, exista siempre tanta miseria entre los pobres. Algunos creen que deben existir desfalcos del dinero para dedicarlo a usos privados; otros, que los mayordomos y vigilantes de las parroquias consumen la mayor parte de él en festines. Todos están de acuerdo en que, sea como sea, debe ser muy defectuosa la forma de administrar ese dinero. En resumen, el hecho de que incluso antes de la última época de escasez se recaudasen cada año 3 millones de libras para los pobres, y que, no obstante, no se hiciera desaparecer su miseria, es algo que asombra a la mayoría de las personas; pero al que mira un poco por debajo de la superficie de las cosas le asombraría mucho más el que los hechos fueran distintos de lo observado; y también si una recaudación universal de 18 chelines por cada libra, en lugar de cuatro, alterara materialmente esos hechos.

Supongamos que mediante una suscripción de los ricos los 18 peniques o los dos chelines que gana hoy un hombre se convirtieran en cinco chelines; tal vez se crea que entonces podrían vivir con comodidades y comer carne todos los días; pero, en realidad, ésta sería una conclusión falsa. La transferencia de tres chelines adicionales por día al bolsillo de cada trabajador no aumentaría la cantidad de carne existente en el país. No basta la que hay al presente para que todos puedan comer diariamente una cantidad moderada de ella. ¿Cuál sería, pues, la consecuencia? La competencia entre los compradores de carne en el mercado haría que subiera con rapidez el precio de ella desde ocho o nueve peniques la libra hasta dos o tres chelines, y ese artículo de consumo no se repartiría entre un número mucho mayor de personas que en la actualidad. Cuando escasea un artículo y no puede distribuirse a todos, el que entra en posesión del



producirá de nuevo un aumento, y, después de cierto período, se detendrá de nuevo el progreso por las mismas causas.

Sin que intentemos establecer estos movimientos de avance y de retroceso en los distintos países —lo que exigiría materiales históricos mucho más minuciosos que los que poseemos—, y que el progreso de la civilización tiende naturalmente a contrarrestar, intentaremos demostrar las siguientes proposiciones:

1) La población está necesariamente limitada por los medios de subsistencia.

2) Allí donde aumentan los medios de subsistencia, aumenta la población invariablemente, a menos que se lo impidan obstáculos poderosos y evidentes.

3) Estos obstáculos y los que reprimen la capacidad superior de aumento de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia, pueden todos resumirse en la abstención moral, los vicios y la miseria.

La primera de estas proposiciones apenas si necesita ilustrarse. La segunda y la tercera quedarán suficientemente establecidas mediante el examen de los obstáculos inmediatos al aumento de la población en el pasado y presente de la sociedad.

Este examen será el asunto que nos ocupará en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO V

### *De las leyes de beneficencia*

**PARA REMEDIAR** las frecuentes angustias del pobre, se han instituido leyes que obligan a socorrerlo; a este respecto, Inglaterra se ha distinguido de manera especial estableciendo un sistema general de socorros de esta clase; pero es de temer que, si bien es posible que haya aliviado algo la intensidad del infortunio de algunos, haya extendido el mal sobre una superficie mucho mayor.

Es éste asunto sobre el cual se habla a menudo, mencionándose siempre con sorpresa que a pesar de la enorme suma que se recauda cada año para la beneficencia en este país, exista siempre tanta miseria entre los pobres. Algunos creen que deben existir desfalcos del dinero para dedicarlo a usos privados; otros, que los mayordomos y vigilantes de las parroquias consumen la mayor parte de él en festines. Todos están de acuerdo en que, sea como sea, debe ser muy defectuosa la forma de administrar ese dinero. En resumen, el hecho de que incluso antes de la última época de escasez se recaudasen cada año 3 millones de libras para los pobres, y que, no obstante, no se hiciera desaparecer su miseria, es algo que asombra a la mayoría de las personas; pero al que mira un poco por debajo de la superficie de las cosas le asombraría mucho más el que los hechos fueran distintos de lo observado; y también si una recaudación universal de 18 chelines por cada libra, en lugar de cuatro, alterara materialmente esos hechos.

Supongamos que mediante una suscripción de los ricos los 18 peniques o los dos chelines que gana hoy un hombre se convirtieran en cinco chelines; tal vez se crea que entonces podrían vivir con comodidades y comer carne todos los días; pero, en realidad, ésta sería una conclusión falsa. La transferencia de tres chelines adicionales por día al bolsillo de cada trabajador no aumentaría la cantidad de carne existente en el país. No basta la que hay al presente para que todos puedan comer diariamente una cantidad moderada de ella. ¿Cuál sería, pues, la consecuencia? La competencia entre los compradores de carne en el mercado haría que subiera con rapidez el precio de ella desde ocho o nueve peniques la libra hasta dos o tres chelines, y ese artículo de consumo no se repartiría entre un número mucho mayor de personas que en la actualidad. Cuando escasea un artículo y no puede distribuirse a todos, el que entra en posesión del



mismo es el que puede mostrar la patente más válida, esto es, el que puede ofrecer más dinero. Si suponemos que la competencia entre los compradores de carne continúe el tiempo necesario para que se críe cada año más ganado hasta que llegue éste a ser suficiente para satisfacer toda la demanda de carne, esto sólo podría hacerse a expensas del trigo, lo que equivaldría a un cambio muy perjudicial, pues es bien sabido que el país no podría entonces sostener la misma población; cuando las subsistencias son escasas en proporción al número de habitantes, importa bien poco el que los miembros más pobres de la sociedad posean dos chelines o cinco. En cualquier caso, tienen que reducirse a comer los alimentos más ordinarios, y en la menor cantidad.

Tal vez se diga que el mayor número de compradores para cada artículo sería un acicate para la actividad productiva, y que se aumentaría considerablemente la producción total de la isla; pero hay que tomar en cuenta que esas riquezas imaginarias serían un acicate aún mayor para un aumento de la población, que contrapesaría con creces el de las subsistencias, y la producción aumentada tendría que dividirse entre un número de personas que habría aumentado en mayor proporción que los alimentos.

La recaudación de 18 chelines por cada libra de renta de los ricos, hasta en el caso de que se distribuyera de la manera más prudential, tendría un efecto análogo al que resulta de la suposición que acabo de hacer; ningún sacrificio de los ricos, por grande que fuera, sobre todo si era de dinero, podría impedir durante mucho tiempo la reaparición de la miseria entre los miembros más desvalidos de la sociedad. Es posible que los ricos se empobrecieran, y que algunos pobres se hicieran ricos; pero en tanto continúe la proporción actual entre la población y los alimentos, una parte de la sociedad tiene necesariamente que tropezar con dificultades para sostener una familia, y éstas recaerán, como es natural, en los miembros menos afortunados.

Quizá a primera vista parezca extraño, pero creo que es cierto, que no se puede elevar la situación de un pobre por medio de dinero, y permitirle que viva mejor que antes, sin empeorar en la misma proporción la situación de algunos otros miembros de su misma clase. Si yo disminuyo la cantidad de alimentos consumidos en mi casa, y se la doy a ese pobre, entonces le beneficio sin perjudicar a nadie si no es a mí mismo y a mi familia, lo que tal vez podríamos soportar. Si roturo un pedazo de tierra inculta, y se la doy para que la cultive, entonces beneficio a la vez a él y a todos los miembros de la sociedad, porque lo que antes consumía ese pobre va a parar al fondo común, y es probable que vaya también una parte de los nuevos

alimentos que él produce; pero si sólo le doy dinero, suponiendo que la producción del país continúe siendo la misma, lo que hago es darle derecho a una parte mayor de la producción que la que disfrutaba antes, parte que no puede recibir sin disminuir las que corresponden a los demás. Es evidente que en los casos aislados este efecto tiene que ser tan pequeño que resulte totalmente imperceptible; pero, no obstante, tiene que existir, como sucede con otras muchas cosas, y que, como algunos de los insectos que pueblan el aire, eluden nuestra burda percepción.

Suponiendo que la cantidad de alimentos en un país cualquiera continúe siendo la misma durante muchos años, es evidente que estos alimentos tienen que dividirse de acuerdo con la suma de dinero que cada uno puede permitirse gastar para comer. Por consiguiente, está claro que no sería posible aumentar la cantidad de dinero que un grupo de hombres podría dedicar a estos fines sin disminuir la que otro grupo de personas podría dedicar a los mismos menesteres. Si los ricos suscribieran la cantidad de dinero necesaria para dar cinco chelines diarios a 500 mil hombres, sin reducir su propio consumo diario de alimentos, no cabe duda que, como esos hombres vivirían con más desahogo y consumirían una mayor cantidad de provisiones, quedarían menos alimentos para dividir entre los restantes y, por consecuencia, la cantidad de dinero de que dispusiera cada uno disminuiría de valor, o lo que es lo mismo, igual número de monedas de plata comprarían una cantidad menor de subsistencias, y subiría en todas partes el precio de las provisiones.

Esos razonamientos de carácter general se han confirmado en forma muy notable durante las últimas escaseces.<sup>1</sup> La suposición que he hecho de recaudar de los ricos 18 chelines por cada libra casi ha llegado a realizarse, y el efecto ha sido el que podría esperarse. Si esa misma distribución se hubiera hecho cuando no existía escasez, hubiera sido consecuencia inevitable un considerable aumento en el precio de las provisiones; pero habiéndose hecho después de un período de escasez, sus efectos tienen que haber sido doblemente intensos. Creo que nadie dudará de que, si diéramos tres chelines adicionales por día a cada uno de los trabajadores que existen en el reino, como he supuesto antes, con objeto de que pudiera comer carne todos los días, subiría el precio de ésta con una rapidez sin ejemplo; pero, es seguro que si la cantidad de cereales es insuficiente, y es, por tanto, imposible que cada uno tenga su parte usual, si continuamos todavía suministrando a cada persona los medios para que pueda comprar la misma cantidad que antes, el efecto tiene que ser por todos conceptos análogo.



Confieso que me parece muy extraño que después de haberse publicado y de haber circulado con tal profusión una obra como la de Adam Smith, haya tantas personas, con aspiraciones a que se les tenga por economistas políticos, que crean todavía que está en mano de los alcaldes o incluso de la omnipotencia del parlamento alterar por un *fiat* el conjunto de las circunstancias del país y que cuando la demanda de provisiones es mayor que la oferta, bastará publicar un edicto especial, para hacer en seguida que la oferta sea igual o mayor que la demanda. Muchas personas que no admitirían la propuesta de un precio máximo de los alimentos, propondrían que el precio de la mano de obra estuviera en proporción con el de las provisiones, y no parecen darse cuenta de que ambas proposiciones son de naturaleza casi idéntica, y que tanto una como otra tienden directamente a producir el hambre. Poco importa que permitamos al trabajador comprar la misma cantidad de provisiones que antes, fijando el precio máximo de éstas, o elevando en proporción el precio del trabajo. La única ventaja de esta última solución es que la subida del precio de las provisiones, que es una consecuencia necesaria de aquélla, estimula la importación; pero dejando a un lado ésta, que, por otra parte podría sufrir impedimentos tales como la guerra u otras circunstancias, el alza general de los salarios en proporción al precio de las provisiones, unido a los subsidios adecuados de las parroquias a aquellos que quedaran sin trabajo, haría que, impidiendo toda clase de ahorro en el consumo, se terminara la totalidad de la cosecha en nueve meses en lugar de doce, provocando así el hambre. Al mismo tiempo no debemos olvidar que tanto el humanitarismo como las necesidades de una sana política exigen imperiosamente que se dé a los pobres en esas ocasiones toda la ayuda que la naturaleza del caso permita. Si las provisiones hubieran de continuar al precio de las épocas de escasez, los salarios tendrían que subir por necesidad, o de lo contrario las enfermedades y el hambre harían que disminuyera con rapidez el número de trabajadores y siendo entonces la oferta de trabajo inferior a la demanda, el precio de éste subiría pronto en mayor proporción aún que el precio de las provisiones; pero incluso uno o dos años de escasez podrían producir un efecto de esta naturaleza, si se abandonara por completo a los pobres, y en consecuencia tenemos interés, al mismo tiempo que es nuestro deber, en ayudarles en esas épocas de miseria. En ocasiones tales es cuando debe recurrirse a todos los substitutos baratos del pan y a todas las formas de economizar alimentos. Ni debemos tampoco estar dispuestos a quejarnos de ese alto precio del trigo, que estimulando la importación hace que aumente la oferta.

Como cuando se hace más conspicua la ineficacia de las leyes de beneficencia, y de las tentativas de subir a la fuerza el precio del trabajo, es en una época de escasez, he creído conveniente examinar estas cuestiones desde este punto de vista, y como esas causas del alza de los precios se vieron aún reforzadas durante la última escasez por el aumento de la circulación monetaria, confío en que estas ligeras observaciones que he hecho sobre el asunto se considerarán como una digresión tolerable.

---

## CAPÍTULO VI

### *De las leyes de beneficencia — Continuación*

---

INDEPENDIENTEMENTE de cualquiera consideración referente a un año de cosechas deficientes, es evidente que un aumento de la población que no vaya acompañado de un aumento proporcional en los alimentos tiene que rebajar el valor de las ganancias de cada individuo. Los alimentos tienen que distribuirse, por necesidad, en porciones más pequeñas y, por consiguiente, con un día de trabajo se comprará una cantidad menor de provisiones. Un aumento en el precio de éstas puede provenir ya sea de que la población aumente con mayor rapidez que los medios de subsistencia, ya de una distribución diferente del dinero en la sociedad. Los alimentos de que dispone un país de antiguo habitado, si es que aumentan, lo hacen con regularidad y lentitud y no puede hacerse que su producción responda a cambios bruscos en la demanda; pero las variaciones en la distribución del dinero en la sociedad suelen ser frecuentes, y es indudable que ésta es una de las causas de continuas variaciones en los precios de las provisiones.

Las leyes de beneficencia de Inglaterra tienden a empeorar la situación general de los pobres de dos maneras. En primer lugar porque tienden, evidentemente, a hacer que aumente la población sin que aumente la producción de alimentos para sostenerla. Un pobre puede casarse aún cuando no cuente con probabilidades de poder sostener una familia sin la ayuda de la parroquia. Puede, pues, decirse de éstas que crean los pobres que mantienen; como, en consecuencia, las provisiones del país tienen que repartirse entre una población aumentada, correspondiendo a cada persona una cantidad más pequeña, es evidente que el trabajo de los que no se sostienen con el auxilio de la parroquia sólo bastará para comprar una cantidad me-



Confieso que me parece muy extraño que después de haberse publicado y de haber circulado con tal profusión una obra como la de Adam Smith, haya tantas personas, con aspiraciones a que se les tenga por economistas políticos, que crean todavía que está en mano de los alcaldes o incluso de la omnipotencia del parlamento alterar por un *fiat* el conjunto de las circunstancias del país y que cuando la demanda de provisiones es mayor que la oferta, bastará publicar un edicto especial, para hacer en seguida que la oferta sea igual o mayor que la demanda. Muchas personas que no admitirían la propuesta de un precio máximo de los alimentos, propondrían que el precio de la mano de obra estuviera en proporción con el de las provisiones, y no parecen darse cuenta de que ambas proposiciones son de naturaleza casi idéntica, y que tanto una como otra tienden directamente a producir el hambre. Poco importa que permitamos al trabajador comprar la misma cantidad de provisiones que antes, fijando el precio máximo de éstas, o elevando en proporción el precio del trabajo. La única ventaja de esta última solución es que la subida del precio de las provisiones, que es una consecuencia necesaria de aquélla, estimula la importación; pero dejando a un lado ésta, que, por otra parte podría sufrir impedimentos tales como la guerra u otras circunstancias, el alza general de los salarios en proporción al precio de las provisiones, unido a los subsidios adecuados de las parroquias a aquellos que quedaran sin trabajo, haría que, impidiendo toda clase de ahorro en el consumo, se terminara la totalidad de la cosecha en nueve meses en lugar de doce, provocando así el hambre. Al mismo tiempo no debemos olvidar que tanto el humanitarismo como las necesidades de una sana política exigen imperiosamente que se dé a los pobres en esas ocasiones toda la ayuda que la naturaleza del caso permita. Si las provisiones hubieran de continuar al precio de las épocas de escasez, los salarios tendrían que subir por necesidad, o de lo contrario las enfermedades y el hambre harían que disminuyera con rapidez el número de trabajadores y siendo entonces la oferta de trabajo inferior a la demanda, el precio de éste subiría pronto en mayor proporción aún que el precio de las provisiones; pero incluso uno o dos años de escasez podrían producir un efecto de esta naturaleza, si se abandonara por completo a los pobres, y en consecuencia tenemos interés, al mismo tiempo que es nuestro deber, en ayudarles en esas épocas de miseria. En ocasiones tales es cuando debe recurrirse a todos los substitutos baratos del pan y a todas las formas de economizar alimentos. Ni debemos tampoco estar dispuestos a quejarnos de ese alto precio del trigo, que estimulando la importación hace que aumente la oferta.

Como cuando se hace más conspicua la ineficacia de las leyes de beneficencia, y de las tentativas de subir a la fuerza el precio del trabajo, es en una época de escasez, he creído conveniente examinar estas cuestiones desde este punto de vista, y como esas causas del alza de los precios se vieron aún reforzadas durante la última escasez por el aumento de la circulación monetaria, confío en que estas ligeras observaciones que he hecho sobre el asunto se considerarán como una digresión tolerable.

---

## CAPÍTULO VI

### *De las leyes de beneficencia — Continuación*

---

INDEPENDIENTEMENTE de cualquiera consideración referente a un año de cosechas deficientes, es evidente que un aumento de la población que no vaya acompañado de un aumento proporcional en los alimentos tiene que rebajar el valor de las ganancias de cada individuo. Los alimentos tienen que distribuirse, por necesidad, en porciones más pequeñas y, por consiguiente, con un día de trabajo se comprará una cantidad menor de provisiones. Un aumento en el precio de éstas puede provenir ya sea de que la población aumente con mayor rapidez que los medios de subsistencia, ya de una distribución diferente del dinero en la sociedad. Los alimentos de que dispone un país de antiguo habitado, si es que aumentan, lo hacen con regularidad y lentitud y no puede hacerse que su producción responda a cambios bruscos en la demanda; pero las variaciones en la distribución del dinero en la sociedad suelen ser frecuentes, y es indudable que ésta es una de las causas de continuas variaciones en los precios de las provisiones.

Las leyes de beneficencia de Inglaterra tienden a empeorar la situación general de los pobres de dos maneras. En primer lugar porque tienden, evidentemente, a hacer que aumente la población sin que aumente la producción de alimentos para sostenerla. Un pobre puede casarse aún cuando no cuente con probabilidades de poder sostener una familia sin la ayuda de la parroquia. Puede, pues, decirse de éstas que crean los pobres que mantienen; como, en consecuencia, las provisiones del país tienen que repartirse entre una población aumentada, correspondiendo a cada persona una cantidad más pequeña, es evidente que el trabajo de los que no se sostienen con el auxilio de la parroquia sólo bastará para comprar una cantidad me-



nor de provisiones que antes, y por tanto, serán más numerosos los que se vean obligados a solicitar el socorro de aquella.

En segundo lugar, la cantidad de provisiones consumidas en los asilos, para alimentar a una parte de la sociedad que, en general, no puede considerarse como la más valiosa, disminuye la parte que de otro modo correspondería a los habitantes más industriosos y más útiles, y así, de la misma manera que anteriormente, obliga a un mayor número de ellos a depender de la parroquia. Si los pobres que están en los asilos pudieran vivir en mejores condiciones de las que disfrutan hoy, esta nueva distribución del dinero de la sociedad tendería, en forma aún más acentuada, a empeorar la situación de los que están fuera de ellos, al ocasionar un aumento en el precio de las provisiones.

Por fortuna para Inglaterra, queda aún entre los campesinos un fuerte espíritu de independencia. Las leyes de beneficencia parecen calculadas para desarraigar este espíritu. En parte lo han conseguido; pero, si lo hubieran logrado en forma tan completa como podía esperarse, no hubieran estado tanto tiempo ocultos sus perniciosos efectos.

Por duro que parezca en determinadas circunstancias individuales, la pobreza que acude al auxilio de los demás para sostenerse debiera considerarse vergonzosa. El estímulo de bastarse a sí mismo parece ser absolutamente necesario para fomentar la felicidad de la gran masa de la humanidad y toda tentativa de carácter general que se haga para debilitar este estímulo, por muy benévolas que sean sus intenciones, frustrará siempre sus propios fines. Si se incita a los hombres a casarse contando tan solo con la perspectiva del socorro de la parroquia, no sólo se les tienta injustamente para que atraigan sobre ellos mismos y sobre sus hijos la infelicidad y la sujeción a otros, sino que se les tienta también, sin que ellos se den cuenta, a que perjudiquen a todos los que pertenecen a su misma clase.

Las leyes de beneficencia de Inglaterra parecen haber contribuido a elevar el precio de las provisiones y a rebajar el valor efectivo del trabajo. Han contribuido, por consiguiente, a empobrecer a aquella clase de personas que no tienen más que su trabajo. Resulta, asimismo, difícil suponer que no han contribuido poderosamente a engendrar ese descuido y esa falta de frugalidad que pueden observarse en los pobres, tan contrarios a la disposición que suele observarse entre los pequeños comerciantes y cultivadores del país. Usando una expresión popular, podríamos decir que el obrero pobre parece vivir siempre al día, llevando a la boca con una mano lo que recibe con la otra. Sus necesidades y deseos actuales llenan toda su atención y pocas veces piensan en el porvenir. Hasta en aquellos casos en que se les presenta una oportunidad de ahorrar algún di-

nero, contadas veces lo hacen, sino que todo lo que ganan por encima de sus necesidades actuales, va, hablando en términos generales, a la taberna. Puede, pues, decirse que las leyes de beneficencia han hecho que disminuya tanto la posibilidad de ahorrar como la inclinación a hacerlo entre el pueblo, y han debilitado así uno de los incentivos más poderosos para la sobriedad y la actividad, y, por consiguiente, para la felicidad.

Es una queja general entre los dueños de manufacturas que los altos jornales estropean a todos sus obreros; pero es difícil imaginar que esos hombres no habrían de ahorrar una parte de sus altos salarios para el sostenimiento de sus familias en el futuro, en lugar de gastarlo en borracheras y otros vicios, si no confiaran en el socorro parroquial en caso de accidentes, y que los pobres que trabajan en las manufacturas consideran este socorro como una razón para que puedan gastar todo lo que ganan, y gozar mientras puedan, resulta evidente por el número de familias que al quebrar alguna gran fábrica solicitan inmediatamente el auxilio de la parroquia; cuando tal vez los salarios ganados en esta fábrica mientras tuvo una marcha próspera fueron lo bastante más altos que los de los trabajadores ordinarios del campo para haberles permitido ahorrar lo suficiente para sostenerse mientras podían encontrar algún otro trabajo.

Un hombre al que no impedirá ir a la taberna el pensar que en el caso de que él muera o enferme, su familia quedaría atendida al socorro de la parroquia, dudaría quizás en disipar sus ganancias en esa forma si estuviera seguro de que en cualquiera de los dos casos su familia tendría que morir de hambre o quedar a merced de la caridad eventual.

No puede sino disminuirse la cantidad de felicidad colectiva entre la masa del pueblo cuando se suprime de esta manera uno de los obstáculos más fuertes puestos a la holganza y al libertinaje; las instituciones oficiales, que generalizan la pobreza que depende de los demás para sostenerse, hacen que se debilite aquella vergüenza que por muy buenas y humanas razones debiera ir unida a esa condición.

Sin duda que las leyes de beneficencia inglesa se instituyeron con los mejores propósitos; pero es evidente que no han conseguido alcanzarlos. Ciertamente que remedian algunos casos angustiosos que de otra manera hubieran ocurrido, si bien la situación de los pobres que sostienen las parroquias, si se consideran todas las circunstancias que acompañan a este auxilio, es desgraciada; pero una de las principales objeciones que se hacen al sistema es que por efecto del socorro que reciben algunos pobres, que por sí es sin duda alguna una bendición, el resto de la población del país se halla sometida



a una serie de leyes irritantes, molestas y tiránicas, totalmente en desacuerdo con el espíritu de la Constitución. Toda la cuestión de los asentamientos aún después de haber introducido modificaciones, es contraria a las ideas de libertad. La persecución que llevan a cabo las parroquias, de aquellos hombres cuyas familias pueden quedar a cargo de las mismas, y de las mujeres pobres que están a punto de dar a luz, constituye una tiranía vergonzosa y repugnante, y las dificultades que esas leyes crean continuamente en el mercado del trabajo tienen una tendencia constante a aumentar los inconvenientes con que tropiezan los que luchan por sostenerse sin ayuda ajena.

Los males que acompañan a las leyes de beneficencia parecen no tener remedio. Si se han de conceder auxilios a una clase determinada de personas, alguien debería tener la autoridad necesaria para discernir quiénes son los que tienen derecho a recibirlos y para manejar los fondos de la institución; pero cualquier interferencia un poco importante en los asuntos de los demás es una especie de tiranía, y en el curso ordinario de los acontecimientos puede esperarse que el ejercicio de esa autoridad se haga irritante para aquellos que se ven precisados a solicitar el auxilio. Los pobres suelen quejarse de la tiranía de los mayordomos y los vigilantes de las parroquias; pero la culpa es, no tanto de estas personas, que es probable que antes que ocuparan esos puestos no fueran peores que los demás, sino de la naturaleza misma de las instituciones.

Estoy persuadido de que si no hubieran existido nunca en este país las leyes de beneficencia, aunque es posible que hubiera habido unos cuantos casos más de aguda miseria, la suma de felicidad entre la masa del pueblo hubiera sido mucho mayor de lo que es al presente.

El efecto inevitable de todos los sistemas de esta clase es el de tender a empeorar la situación de los que no reciben el socorro de las parroquias y a crear más pobres. En realidad, si examinamos algunas de nuestras leyes sólo en aquello en que se relacionan con el principio de la población, veremos que se proponen algo que es en absoluto imposible y no podemos sorprendernos, por consiguiente, que dejen siempre de alcanzar el fin que se proponen.

### CAPÍTULO XIII

#### *Efectos que produce el aumento de la riqueza sobre la situación de la clase pobre*

LA FINALIDAD manifiesta de la *Inquiry* de Adam Smith es su investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. Existe otra, sin embargo, todavía más interesante, que Adam Smith mezcla con ella alguna que otra vez: las causas que afectan a la felicidad y el bienestar de las clases más bajas de la sociedad, que en todas las naciones forman la clase más numerosa. No cabe duda que ambas cuestiones se relacionan íntimamente, pero la naturaleza y la extensión de esta relación, y la manera según la cual el aumento de la riqueza influye en la situación del pobre, no se han expuesto con la suficiente exactitud y precisión.

En su capítulo sobre los salarios, Adam Smith considera todo aumento en el capital o en las rentas de la sociedad como un aumento en los fondos destinados al sostenimiento del trabajo, y habiendo sentado antes la proposición de que la demanda de aquellos que viven de un salario puede sólo aumentar en proporción al aumento de los fondos destinados al pago de salarios, se sigue naturalmente la conclusión de que todo aumento de riqueza tiende a aumentar la demanda de trabajo, y a mejorar la situación de las clases más bajas de la sociedad.

No obstante, estudiando el asunto más de cerca se verá que los fondos para el mantenimiento del trabajo no aumentan por necesidad cuando aumenta la riqueza, y muy rara vez aumentan en igual proporción que ésta, y que la situación de las clases más bajas de la sociedad no depende exclusivamente del aumento de los fondos destinados al sostenimiento del trabajo, o sea de la capacidad para sostener un mayor número de trabajadores.

Adam Smith define la riqueza de una nación como el producto anual de su tierra y de su trabajo. Es evidente que esta definición comprende tanto la producción de las manufacturas como de la tierra. Partiendo del supuesto de que una nación, debido a su peculiar situación y a las circunstancias, fuera incapaz de procurarse una cantidad adicional de alimentos, es evidente que la producción de su trabajo no llegaría por necesidad a estancarse, aun cuando la producción de su tierra o su capacidad para importar trigo no pudieran aumentar más. Si las primeras materias para sus manufacturas pudieran obtenerse ya en el país, ya del extranjero, los perfeccionamientos en la habilidad y en la maquinaria podrían transformarlas y



a una serie de leyes irritantes, molestas y tiránicas, totalmente en desacuerdo con el espíritu de la Constitución. Toda la cuestión de los asentamientos aún después de haber introducido modificaciones, es contraria a las ideas de libertad. La persecución que llevan a cabo las parroquias, de aquellos hombres cuyas familias pueden quedar a cargo de las mismas, y de las mujeres pobres que están a punto de dar a luz, constituye una tiranía vergonzosa y repugnante, y las dificultades que esas leyes crean continuamente en el mercado del trabajo tienen una tendencia constante a aumentar los inconvenientes con que tropiezan los que luchan por sostenerse sin ayuda ajena.

Los males que acompañan a las leyes de beneficencia parecen no tener remedio. Si se han de conceder auxilios a una clase determinada de personas, alguien debería tener la autoridad necesaria para discernir quiénes son los que tienen derecho a recibirlos y para manejar los fondos de la institución; pero cualquier interferencia un poco importante en los asuntos de los demás es una especie de tiranía, y en el curso ordinario de los acontecimientos puede esperarse que el ejercicio de esa autoridad se haga irritante para aquellos que se ven precisados a solicitar el auxilio. Los pobres suelen quejarse de la tiranía de los mayordomos y los vigilantes de las parroquias; pero la culpa es, no tanto de estas personas, que es probable que antes que ocuparan esos puestos no fueran peores que los demás, sino de la naturaleza misma de las instituciones.

Estoy persuadido de que si no hubieran existido nunca en este país las leyes de beneficencia, aunque es posible que hubiera habido unos cuantos casos más de aguda miseria, la suma de felicidad entre la masa del pueblo hubiera sido mucho mayor de lo que es al presente.

El efecto inevitable de todos los sistemas de esta clase es el de tender a empeorar la situación de los que no reciben el socorro de las parroquias y a crear más pobres. En realidad, si examinamos algunas de nuestras leyes sólo en aquello en que se relacionan con el principio de la población, veremos que se proponen algo que es en absoluto imposible y no podemos sorprendernos, por consiguiente, que dejen siempre de alcanzar el fin que se proponen.

### CAPÍTULO XIII

#### *Efectos que produce el aumento de la riqueza sobre la situación de la clase pobre*

LA FINALIDAD manifiesta de la *Inquiry* de Adam Smith es su investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones. Existe otra, sin embargo, todavía más interesante, que Adam Smith mezcla con ella alguna que otra vez: las causas que afectan a la felicidad y el bienestar de las clases más bajas de la sociedad, que en todas las naciones forman la clase más numerosa. No cabe duda que ambas cuestiones se relacionan íntimamente, pero la naturaleza y la extensión de esta relación, y la manera según la cual el aumento de la riqueza influye en la situación del pobre, no se han expuesto con la suficiente exactitud y precisión.

En su capítulo sobre los salarios, Adam Smith considera todo aumento en el capital o en las rentas de la sociedad como un aumento en los fondos destinados al sostenimiento del trabajo, y habiendo sentado antes la proposición de que la demanda de aquellos que viven de un salario puede sólo aumentar en proporción al aumento de los fondos destinados al pago de salarios, se sigue naturalmente la conclusión de que todo aumento de riqueza tiende a aumentar la demanda de trabajo, y a mejorar la situación de las clases más bajas de la sociedad.

No obstante, estudiando el asunto más de cerca se verá que los fondos para el mantenimiento del trabajo no aumentan por necesidad cuando aumenta la riqueza, y muy rara vez aumentan en igual proporción que ésta, y que la situación de las clases más bajas de la sociedad no depende exclusivamente del aumento de los fondos destinados al sostenimiento del trabajo, o sea de la capacidad para sostener un mayor número de trabajadores.

Adam Smith define la riqueza de una nación como el producto anual de su tierra y de su trabajo. Es evidente que esta definición comprende tanto la producción de las manufacturas como de la tierra. Partiendo del supuesto de que una nación, debido a su peculiar situación y a las circunstancias, fuera incapaz de procurarse una cantidad adicional de alimentos, es evidente que la producción de su trabajo no llegaría por necesidad a estancarse, aun cuando la producción de su tierra o su capacidad para importar trigo no pudieran aumentar más. Si las primeras materias para sus manufacturas pudieran obtenerse ya en el país, ya del extranjero, los perfeccionamientos en la habilidad y en la maquinaria podrían transformarlas y



aumentarlas considerablemente de valor con el mismo número de brazos, y hasta el número de brazos podría aumentarse bastante por una mayor tendencia hacia esta clase de ocupaciones, en lugar de inclinarse hacia la guerra y hacia el servicio doméstico, y por la consiguiente mayor proporción en que se emplearía la población total en las manufacturas y en el comercio.

Se admitirá que ese caso no suele ocurrir con frecuencia. Sin embargo, no sólo es posible, sino que forma el límite concreto para el aumento de la población en el progreso natural del cultivo de la tierra, límite que evidentemente no será contemporáneo de aquel que limitara todo progreso de la riqueza; pero si bien estos casos no se presentan a menudo, a causa de que esos límites se alcanzan rara vez, no obstante, las aproximaciones a ellos ocurren constantemente, y en el progreso ordinario del mejoramiento, el aumento de la riqueza y del capital pocas veces va acompañado de un aumento proporcional de la capacidad para sostener un número adicional de trabajadores.

Algunas naciones de la antigüedad que, según los informes que de ellas poseemos, no tenían sino una cantidad insignificante de capital de carácter fabril y comercial, parecen haber cultivado muy bien sus tierras recurriendo a una división de la propiedad agraria, y es indudable que contaron con una población numerosa. En tales países, aunque ya muy poblados, es evidente que habría la posibilidad de aumentar mucho el capital y las riquezas; pero, aun admitiendo lo que podría aumentar la producción o la importación de alimentos a consecuencia del estímulo del capital adicional, es evidente que no sería posible un aumento proporcional de los medios de subsistencia.

Si comparamos el estado primitivo de los países más florecientes de Europa con su situación actual, veremos que esta conclusión se halla confirmada en forma casi universal por la experiencia.

Adam Smith, al ocuparse de los diferentes progresos de la opulencia en las distintas naciones, dice que Inglaterra, desde la época de la Reina Isabel, ha ido adelantando continuamente en su comercio y en sus manufacturas, y añade después:

Es indudable que el cultivo y el mejoramiento del campo han ido adelantando gradualmente; pero parece que han seguido con lentitud y a cierta distancia al progreso más rápido del comercio y las manufacturas. Es probable que la mayor parte del campo tuvo que haber sido cultivada antes del reinado de Isabel, y una gran parte del mismo continúa aún inculto, y el cultivo de la mayor proporción, es muy inferior a como pudiera ser.

La misma observación puede aplicarse a casi todos los demás países de Europa. Como es natural, la mejor tierra sería la que primero se pusiera en cultivo. Esta tierra, aun con aquella especie de cultivo

indolente y de derroche de trabajo que fueron característica de la época feudal, sería capaz de sostener a una población considerable y al aumentar el capital, el gusto cada vez más acentuado por los artículos convenientes y de lujo, unido a la capacidad decreciente de producción de la nueva tierra puesta en cultivo, haría que de una manera natural y necesaria la mayor parte de este nuevo capital se orientara hacia el comercio y las manufacturas y diera lugar a que la riqueza aumentara con mayor rapidez que la población.

Así, la población de Inglaterra durante el reinado de Isabel parece haber sido de casi 5 millones de habitantes, lo que representaría poco más o menos la mitad de su población actual (1811); pero si tenemos en cuenta la elevada proporción en que se hallan los productos de la actividad comercial y fabril con la cantidad de alimento que hoy se produce para el consumo humano, es probable que nos quedemos muy por debajo de la realidad si decimos que la masa de riqueza o el capital y las rentas del país tienen que haber aumentado más de cuatro veces, independientemente de cualquiera variación en el valor del medio circulante. Pocos países de Europa han aumentado su riqueza comercial y fabril hasta el mismo grado que Inglaterra; pero hasta donde han llegado en el curso de este proceso, todo parece indicar con claridad que el progreso de su riqueza general ha sido mayor que el progreso de sus medios para sostener una población adicional.

El hecho de que todo aumento del capital o las rentas de una nación no puede considerarse como un aumento de los fondos efectivos destinados al sostenimiento de trabajo aparecerá en forma muy clara en el caso de China.

Adam Smith hace observar que es probable que China haya sido desde hace mucho tiempo tan rica como el carácter de sus leyes y sus instituciones lo permiten; pero advierte que con otras leyes y otras instituciones, y si se favoreciera el comercio exterior, podría aún ser mucho más rica.

Si se favoreciera en la China el comercio exterior, es evidente que, a causa del gran número de sus trabajadores y de la baratura de su mano de obra, podría producir grandes cantidades de géneros manufacturados para su venta en el extranjero. Es asimismo evidente que, por la prodigiosa extensión de su territorio interior y la gran masa de provisiones, no podría, a cambio, importar una cantidad tal de éstas que representara una adición sensible a sus medios de subsistencia. Por consiguiente, la inmensa cantidad de manufacturas que podría producir las consumiría el mismo país o las cambiaría por artículos de lujo procedentes de todas las partes del mundo. Hoy, el país parece estar sobrepoblado en relación con el número



de personas que su capital puede emplear, y toda la mano de obra se ocupa en la producción de alimentos. No podría emplearse en China una enorme cantidad de capital en establecer manufacturas para comerciar con el extranjero, sin alterar este estado de cosas, y substraer a la agricultura algunos trabajadores, lo cual podría tener como consecuencia disminuir la producción de alimentos en el país. Admitiendo, sin embargo, que esto pudiera hacerse, por los efectos beneficiosos que produciría la introducción de una mayor habilidad y economía de mano de obra en el cultivo de las tierras más pobres, no obstante, como la cantidad de subsistencias sólo podría aumentarse muy poco, la demanda de manufacturas que haría subir el precio de la mano de obra sería seguida necesariamente por un alza proporcional en el precio de las provisiones, y el trabajador dispondría de muy pocos alimentos más que antes. Es evidente, sin embargo, que aumentaría la riqueza del país; que aumentaría cada año el valor de cambio de la producción anual de su tierra y de su mano de obra, y, no obstante, los fondos efectivos para el sostenimiento del trabajo continuarían casi estacionarios. El argumento aparece quizá con más claridad cuando se aplica a la China, por el hecho de que se admite generalmente que su riqueza se halla estacionaria desde hace mucho tiempo, y su suelo cultivado casi hasta el límite máximo.<sup>1</sup>

En todos esos casos, no es a causa de cualquier preferencia indebida que se haya dado al comercio y a las manufacturas, en comparación con la agricultura, por lo que tiene lugar el efecto que acabamos de describir, sino simplemente porque la capacidad de la tierra para producir alimentos se halla encerrada entre límites más estrechos que los que tienen la habilidad y los gustos de la humanidad para valorizar los materiales brutos, y en consecuencia, al aproximarse a los límites de la subsistencia hay naturalmente más espacio, y por consiguiente más estímulo, para el incremento de una clase de riqueza que para la otra.

Hay que admitir que los fondos para el sostenimiento del trabajo no aumentan necesariamente al aumentar la riqueza, y muy rara vez aumentan en igual proporción que ésta.

Ciertamente que la situación de las clases más bajas de la sociedad no depende exclusivamente del aumento de los fondos para el sostenimiento del trabajo, o de los medios para sostener mayor número de trabajadores. Es indudable que estos medios constituyen siempre un ingrediente muy importante en la situación de las clases

<sup>1</sup> No es muy fácil decir hasta qué punto puede confiarse en esta última opinión. Es seguro que el mejoramiento de la técnica y la economía de mano de obra permitirían a los chinos cultivar con provecho algunas tierras que no pueden cultivar ahora; pero el uso más general de caballos, en lugar de hombres, quizá impediría que esta extensión del cultivo estimulara el aumento de la población.

trabajadoras, y el más importante en lo que respecta al aumento de la población; pero, en primer lugar, el bienestar de las clases más bajas de la sociedad no depende sólo del alimento, ni aun de las cosas más estrictamente necesarias, y no puede considerárselas en buena situación a menos que puedan disponer de algunas de las cosas indispensables y hasta de las que representan lujos. Segundo, la tendencia de la población a aumentar al mismo tiempo que los medios de subsistencia tiene que impedir en general que el aumento de esos medios tenga un efecto notable y permanente en el mejoramiento de la situación de las clases pobres, y, tercero, la causa que tiene un efecto más duradero para mejorar la situación de las clases más bajas de la sociedad depende principalmente de la conducta y la prudencia de los mismos individuos, y no está, por consiguiente, inmediata y necesariamente relacionada con un aumento de los medios de subsistencia.

Por eso, teniendo en cuenta las otras causas que afectan la situación de las clases trabajadoras, como asimismo el aumento de los medios de subsistencia, puede ser conveniente que estudiemos con más detenimiento la forma en que actúa el aumento de la riqueza, y que expongamos tanto las ventajas como los inconvenientes que lo acompañan.

En el curso del progreso natural de un país hacia un estado de gran riqueza y población, las clases más bajas de la sociedad parecen estar sujetas por necesidad a dos inconvenientes. El primero es la menor capacidad para sostener hijos con las costumbres existentes de la sociedad, en lo que respecta a las cosas que se estiman necesarias para la vida, y el segundo, el empleo de una proporción mayor de la población en ocupaciones menos favorables para la salud y más expuestas a fluctuaciones en la demanda y a la inestabilidad de los salarios.

La menor capacidad para sostener hijos es una consecuencia ineludible del progreso de un país hacia sus límites más extremos de población. Si admitimos que la capacidad de un territorio de determinada extensión para producir alimento tiene un límite, hemos de admitir que a medida que nos aproximamos a ese límite, y el crecimiento de la población se hace más y más lento, la capacidad para sostener hijos será cada vez menor, hasta que por último, cuando cesa de aumentar la producción de alimentos, sólo es suficiente para mantener, por término medio, familias reducidas que no permitirán el aumento del número de habitantes. Este estado de cosas va generalmente acompañado de una baja en el precio del trabajo en especie, esto es, en trigo; pero aun en el caso de que se impidiera este efecto por la existencia de hábitos de prudencia entre las clases más bajas



de la sociedad en lo que respecta a la procreación, no obstante, tiene que llegarse al resultado antes expuesto; aunque, a causa de la actuación del freno preventivo al aumento de la población, los salarios del trabajo estimados en trigo pudieran no ser bajos, no obstante, es evidente que la capacidad de sostener hijos sería más bien nominal que efectiva, y en el momento que esta capacidad empezara a emplearse hasta su valor aparente, cesaría de existir.

El segundo inconveniente a que se hallan sujetas las clases más bajas de la sociedad en el aumento progresivo de la riqueza es que una mayor proporción de ellas tiene que dedicarse a ocupaciones malsanas, y que en éstas los salarios se hallan expuestos a fluctuaciones mucho más importantes que en la agricultura y en los servicios domésticos.

Acerca del estado de salud de los trabajadores empleados en las manufacturas, y de las fluctuaciones de los salarios, me tomo la libertad de citar un pasaje de la descripción que ha hecho el Dr. Aikin de la región vecina a Manchester:

La invención de nuevas máquinas, y el perfeccionamiento de las que ya se conocían, con el fin de disminuir la mano de obra, han tenido un efecto sorprendente en extender nuestro comercio, y también en atraer trabajadores de todas partes, en particular de niños para las fábricas de tejidos de algodón. La Providencia, con su inmensa sabiduría, ha dispuesto que en esta vida no haya ningún bien que no vaya acompañado de inconvenientes. Existen muchos de estos inconvenientes en las fábricas de tejidos y en otras similares, que son evidentes y que contrarrestan aquel aumento de la población que suele ser la consecuencia de la abundancia de facilidades para trabajar. En esas fábricas trabaja gran número de niños de corta edad, muchos de ellos procedentes de los asilos de Londres y Westminster, que se transportan en masa para entregarlos en calidad de aprendices a patronos residentes a muchos cientos de millas de distancia, en donde crecen desconocidos de aquellos que los engendraron y sin la protección a que tienen derecho. Esos niños suelen estar encerrados en las salas de trabajo, a veces durante toda la noche. El aire que respiran es insano; se pone poco cuidado en la limpieza y los cambios frecuentes desde una atmósfera densa y caliente a otra más fría les predisponen a las enfermedades, en particular a la fiebre epidémica que se encuentra con tanta frecuencia en esas manufacturas. Es de preguntarse si la sociedad no se perjudica por la manera como se emplean esos niños durante su más temprana edad. Cuando termina su aprendizaje suelen ser muy poco fuertes para el trabajo e incapaces de dedicarse a ninguna otra actividad. Las mujeres ignoran los trabajos caseros, tales como coser, hacer punto, etc., que tan indispensables son para ser una buena esposa y una buena madre. Esto es una gran desgracia para ellas y para el país, como puede verse comparando las familias de los trabajadores del campo con las de los que se emplean en las manufacturas. En las casas de los primeros pueden apreciarse la pulcritud, la limpieza, y el bienestar; en las de los segundos, la suciedad, los harapos, y la miseria, aun cuando sus salarios sean tal vez el doble que los de aquéllos. Hay que añadir que la falta de instruc-

ción religiosa y de buenos ejemplos, en los primeros años, y las amistades de todo género que se hacen en tales edificios, no son muy favorables para su futura conducta en la vida.<sup>2</sup>

En ese mismo libro se indica que según el registro de la iglesia colegiada de Manchester, desde la Nochebuena de 1793 hasta la de 1794 hubo 168 matrimonios, 538 bautizos, y 250 defunciones menos que en el año anterior. En la parroquia de Rochdale, en la vecindad, aún fué mayor la reducción en el número de servicios religiosos en proporción al número de habitantes. En 1792 hubo 746 nacimientos, 646 fallecimientos, y 339 matrimonios. En 1794 los nacimientos fueron 373, los fallecimientos 671, y los matrimonios 199. La causa de este súbito descenso en el número de matrimonios y de nacimientos fué la falta de demanda y de crédito comercial que ocurrió al comenzar la guerra, y un descenso tan súbito no pudo tener lugar sin que fuera acompañado de la más severa miseria, a consecuencia de la súbita reducción de los salarios.

Además de las fluctuaciones que se derivan de los cambios de una situación de paz a otra de guerra, y viceversa, es sabido cuán sujetas se hallan determinadas manufacturas a fracasar a causa de los caprichos de la moda. Los tejedores de Spitalfields se vieron sumidos en la mayor miseria al ponerse de moda las muselinas en sustitución de las sedas y en Sheffield y Birmingham se quedaron parados durante algún tiempo gran número de trabajadores a causa de la adopción de cordones en los zapatos, en lugar de las hebillas y los botones de metal que se usaban antes. Nuestras manufacturas, tomadas en su conjunto, han aumentado con prodigiosa rapidez; pero en algunos sitios han fracasado y las parroquias en que esto ha ocurrido se hallan sobrecargadas por una multitud de pobres en la mayor miseria.

Entre las declaraciones aportadas ante la Cámara de los Lores durante las investigaciones que precedieron a la Ley sobre Granos de 1815, figuran varios informes procedentes de distintas fábricas, en los cuales se intenta poner de manifiesto que el alto precio del trigo tiene más el efecto de hacer bajar el precio de la mano de obra para las fábricas que el de hacerlo subir. Adam Smith ha expuesto con la mayor claridad y exactitud que el precio en dinero del trabajo depende del precio en dinero de las provisiones y del estado de la demanda y la oferta de trabajo, y pone de manifiesto la importancia de la influencia de esta última causa, explicando de qué manera

<sup>2</sup> El doctor Aikin dice que se han hecho tentativas para remediar esos males, las que han tenido éxito en algunas fábricas, y me produce gran satisfacción poder añadir que, después que se escribió ese informe, se ha mejorado muchísimo la situación de los niños empleados en las fábricas de tejidos, en parte por la intervención del Parlamento y en parte por los esfuerzos humanitarios de los particulares.



puede variar en dirección opuesta al precio de las provisiones durante la presión de una escasez. Los informes aportados ante la Cámara de los Lores ilustran en forma muy notable esta parte de su proposición; pero es seguro que no demuestran la inexactitud de la otra parte de la misma, ya que es evidente que, cualesquiera que sean los acontecimientos durante unos cuantos años, la oferta de mano de obra para las manufacturas no es probable que pueda continuarse en el mercado a menos que el precio natural o necesario, esto es, el precio remunerador para que continúe en el mercado, se pague, y esto, como es natural, no se hace a menos que el precio en dinero esté de tal manera proporcionado al precio de las provisiones que los trabajadores puedan casarse y tener un número de hijos tal que basten a satisfacer la demanda de mano de obra.

Esos informes no anulan las doctrinas usuales referentes al trabajo, o las afirmaciones de Adam Smith; pero muestran con claridad las grandes fluctuaciones a que se halla sujeta la situación de los obreros de fábricas.

Examinando esos informes se verá que en algunos casos el salario de los tejedores ha bajado en un tercio, o en casi la mitad, al mismo tiempo que el precio del trigo ha subido en un tercio, y, no obstante, esas proporciones no expresan siempre toda la importancia de las fluctuaciones, ya que a veces sucede que cuando el precio es bajo, el estado de la demanda no permite que se trabaje el número de horas ordinario; en cambio, cuando el precio es alto, sí permite que se trabajen horas extraordinarias.

Se admitirá que suelen ocurrir variaciones de esa misma naturaleza en el precio de los trabajos agrícolas a destajo que se deben a las mismas causas; pero, en primer lugar, no parecen ser tan considerables, y en segundo lugar, la mayoría de los trabajadores agrícolas se emplea por días, y es sabido que una baja súbita y general en el precio en dinero de la jornada de trabajo en la agricultura es un acontecimiento que ocurre raras veces.<sup>3</sup>

Hay que admitir, por consiguiente, que en el progreso natural y ordinario de la riqueza, se disminuyen los medios para casarse pronto y sostener una familia, y que una mayor proporción de los habitantes se dedica a ocupaciones menos favorables para la salud y la moral, y se halla más sujeta a fluctuaciones en el precio del trabajo, que la población empleado en la agricultura.

No cabe duda que esas desventajas son de bastante importancia, y serían suficientes para hacer que el progreso de las riquezas influye-

<sup>3</sup> Casi el único caso registrado en este país es el que ha tenido lugar últimamente (1815-1816), ocasionado por una baja en el valor de cambio de los productos brutos, sin paralelo en la historia del país, la que ha impedido por necesidad a los tenedores de los mismos emplear igual cantidad de mano de obra al mismo precio.

ra desfavorablemente sobre la situación del pobre, si no estuvieran contrarrestadas por ventajas que casi las contrapesan, si es que no las contrapesan del todo.

En primer lugar es evidente que los beneficios del capital constituyen la fuente de ingresos con la que se mantienen principalmente las clases medias; el aumento de capital, que es a la vez la causa y el efecto del aumento de la riqueza, puede decirse que es la causa a la cual se debe la emancipación de una gran parte de la sociedad de la dependencia con respecto a los terratenientes. En un país de extensión limitada, consistente en tierra fértil dividida en grandes propiedades, mientras el capital continúe siendo insignificante, la estructura de la sociedad es muy poco favorable para la libertad y el buen gobierno. Éste era el estado de Europa en la época feudal. Los terratenientes no podían gastar el dinero de sus rentas de otra manera que manteniendo un gran número de acompañantes ociosos, y fué el crecimiento del capital en todos los empleos hacia los cuales se dirige el que hizo posible destruir el poderío pernicioso de los terratenientes; así, los acompañantes y criados que de ellos dependían se convirtieron en comerciantes, artesanos, agricultores, y en obreros del campo independientes, cambio de una utilidad prodigiosa para la sociedad en general, incluyendo las clases trabajadoras.

Segundo: En el curso del progreso natural del cultivo y de la riqueza, la producción de una cantidad adicional de trigo exigirá más trabajo, en tanto que, al mismo tiempo, por efecto de la acumulación y de la mejor distribución del capital, los continuos perfeccionamientos introducidos en la maquinaria, y las facilidades para comerciar con el extranjero, las manufacturas y otros artículos extranjeros se producirán o se adquirirán con menos trabajo; en consecuencia, una cantidad determinada de trigo permitirá disponer de una cantidad mucho mayor de manufacturas y de mercancías extranjeras que cuando el país era pobre. Así, si bien el trabajador quizá gane menos trigo que antes, el más alto valor que tiene aquella parte que no consume por sí mismo en especie para la compra de toda clase de artículos de su conveniencia, tal vez contrapesa con creces esta disminución. Ciertamente que no podrá mantener una familia tan numerosa como antes; pero con una familia más reducida estará mejor alojado y vestido, y dispondrá en conjunto de un bienestar mucho mayor.

Tercero. Parece demostrado por la experiencia que las clases trabajadoras de la sociedad rara vez adquieren un gusto decidido por los artículos que contribuyen a las comodidades y al bienestar, hasta que éstos abundan en comparación con el alimento, lo que no sucede nunca hasta que este último se hace escaso. Si el trabajador puede conseguir sostenerse él y su familia con dos o tres jornadas



de trabajo y si, para surtirse de aquellos artículos que representan comodidades y bienestar, tiene que trabajar tres o cuatro días más, en general estimará el sacrificio demasiado grande en comparación con los objetos que podría obtener, y que no le son absolutamente necesarios, y por ello preferirá a menudo permitirse el lujo de la ociosidad, en lugar del lujo que representaría el mejoramiento de sus vestidos y de su hogar. Tal sucede, según Humboldt, en algunas partes de América del Sur, y hasta cierto punto sucede también en Irlanda, en la India, y en todos los países en los que abundan los alimentos en comparación con el capital y las mercancías manufacturadas. Por lo contrario, si la mayor parte del tiempo del trabajador se emplea en procurarse alimentos, se engendran necesariamente hábitos de actividad, y pocas veces se escatima el tiempo sobrante, que es insignificante comparado con las mercancías que permitirá adquirir. En tales circunstancias, sobre todo cuando van acompañadas de un buen gobierno, las clases trabajadoras de la sociedad adquieren un gusto decidido por el bienestar y las comodidades, esto es, por mejorar su nivel de vida; y este gusto puede tener tal importancia que hasta impida, después de algún tiempo, una baja ulterior en el precio en trigo del trabajo; pero si este precio continúa bastante alto en tanto que el valor relativo de las mercancías baja mucho respecto al del trigo, el trabajador se halla situado en las circunstancias más favorables. Debido a este gusto decidido por el bienestar y las comodidades, los buenos salarios en trigo no conducirán por regla general a matrimonios prematuros; no obstante, en pocos casos, cuando se trata de una familia numerosa, se dispondrá de los medios para sostenerla con independencia, sacrificando el bienestar y las comodidades acostumbradas, y así las más pobres de las clases más bajas carecerán rara vez de los alimentos necesarios para su subsistencia, mientras la gran masa no sólo dispondrá de medios de subsistencia suficientes, sino que podrá disfrutar de una cantidad considerable de bienestar y de comodidades, las que, al mismo tiempo que satisfacen una necesidad natural o adquirida, tienden, sin duda alguna, a mejorar el espíritu y a elevar el carácter.

Así pues, al estudiar con cuidado los efectos que produce el aumento de la riqueza en la situación de las clases pobres vemos que, si ese aumento no implica un incremento proporcional de los fondos destinados al sostenimiento del trabajo, no obstante, aporta ventajas a las clases más bajas de la sociedad que pueden contrapesar los inconvenientes de que va acompañado; en un sentido estricto, la buena o mala situación del pobre no es por necesidad inherente a ninguna etapa determinada al progreso de la sociedad hacia una mayor riqueza. En realidad, un rápido incremento de la riqueza, tanto si

consiste principalmente en adiciones a los medios de subsistencia como si se traduce en un mayor bienestar, tendrá siempre *coeteris paribus*, un efecto favorable para el pobre; pero otras circunstancias modifican y alteran en grado considerable la influencia de esta causa, y nada que no sea la unión de la prudencia individual con la destreza y la actividad que producen la riqueza, puede asegurar en forma permanente a las clases más bajas de la sociedad aquella parte de bienestar que es, por todos conceptos, tan conveniente que posean.



*De la continencia y de nuestra obligación de practicar esta virtud*

PUESTO que del examen que hemos hecho del estado real de todas las clases de sociedad se desprende que se ha estorbado constantemente, y en forma más o menos eficaz, el progreso natural de la población, y puesto que parece evidente que ninguna forma perfeccionada de gobierno, ningún plan de emigración, ninguna clase de instituciones benéficas, y ningún grado u orientación de la actividad nacional puede impedir la continua actuación de un gran freno al crecimiento de la población, en una u otra forma, se sigue de aquí que tenemos que someternos a este estado de cosas como a una ley inevitable de la naturaleza y lo único que nos queda por investigar es cómo puede realizarse con el menor perjuicio posible para la virtud y la felicidad de la sociedad humana.

Todos los frenos inmediatos puestos al aumento de la población, que se ha observado que predominan en los diferentes países, parecen reducirse a la contención voluntaria, el libertinaje, y la miseria; si nuestra elección se ha de limitar a esos tres medios, no podemos vacilar durante mucho tiempo respecto de cuál de los tres debemos estimular.

En la primera edición de este *Ensayo* hice la observación de que, puesto que de las leyes naturales se desprende que tiene que existir un freno a la procreación, era mejor que este freno surgiera por la previsión de las dificultades que entraña el sostenimiento de una familia y del temor a la pobreza, que por la presencia efectiva de las privaciones y las enfermedades. Esta idea puede llevarse aún más lejos y me inclino a creer que lo que nos ha impedido seguir los claros dictados de la razón y la naturaleza han sido las ideas predominantes respecto a la procreación, que sin duda alguna proceden de las épocas de mayor barbarie de la humanidad, y se han continuado y se han hecho circular por aquella parte de la comunidad que puede suponerse más interesada en sostenerlas.

Los males naturales y morales parecen ser los instrumentos empleados por la Divinidad para indicarnos la necesidad de evitar cualquier clase de conducta no adecuada para nuestro ser, y que, por tanto, perjudicará a nuestra felicidad. Si comemos y bebemos con exceso, nuestra salud se resiente; si nos dejamos dominar a menudo por la ira, pocas veces dejamos de cometer actos de los que después nos arrepentimos; si nos multiplicamos demasiado aprisa, perecemos miserablemente por la pobreza y las enfermedades contagiosas. Las leyes de la naturaleza son en todos los casos análogas y uniformes. Ellas nos indican que hemos seguido nuestros impulsos demasiado lejos, hasta infringir alguna otra ley, que exige asimismo nuestra atención. El malestar que sentimos cuando nos hartamos, los daños que nos producimos a nosotros mismos y a los demás cuando nos dejamos dominar por la ira, y los inconvenientes que sufrimos a consecuencia de la pobreza, son advertencias para que regulemos mejor esos impulsos; si no hacemos caso de esas advertencias, tenemos que sufrir el castigo de nuestra desobediencia, y nuestros sufrimientos actúan como un aviso para los demás.

De la falta de atención que la humanidad ha dedicado hasta ahora a las consecuencias que se derivan de multiplicarse con demasiada rapidez, se desprende que esas consecuencias no tienen una relación tan inmediata y tan fuerte con la conducta que da lugar a ellas, como en los otros casos; pero el retraso en conocer los efectos especiales que se derivan de nuestra conducta no altera la naturaleza de aquéllos, ni nuestra obligación de regular nuestro comportamiento para que sean evitados, tan pronto como tenemos una idea clara de cuál debe ser nuestra conducta. En muchos otros casos se ha necesitado una larga y penosa experiencia para llegar a determinar la conducta más favorable para la felicidad humana. La clase de alimento, y la manera de prepararlo más adecuada para los fines de la nutrición y para la satisfacción del paladar; el tratamiento y los remedios para diferentes enfermedades; los efectos perniciosos para la constitución humana de los terrenos bajos y pantanosos; la invención de los vestidos más convenientes y cómodos; la construcción de buenas casas: todas las ventajas de los placeres más extendidos que caracterizan a la vida civilizada no se señalaron inmediatamente a la atención del hombre, sino que fueron el lento resultado de la experiencia y de las advertencias recibidas por los repetidos fracasos.

Se han considerado en general las enfermedades como castigos inevitables de la Providencia; pero, quizás, una buena parte de ellas pueden considerarse con mayor justicia como indicaciones de que hemos transgredido algunas de las leyes de la naturaleza. La peste de Constantinopla y de otras ciudades del Oriente, es una adverten-



cia constante de esta clase a sus habitantes. El cuerpo humano no está constituido para vivir en medio de la suciedad y la apatía, y como la porquería, la pobreza escuálida, y la indolencia son, en el más alto grado, desfavorables para la felicidad y la virtud, parece más bien una indicación benévola el que una situación semejante produzca, por las leyes de la naturaleza, las enfermedades y la muerte como una especie de señal para que los demás eviten estrellarse contra la misma roca.

La continua existencia de la peste en Londres hasta el año 1666 actuó en forma adecuada sobre la conducta de nuestros antepasados, y la supresión de la porquería, la construcción de alcantarillas, el ensanchamiento de las calles, y el dar mayor amplitud y más aire a las casas tuvo el efecto de desarraigar por completo este terrible mal y de contribuir poderosamente a la salud y a la felicidad de sus habitantes.

En todas las epidemias se ha observado casi invariablemente que las principales víctimas fueron las clases más bajas del pueblo, cuyo alimento era pobre e insuficiente y que vivían amontonadas en casas pequeñas y sucias. ¿De qué otra manera puede la naturaleza indicarnos que, si aumentamos demasiado aprisa en proporción a los medios de subsistencia, haciendo así necesario que una parte considerable de la sociedad viva de esta manera miserable, hemos infringido alguna de sus leyes? Esta ley la ha declarado con exactitud de la misma manera que nos advierte que la intemperancia en comer y en beber irá seguida de la falta de salud y que, por muy agradable que nos sea en un momento determinado satisfacer esta propensión a los excesos, esa satisfacción producirá en último término desdichas, y tan natural es la ley que nos advierte que el hartazgo es malo para el cuerpo humano, como la que nos dice que el comer y el beber con mesura no va seguido de aquellas consecuencias, y es beneficioso.

La obediencia implícita a los impulsos de nuestras pasiones naturales nos conduciría a las extravagancias más descabelladas y más dañosas; sin embargo, tenemos las razones más poderosas para creer que todas esas pasiones son necesarias para nuestro ser, que no podría debilitárselas o disminuirlas sin perjudicar nuestra felicidad. El más potente y universal de nuestros deseos es el deseo de alimentarnos, y el de aquellas otras cosas, tales como vestidos, casas, etc., que son inmediatamente necesarias para ponernos a cubierto de los dolores del hambre y del frío. Todo el mundo reconoce que esos deseos son los que ponen en movimiento la mayor parte de aquella actividad de la cual se derivan los múltiples perfeccionamientos y ventajas de la vida civilizada y que la persecución de esos objetivos y la gratificación de esos deseos constituyen la principal felicidad de

la mayor parte de la humanidad, civilizada o sin civilizar, y son indispensablemente necesarios para los goces más refinados del resto de aquélla. Todos tenemos conciencia de los inestimables beneficios que derivamos de esos deseos, cuando los dirigimos de cierta manera; pero nos damos asimismo cuenta de los males que resultan de ellos cuando no se dirigen en la forma debida, hasta tal punto que la sociedad ha tomado a su cargo el castigar con la mayor severidad lo que considera una forma irregular de satisfacerlos; no obstante, en ambos casos son los deseos igualmente naturales y, considerados en abstracto, igualmente virtuosos. El acto de un hombre hambriento que satisface su apetito cogiendo un pan en una panadería no puede distinguirse del acto de aquel otro que satisface su apetito con un pan de su propiedad, si no es por sus consecuencias. Examinando estas consecuencias, estamos convencidos de que, si no se impidiera a la gente satisfacer sus deseos naturales de comer con el pan que poseen los demás, disminuiría considerablemente el número de hogares. Esta experiencia es el fundamento de las leyes relativas a la propiedad, y de las distinciones entre la virtud y el vicio en la satisfacción de deseos que, por otra parte, son perfectamente iguales.

Si el placer que se deriva de la satisfacción de esas inclinaciones disminuyera universalmente en viveza, serían menos frecuentes las violaciones de la propiedad; pero esta ventaja se contrapesaría con creces al debilitarse las fuentes de placer. La disminución en la cantidad de esos productos que contribuyen a la satisfacción humana sería mucho mayor en proporción que la disminución de los robos; y la pérdida de felicidad general de un lado sería incomparablemente mayor que la ganancia del otro. Cuando contemplamos los constantes y rudos trabajos de la mayor parte de la humanidad, es imposible dejar de hacerse la reflexión de que las fuentes de la felicidad humana disminuirían muchísimo si la perspectiva de una buena comida, una casa caliente y un cómodo rincón al lado del fuego durante la noche, no constituyeran un acicate suficiente para comunicar interés y alegría a los trabajos y privaciones de cada día.

Después del deseo de alimentos, el más potente y general de nuestros apetitos es la pasión entre los sexos, tomada en un sentido muy amplio. Pocos se dan cuenta de la felicidad que derrama sobre la vida humana esta pasión. El amor virtuoso, exaltado por la amistad, parece ser aquella mezcla de placer sexual e espiritual, particularmente adaptado a la naturaleza del hombre, y mejor calculado para despertar las simpatías del alma y producir las sensaciones más exquisitas. Quizá no exista un solo hombre, que haya experimentado alguna vez el deleite legítimo del amor virtuoso, que por muy grandes que hayan sido sus placeres intelectuales no mire hacia atrás



considerando ese período como el más dichoso de su vida, hacia el que le gusta volver siempre su imaginación, que recuerda y contempla con el más cariñoso pesar, y que desearía volver a vivir de nuevo.

Para poner de manifiesto la evidente inferioridad de los placeres de los sentidos ha dicho Mr. Godwin que "si se suprimieran en el comercio de los sexos todas las circunstancias que lo acompañan, se le despreciaría generalmente". Con igual razón podría decir a un hombre al que le gustan los árboles: "quítales sus ramas y su follaje y ¿qué belleza puedes ver en el tronco desnudo?" Pero era el árbol entero, con sus ramas y su follaje, y no sin ellos, el que excitaba la admiración. Y es "la simetría de la persona, la vivacidad, la dulzura voluptuosa del carácter, la bondad afectuosa de los sentimientos, la imaginación y el ingenio" de una mujer, lo que excita la pasión del amor, y no el simple hecho de que sea una hembra.

Es una gran equivocación suponer que la pasión entre los sexos sólo actúa e influye sobre la conducta humana cuando lo único que se espera es la satisfacción inmediata de la misma. La formación de un plan determinado de vida y la prosecución constante del mismo, se ha considerado con razón como una de las fuentes más permanentes de felicidad; pero me inclino a creer que no se forman muchos de esos planes que no se relacionen en grado considerable con la perspectiva de satisfacer esta pasión, y del sostenimiento de los hijos que de ella se derivan. La comida de la noche, la casa caliente y el rincón junto al fuego perderían la mitad de su interés si suprimiéramos la idea de algún objeto de afección, con el cual habríamos de compartirlos.

Tenemos también grandes razones para creer que la pasión entre los sexos tiende poderosamente a suavizar y mejorar el carácter humano y a mantenerlo más despierto con respecto a las emociones más dulces de la benevolencia y de la piedad. Las observaciones sobre la vida de los salvajes han tendido en general a demostrar que las naciones en las cuales esta pasión parecía ser menos viva se distinguían por un espíritu feroz y maligno, y en particular por la tiranía y la crueldad con respecto al otro sexo. En realidad, parece probable que si se debilita considerablemente este lazo de la afección conyugal, el hombre abusaría de su superior fuerza física, y convertiría a su esposa en una esclava, como sucede entre la mayoría de los salvajes o, en el mejor de los casos, que toda pequeña desigualdad en el carácter, que tiene que ocurrir por necesidad en el trato frecuente entre dos personas, produciría la pérdida total del afecto, y esto casi no podría tener lugar sin una disminución de la ternura y el afecto paternal, lo cual tendría consecuencias fatales para la felicidad de la sociedad.

Puede observarse, además, y las observaciones acerca del carácter humano en los diferentes países justifican esta conclusión, que la pasión es más fuerte, y mucho más poderosos sus efectos generales para producir la dulzura, la bondad y la suavidad en las maneras, cuando se ponen obstáculos para su satisfacción precoz y universal. En algunos de los países del Sur en los cuales puede satisfacerse casi inmediatamente cualquier impulso, la pasión se convierte en un mero deseo animal y pronto se debilita y casi se extingue por los excesos, y su influencia sobre el carácter es muy limitada; pero, en los países europeos, en los cuales, si bien las mujeres no están recluidas, las costumbres han impuesto obstáculos considerables para llegar a ellas, la pasión no sólo adquiere mayor fuerza sino que sus efectos son más universales y tienen una tendencia más beneficiosa, y suelen ejercer la mayor influencia en la formación y el mejoramiento del carácter, cuando se la satisface menos.

Considerando, pues, la pasión entre los sexos en todos los sentidos y en todas sus conexiones, e incluyendo las relaciones cariñosas entre padres e hijos que de ella resultan, pocos serán los que nieguen que constituyen uno de los principales ingredientes de la felicidad humana. Sin embargo, la experiencia nos enseña que se derivan muchos males de la satisfacción irregular de aquel deseo, y aun cuando el daño sea de poca importancia, si se le compara con el bien que de la misma resulta, no obstante, su cantidad absoluta tiene que ser considerable, a causa de la fuerza y de la universalidad de la pasión. Es evidente, sin embargo, si tenemos en cuenta la conducta general de todos los gobiernos en su distribución de castigos, que el mal que resulta por esta causa no es tan grande ni tan peligroso para la sociedad como la satisfacción irregular del deseo de poseer bienes; pero si consideramos este mal desde el punto de vista más temible es evidente que compraríamos a un precio muy elevado una disminución del mismo mediante la extinción o la disminución de la pasión que lo origina, cambio que es probable que convirtiera la vida humana en algo frío y triste, o en un cuadro de ferocidad salvaje y sin piedad.

Un examen atento de los efectos tanto inmediatos como remotos de todas las pasiones humanas, y de todas las leyes generales de la naturaleza, nos inducen a concluir que, en el estado de cosas actual, pocas o ninguna de entre ellas podrían disminuirse en grado apreciable sin reducir las fuentes del bien en grado mucho mayor que las del mal. Y la razón parece ser obvia. Las pasiones son, en realidad, los materiales que integran todos nuestros placeres, como asimismo todos nuestros dolores; toda nuestra felicidad, como asimismo todas nuestras desgracias; todas nuestras virtudes, como asimismo todos



nuestros vicios. Por consiguiente, lo que se necesita es regularlas y dirigir las, y no disminuirlas o hacerlas desaparecer.

Paley observa muy a propósito que

Las pasiones humanas son necesarias para el bienestar humano y puede hacerse que conduzcan a su felicidad, y en realidad se consigue en la gran mayoría de los casos. Esas pasiones son fuertes y tienen un carácter general, y tal vez no respondieran a sus fines, si no fueran así; pero esa fuerza y esa generalidad se convierten en excesos y errores si se abandonan a sí mismas. Estos excesos y estos errores parecen ser la causa de los vicios de la humanidad, a los cuales hay que achacar sin duda alguna muchos de nuestros dolores, y esto, que nos muestra de dónde proceden nuestros vicios, nos indica al mismo tiempo el papel que deben desempeñar la razón y el dominio de sí mismo.

Por consiguiente, nuestra virtud como seres racionales es evidente que consiste en extraer de los materiales que el Creador ha puesto a nuestra disposición la mayor suma posible de felicidad humana, y como los impulsos naturales se han de considerar en abstracto como buenos, y sólo pueden distinguirse por sus consecuencias, hemos de considerar como nuestro principal deber dedicar una gran atención a esas consecuencias y a regular nuestra conducta de acuerdo con ellas. En ciertos aspectos, la fecundidad de la especie humana es un asunto distinto de la pasión entre los sexos, ya que es evidente que depende más de la capacidad de la mujer para concebir hijos que de la fuerza y la debilidad de esta pasión. Es una ley análoga en todos sus grandes rasgos a las demás leyes de la naturaleza. Es fuerte y tiene un carácter general, y al parecer no permitiría que se la disminuyera en grado apreciable sin que resultara inadecuada para el fin que persigue; los males que de ella se derivan son inherentes a aquellas cualidades necesarias de fortaleza y generalidad y pueden mitigarse en grado considerable y hacer que sean relativamente llevaderos para la energía y la virtud humanas. No podemos por menos de imaginar que es una de las finalidades del Creador el que la tierra se pueble de seres humanos y me parece claro, que esto no podría conseguirse sin una tendencia de la población a aumentar más aprisa que los alimentos, y como la ley que rige hoy el crecimiento de la población de la tierra es tal que ésta no aumenta con gran rapidez, tenemos sin duda alguna razón para suponer que la ley en cuestión no es lo bastante poderosa para la finalidad que persigue. Si no fuera por el esfuerzo continuo y universal de la población por crecer con mayor rapidez que sus medios de subsistencia, el deseo de éstos tendría efectos muy limitados, y dejaría de dar lugar a aquella actividad general tan necesaria para el mejoramiento de las facultades humanas. Si esas dos tendencias se contrapesaran exactamente, no

veo ningún motivo que pudiera ser bastante fuerte para vencer la reconocida indolencia del hombre e inducirle a cultivar el suelo. Iguales probabilidades habría para que la población de cualquier país, por muy fértil que fuera, se detuviera al llegar a los 500 habitantes, a los 5 mil, a los 5 millones, o a los 50 millones. Ese equilibrio frustraría, pues, uno de los grandes fines de la creación, y si se trató sólo de una cuestión de grado, de una cuestión de un poco más o un poco menos de fuerza, podemos desconfiar de nuestra competencia para juzgar de la cantidad precisa necesaria para conseguir la finalidad perseguida con la menor suma posible de males inherentes. En el actual estado de cosas parece como si tuviéramos a nuestra disposición una gran fuerza, capaz de poblar una región desértica en un número de años reducido, y, por otro lado, bajo otras circunstancias, capaz de ser reducida por la energía y la virtud humanas a cualesquiera límites, por estrechos que éstos sean, a expensas de una pequeña cantidad relativa de males. La analogía con todas las demás leyes de la naturaleza se violaría por completo si sólo en este caso no hubiera posibilidad de remediar los fracasos accidentales, si no hubiera recursos contra los vicios de la humanidad o contra los daños parciales que resultan de otras leyes de carácter general. Para conseguir el objetivo aparente sin el acompañamiento de ningún mal, es evidente que sería necesario variar constantemente la ley que rige el aumento de la población, de acuerdo con las circunstancias imperantes en cada país; pero en lugar de esto, no sólo está más de acuerdo con la analogía de las otras partes de la naturaleza, sino que tenemos razones para creer que conduce mejor a la formación y al mejoramiento del espíritu humano que la ley sea uniforme, y que, en determinadas circunstancias, se deje al hombre aliviar o suprimir por sí mismo los males inherentes a ella. Sus deberes en este caso varían de acuerdo con su situación; tiene que mantenerse así más atento a las consecuencias de sus actos y es evidente que sus facultades tienen mayores oportunidades para ejercitarse y para perfeccionarse, que si se suprimiera el mal cambiando constantemente la ley de acuerdo con las circunstancias.

Aun en el caso de que por la facilidad de someter las pasiones, o del intercambio ilícito, el celibato fuera una cuestión de indiferencia y no de privación, es probable que el fin de la naturaleza que tiende a poblar la tierra resultara frustrado. Es de la mayor importancia para la felicidad humana que la población no aumente demasiado aprisa; pero no parece que el fin que se persigue admitiera una disminución considerable en el deseo de contraer matrimonio. Es evidente que el deber de cada individuo es no casarse hasta que cuente con la seguridad de poder sostener a sus hijos; pero es al



mismo tiempo de desear que conserve inalterable su deseo de casarse, para que pueda esforzarse por realizar sus propósitos y sienta el estímulo necesario para proveer al sostenimiento de mayor número de personas.

Por consiguiente, es evidente que lo que se necesita en lo que respecta al principio de la población, es regularlo y dirigirlo, no disminuirlo ni alterarlo, y si la contención moral es la única manera virtuosa de evitar los males inherentes a este principio, es evidente que nuestra obligación de practicarla descansa exactamente sobre los mismos fundamentos que nuestra obligación de practicar cualquier otra virtud.

Cualquiera que sea la indulgencia con que estemos dispuestos a admitir los fracasos accidentales en el cumplimiento de un deber cuya dificultad se reconoce, no obstante, no podemos dudar de la línea de conducta que nos marca el deber. Nuestra obligación de no contraer matrimonio hasta tener probabilidades de ser capaces de sostener a nuestros hijos parecerá merecer la atención de los moralistas, si podemos demostrar que el cumplimiento de esta obligación tiene un efecto muy poderoso para impedir la miseria, y que, si fuera costumbre general seguir el primer impulso de la naturaleza, y casarse al llegar a la pubertad, aunque prevalecieran universalmente todas las virtudes conocidas en el mayor grado concebible, no podría salvarse a la sociedad de caer en el estado de miseria más desesperada y en las enfermedades y hambres que suelen acompañarla.

## CAPÍTULO II

### *De los efectos que resultarían para la sociedad del predominio de la continencia voluntaria*

UNA DE LAS principales razones que han impedido se admita la doctrina según la cual la población tiende constantemente a aumentar con mayor rapidez que los medios de subsistencia, es una gran repugnancia a creer que la Divinidad podría traer a la existencia, de acuerdo con las leyes naturales, seres que, según esas mismas leyes, no podrían subsistir; pero si, a más de la intensidad general y la dirección de nuestra industria que esas leyes ponen en juego, tenemos en cuenta, además, que los males inherentes a aquella dirigen constantemente nuestra atención hacia la mejor manera de restringir el aumento de la población, o sea la continencia voluntaria, y si se

demuestra que mediante una obediencia estricta a los deberes que nos señalan la naturaleza y la razón, confirmados y sancionados por la revelación, pueden evitarse esos males, confío en que desaparecerá aquel argumento, como asimismo toda imputación acerca de la bondad divina.

Los moralistas paganos jamás representaron a la felicidad como asequible en la tierra si no por medio de la virtud, y entre las virtudes colocaban en primera fila a la prudencia, y algunos hasta llegaron a considerarla como comprendiendo a todas las demás. La religión cristiana sitúa nuestra felicidad presente y futura en el ejercicio de aquellas virtudes que tienden a hacernos aptos para los placeres de calidad elevada; y por ello se inculca de manera especial la sujeción de las pasiones a la guía de la razón, que es una de las principales ramas de la prudencia.

Si, por vía de ilustración se nos permitiera pintar el cuadro de una sociedad en la cual cada individuo tratara de alcanzar la felicidad mediante el estricto cumplimiento de aquellos deberes que los más preclaros entre los filósofos de la antigüedad deducían de las leyes de la naturaleza, y que a nosotros se nos han enseñado directamente y han recibido tan fuertes sanciones en el código moral de la cristiandad, veríamos un cuadro muy diferente del que hoy contemplamos. Se consideraría como una infracción del deber todo acto inspirado en el deseo de una inmediata satisfacción, pero que se viese pudiera ir acompañado de dolores que lo contrapresasen con exceso; en consecuencia ningún hombre, cuyas ganancias sólo fueran suficientes para sostener a dos hijos, se pondría en una situación tal que tuviera que mantener cuatro o cinco, por mucha que fuera la fuerza con que le impulsara a ello la pasión del amor. Si se adoptara con carácter general esta continencia voluntaria, se reduciría al cabo de no mucho tiempo la oferta de trabajo en el mercado y, como es natural, subiría pronto el precio de éste. El período durante el cual se aplazara la satisfacción del deseo de casarse se emplearía en ahorrar de las ganancias todo lo que excediera a las necesidades de un hombre soltero y en adquirir hábitos de sobriedad, laboriosidad y economía que permitieran, al cabo de pocos años, contraer matrimonio sin temor a sus consecuencias. La actuación del freno preventivo en esta forma, manteniendo constantemente la población dentro de los límites impuestos por los alimentos, si bien siguiendo a éstos en su aumento, daría un valor efectivo al alza de los salarios y a las cantidades ahorradas por los trabajadores antes de casarse, muy distinto de aquellas subidas forzosas en el precio del trabajo o de los arbitrarios auxilios parroquiales, los cuales, en proporción a su magnitud y a su extensión, tienen por necesidad que ir seguidos de un alza pro-



mismo tiempo de desear que conserve inalterable su deseo de casarse, para que pueda esforzarse por realizar sus propósitos y sienta el estímulo necesario para proveer al sostenimiento de mayor número de personas.

Por consiguiente, es evidente que lo que se necesita en lo que respecta al principio de la población, es regularlo y dirigirlo, no disminuirlo ni alterarlo, y si la contención moral es la única manera virtuosa de evitar los males inherentes a este principio, es evidente que nuestra obligación de practicarla descansa exactamente sobre los mismos fundamentos que nuestra obligación de practicar cualquier otra virtud.

Cualquiera que sea la indulgencia con que estemos dispuestos a admitir los fracasos accidentales en el cumplimiento de un deber cuya dificultad se reconoce, no obstante, no podemos dudar de la línea de conducta que nos marca el deber. Nuestra obligación de no contraer matrimonio hasta tener probabilidades de ser capaces de sostener a nuestros hijos parecerá merecer la atención de los moralistas, si podemos demostrar que el cumplimiento de esta obligación tiene un efecto muy poderoso para impedir la miseria, y que, si fuera costumbre general seguir el primer impulso de la naturaleza, y casarse al llegar a la pubertad, aunque prevalecieran universalmente todas las virtudes conocidas en el mayor grado concebible, no podría salvarse a la sociedad de caer en el estado de miseria más desesperada y en las enfermedades y hambres que suelen acompañarla.

## CAPÍTULO II

### *De los efectos que resultarían para la sociedad del predominio de la continencia voluntaria*

UNA DE LAS principales razones que han impedido se admita la doctrina según la cual la población tiende constantemente a aumentar con mayor rapidez que los medios de subsistencia, es una gran repugnancia a creer que la Divinidad podría traer a la existencia, de acuerdo con las leyes naturales, seres que, según esas mismas leyes, no podrían subsistir; pero si, a más de la intensidad general y la dirección de nuestra industria que esas leyes ponen en juego, tenemos en cuenta, además, que los males inherentes a aquella dirigen constantemente nuestra atención hacia la mejor manera de restringir el aumento de la población, o sea la continencia voluntaria, y si se

demuestra que mediante una obediencia estricta a los deberes que nos señalan la naturaleza y la razón, confirmados y sancionados por la revelación, pueden evitarse esos males, confío en que desaparecerá aquel argumento, como asimismo toda imputación acerca de la bondad divina.

Los moralistas paganos jamás representaron a la felicidad como asequible en la tierra si no por medio de la virtud, y entre las virtudes colocaban en primera fila a la prudencia, y algunos hasta llegaron a considerarla como comprendiendo a todas las demás. La religión cristiana sitúa nuestra felicidad presente y futura en el ejercicio de aquellas virtudes que tienden a hacernos aptos para los placeres de calidad elevada; y por ello se inculca de manera especial la sujeción de las pasiones a la guía de la razón, que es una de las principales ramas de la prudencia.

Si, por vía de ilustración se nos permitiera pintar el cuadro de una sociedad en la cual cada individuo tratara de alcanzar la felicidad mediante el estricto cumplimiento de aquellos deberes que los más preclaros entre los filósofos de la antigüedad deducían de las leyes de la naturaleza, y que a nosotros se nos han enseñado directamente y han recibido tan fuertes sanciones en el código moral de la cristiandad, veríamos un cuadro muy diferente del que hoy contemplamos. Se consideraría como una infracción del deber todo acto inspirado en el deseo de una inmediata satisfacción, pero que se viese pudiera ir acompañado de dolores que lo contrapresasen con exceso; en consecuencia ningún hombre, cuyas ganancias sólo fueran suficientes para sostener a dos hijos, se pondría en una situación tal que tuviera que mantener cuatro o cinco, por mucha que fuera la fuerza con que le impulsara a ello la pasión del amor. Si se adoptara con carácter general esta continencia voluntaria, se reduciría al cabo de no mucho tiempo la oferta de trabajo en el mercado y, como es natural, subiría pronto el precio de éste. El período durante el cual se aplazara la satisfacción del deseo de casarse se emplearía en ahorrar de las ganancias todo lo que excediera a las necesidades de un hombre soltero y en adquirir hábitos de sobriedad, laboriosidad y economía que permitieran, al cabo de pocos años, contraer matrimonio sin temor a sus consecuencias. La actuación del freno preventivo en esta forma, manteniendo constantemente la población dentro de los límites impuestos por los alimentos, si bien siguiendo a éstos en su aumento, daría un valor efectivo al alza de los salarios y a las cantidades ahorradas por los trabajadores antes de casarse, muy distinto de aquellas subidas forzosas en el precio del trabajo o de los arbitrarios auxilios parroquiales, los cuales, en proporción a su magnitud y a su extensión, tienen por necesidad que ir seguidos de un alza pro-



porcional en el precio de las provisiones. Como los salarios serían entonces suficientes para mantener con decencia una familia, y como cada pareja al casarse empezaría a vivir con alguna cantidad de dinero para hacer frente a los imprevistos, desaparecería de la sociedad toda la pobreza abyecta, o al menos quedaría limitada a aquellos pocos a quienes persiguiera la desgracia, contra la cual nada pueden la prudencia o la previsión.

De acuerdo con esta suposición, el intervalo entre la edad de la pubertad y aquella en la cual pudiera aventurarse al matrimonio debería pasarse en la más estricta castidad, ya que la ley de la castidad no puede violarse sin producir daños. La promiscuidad en las relaciones sexuales, que impide la procreación, no puede por menos de debilitar los afectos más puros del corazón y degradar el carácter femenino en forma muy acusada, y cualquier otro tipo de intercambio sexual traería, a menos que se emplearan procedimientos impropios, tantos hijos al mundo como el matrimonio, con probabilidades mucho mayores de que se convirtieran en una carga para la sociedad.

Esos razonamientos muestran que la virtud de la castidad no es, como algunos han supuesto, un producto artificial de la sociedad, sino que tiene los fundamentos más sólidos y reales en la naturaleza y en la razón, ya que al parecer es el único medio virtuoso de evitar el vicio y la miseria que resultan tan a menudo del principio de la población.

En una sociedad como la que suponemos, pudiera ser necesario para ambos sexos pasar muchos de los primeros años de la vida en el celibato; si esto se generalizara, es seguro que podrían casarse después muchas más personas, de tal manera que, en conjunto, serían menos los que se vieran condenados a pasar toda su vida en el celibato. Si se generalizara la costumbre de no casarse pronto, y si las violaciones a la castidad se consideraran como igualmente deshonorosas para ambos sexos las relaciones entre hombres y mujeres carecerían de peligro y podrían ser más familiares y amistosas. Dos jóvenes podrían conversar en la mayor intimidad sin que por ello hubiera que suponer que se hacían el amor o que pensaban casarse y se darían así mayores oportunidades a ambos sexos para encontrar otra persona de carácter afín y para formar esos lazos fuertes y duraderos sin los cuales la vida matrimonial suele producir más males que felicidad. No se pasarían sin amor los primeros años de la vida, si bien tampoco se satisfaría éste por completo. La pasión, en lugar de extinguirse, como sucede hoy con frecuencia, por la sensualidad precoz, sólo se reprimiría durante algún tiempo, para que después pudiera arder con una llama más brillante, más pura y más constante; la felicidad del matrimonio, en lugar de considerarse sólo como la sa-

tisfacción inmediata de una pasión, se consideraría como el premio de la diligencia y la virtud, y la recompensa a un afecto fiel y constante.

La pasión del amor es un poderoso estimulante para la formación del carácter y a menudo impulsa a los esfuerzos más nobles y generosos; pero es sólo cuando la afección se concentra en un objeto y, por lo general, cuando la satisfacción se aplaza a causa de las dificultades. Quizá nunca está el corazón tan bien dispuesto para una conducta virtuosa, y seguramente nunca es tan poco difícil la virtud de la castidad para el hombre, como cuando se halla bajo la influencia de semejante pasión. Los matrimonios tardíos que se realizaran de esta manera serían muy diferentes de los que se celebran hoy, cuando la unión es en muchos casos guiada sólo por el interés y los contrayentes suelen llegar a ella con sus constituciones agotadas y, en general, con el afecto también agotado. Hoy son generalmente los hombres los que se casan tarde y pocos de entre ellos, por viejos que sean, si se deciden a casarse, dejan de fijar su elección en una esposa joven. Una mujer joven y sin fortuna, empieza a temer, y con razón, cuando ha pasado de los 25 años, que habrá de continuar soltera toda su vida; y con un corazón apto para formar un afecto fuerte y sincero, siente, a medida que pasa cada año, que disminuyen sus esperanzas de encontrar un hombre en el que depositar su cariño, y el disgusto que le produce su situación se va agravando por los prejuicios necios e injustos del mundo. Si las mujeres se casaran por lo general a edad más avanzada, se prolongaría el período de la juventud y la esperanza, y serían menos las que quedarán defraudadas.

No puede dudarse por un momento que un cambio de esta naturaleza aportaría grandes beneficios a la mitad más virtuosa de la sociedad. Por mucha que fuera la impaciencia con que los hombres soportaran la privación, las mujeres la soportarían de buena gana y



con alegría, y si pudieran esperar confiadas en casarse a los 27 ó 28 años, creo firmemente que si se dejara el asunto a su elección, preferirían esperar hasta esta edad, en lugar de echar sobre sí, a los 25, toda la carga que representa para ellas una familia. No obstante, no podría fijarse la edad más apropiada para el matrimonio, sino que tiene que depender por completo de las circunstancias y de la situación. En ningún período de la vida humana impulsa la naturaleza a la unión de ambos sexos como desde los 18 a los 20 años, y en toda sociedad que esté por encima de aquel estado de depresión que casi excluye el razonamiento y la previsión hay que reprimir por necesidad esa tendencia; si, en el estado de cosas actual, se encuentra que es inevitable esa contención de los impulsos naturales, ¿en qué momento podrá dejárseles en libertad sino en aquel, cualquiera que éste sea, en el cual en las circunstancias existentes en la sociedad se ofrece la posibilidad de sostener una familia?

Como objeción a esta doctrina, tal vez se ponga la dificultad de la continencia. Al que no reconozca la autoridad de la religión cristiana sólo he de decirle que, después de las investigaciones más minuciosas, esta virtud parece absolutamente necesaria si se quieren evitar ciertos males que de otra manera resultarían de las leyes generales de la naturaleza. De acuerdo con sus propios principios, tiene el deber de procurar alcanzar el mayor bien compatible con dichas leyes, pues faltar a esta finalidad importante produce un exceso de miseria por la obediencia parcial a algunos dictados de la naturaleza mientras se dejan de observar otros. Los moralistas paganos han representado siempre como muy difícil el ascenso por el sendero de la virtud, aun cuando sea el único que conduce a la verdadera felicidad.

Al cristiano le diría que las Escrituras nos señalan con la mayor claridad y precisión el deber de contener nuestras pasiones dentro de los límites de la razón y que constituye una desobediencia palpable a esa ley satisfacer nuestros deseos cuando la razón nos dice que ello ha de terminar inevitablemente en la desgracia. El cristiano no puede considerar en modo alguno la dificultad que pueda presentar la continencia como un argumento en contra de su deber, ya que rara es la página de los escritos sagrados en la que no se describe al hombre como asediado por toda clase de tentaciones que es en extremo difícil resistir, y si bien no se imponen deberes que no hayan de contribuir a su felicidad en la tierra y en la vida futura, no obstante, nunca se presenta como fácil la tarea de obedecer sin flaquear los mandamientos divinos.

Es tan general y tan fuerte la tendencia al amor en la primera juventud que es en extremo difícil durante ella distinguir la pasión verdadera de la transitoria. Si ambos sexos pasaran los años de la

Juventud en perfecta castidad, es probable que a causa de las mayores facilidades que así tendrían para establecer relaciones amistosas, sería mayor el número de matrimonios felices y, por tanto, se obtendría mayor cantidad de placer de la pasión del amor, que no cuando, como sucede hoy en América a causa de las facilidades que en ella existen, la unión de los sexos se realiza en edad temprana; pero, si comparamos el intercambio entre los sexos en una sociedad como la que hemos supuesto con el que existe hoy en Europa, teniendo en cuenta todas las circunstancias, puede afirmarse con seguridad que, independientemente de toda la miseria que se suprimiría, la cantidad de sensaciones placenteras que produciría el amor se aumentaría en grado considerable.

Si pudiéramos suponer que se generalizara este sistema, el acrecentamiento de felicidad para la sociedad en su economía interna sería escasamente mayor que el que experimentaría en sus relaciones externas. Podría esperarse que la guerra, ese gran azote de la raza humana, cesaría pronto en tales circunstancias, de extender sus estragos con tanta frecuencia como lo hace hoy.

No cabe duda que una de sus primeras causas y uno de sus impulsos más poderosos fué la insuficiencia de espacio y de alimentos, y aun cuando las circunstancias de la humanidad han cambiado mucho desde sus comienzos, la misma causa continúa aún actuando y produciendo los mismos efectos, si bien en menor grado. La ambición de los príncipes no hallaría instrumentos de destrucción si las privaciones de las clases más bajas del pueblo no las empujara a alistarse bajo sus banderas. Un sargento encargado de allegar reclutas pide siempre que haya malas cosechas y falta de empleo, o, lo que es lo mismo, un exceso de población.

En las épocas primitivas del mundo, cuando la guerra era la ocupación más importante de la humanidad, y las bajas en la población eran por esta causa mucho mayores que en los tiempos modernos, los legisladores y los gobernantes de todos los países, teniendo en cuenta sobre todo los recursos ofensivos y defensivos, estimulaban por todos los medios posibles un aumento del número de habitantes, estigmatizaban la esterilidad y el celibato y honraban al matrimonio. Las religiones populares siguieron estas opiniones predominantes. En muchos países se veneraba solemnemente el poder proliífico de la naturaleza. En la religión de Mahoma, que se estableció por la espada, y cuya extensión no podía por menos de ir acompañada de una extraordinaria destrucción de sus adeptos, se estableció como uno de los principales deberes del hombre la procreación de hijos para glorificar al Creador y se consideraba a aquel que había tenido mayor número de descendientes como el que más méritos había contraído



a este respecto. Como es natural, la preponderancia de tales sentimientos morales tuvo una gran influencia para estimular el matrimonio, y la rápida multiplicación de seres humanos que siguió fué en parte el efecto y en parte la causa de guerras incesantes. Las vacantes ocasionadas por las desolaciones anteriores procuraban el vacío suficiente para criar nuevas generaciones y la superabundancia de población a que éstas daban lugar, suministraba con rapidez nuevos estímulos y nuevos instrumentos para la reanudación de las actividades. Bajo la influencia de tales sentimientos morales es difícil imaginar cómo pudo nunca abatirse la furia de las guerras incesantes.

El hecho de que la religión cristiana sitúe nuestros deberes con respecto al matrimonio y a la procreación desde un punto de vista distinto a todos los que antes habían existido, viene a confirmar su verdad y su divinidad, ya que así se adapta mejor a un estado más perfecto de la sociedad humana.

Sin entrar a estudiar minuciosamente el asunto, ya que esto nos llevaría demasiado lejos, creo que se admitirá que, si aplicamos el espíritu de las declaraciones de San Pablo respecto del matrimonio al estado actual de la sociedad y a la constitución de nuestra naturaleza, la consecuencia natural parece ser que, cuando el matrimonio no estorba a deberes más elevados es justo; cuando los estorba, es injusto. Según los verdaderos principios de la moral, "El método de aceptar la voluntad de Dios de acuerdo con las leyes de la naturaleza es investigar la tendencia del acto a fomentar o disminuir la felicidad general." Existen quizá muy pocos actos que tiendan en forma tan directa a disminuir la felicidad general como el casarse sin disponer de los medios para sostener a los hijos. Por consiguiente, el que comete este acto es evidente que peca contra la voluntad de Dios y habiéndose convertido en una carga para la sociedad en medio de la cual vive, y habiéndose hundido él y su familia en una situación en la cual es más difícil conservar costumbres virtuosas que en ninguna otra, ese hombre parece haber transgredido sus deberes para con su prójimo y para consigo mismo y haber escuchado la voz de la pasión sin atender a sus obligaciones más elevadas.

En una sociedad como la que he supuesto, cuyos miembros tratarían todos de alcanzar la felicidad obedeciendo el código moral derivado de la naturaleza y puesto en vigor mediante fuertes sanciones en la religión revelada, es evidente que semejantes matrimonios no podrían tener lugar, y al impedirse el exceso de población, se suprimiría uno de los principales estímulos para la guerra ofensiva y al mismo tiempo se tendería con fuerza a desarraigar aquellos dos

fatales desórdenes políticos, la tiranía y el tumulto interno, que se producen mutuamente.

Poco dispuesta para una guerra ofensiva, una sociedad semejante sería fuerte como una roca para resistir en una guerra defensiva. Allí donde cada familia poseyera con abundancia las cosas necesarias para la vida, y una parte decorosa de sus comodidades, no podría existir el anhelo de un cambio cualquiera en la situación, o esa indiferencia desalentadora que impulsa algunas veces a las clases más bajas del pueblo a decir: "Dejémosle venir; nunca estaremos peor que ahora." Todos los corazones y todas las manos se unirán para rechazar al invasor cuando cada individuo sienta el valor de las sólidas ventajas de que goza; y cuando toda perspectiva de cambio represente la posibilidad de perderlas.

Por consiguiente, puesto que queda demostrado que todos los individuos pueden evitar las consecuencias perniciosas, para ellos y para la sociedad, que resultan del principio de la población mediante la práctica de una virtud que con toda claridad dicta la naturaleza y que ordena expresamente la religión revelada, y puesto que tenemos todas las razones para creer que el ejercicio de esta virtud tendería más bien a aumentar que a disminuir la felicidad individual, no podemos tener ninguna razón para criticar la justicia divina por el hecho de que sus leyes generales hagan necesaria esta virtud y castiguen nuestras transgresiones con los males que resultan del libertinaje y los dolores que acompañan a las diversas formas de muerte prematura. Una sociedad verdaderamente virtuosa, como la que he supuesto, evitaría esos males. El fin aparente del Creador es el de desviarnos del vicio y de los dolores que éste acarrea y el de conducirnos a la virtud por la felicidad que produce. Este fin nos parece digno de un Creador benévolo. Las leyes de la naturaleza respecto a la población tienden a fomentar este fin. Por consiguiente, ninguna imputación a la benevolencia de Dios puede basarse en esas leyes que no sea igualmente aplicable a cualquiera de los males inherentes a un estado imperfecto de la existencia.

### CAPÍTULO III

*Del único modo eficaz de mejorar la situación del pobre.*

TODO AQUEL que publica un código moral o sistema de deberes, por muy convencido que esté de la obligación en que se halla cada indi-



a este respecto. Como es natural, la preponderancia de tales sentimientos morales tuvo una gran influencia para estimular el matrimonio, y la rápida multiplicación de seres humanos que siguió fué en parte el efecto y en parte la causa de guerras incesantes. Las vacantes ocasionadas por las desolaciones anteriores procuraban el vacío suficiente para criar nuevas generaciones y la superabundancia de población a que éstas daban lugar, suministraba con rapidez nuevos estímulos y nuevos instrumentos para la reanudación de las actividades. Bajo la influencia de tales sentimientos morales es difícil imaginar cómo pudo nunca abatirse la furia de las guerras incesantes.

El hecho de que la religión cristiana sitúe nuestros deberes con respecto al matrimonio y a la procreación desde un punto de vista distinto a todos los que antes habían existido, viene a confirmar su verdad y su divinidad, ya que así se adapta mejor a un estado más perfecto de la sociedad humana.

Sin entrar a estudiar minuciosamente el asunto, ya que esto nos llevaría demasiado lejos, creo que se admitirá que, si aplicamos el espíritu de las declaraciones de San Pablo respecto del matrimonio al estado actual de la sociedad y a la constitución de nuestra naturaleza, la consecuencia natural parece ser que, cuando el matrimonio no estorba a deberes más elevados es justo; cuando los estorba, es injusto. Según los verdaderos principios de la moral, "El método de aceptar la voluntad de Dios de acuerdo con las leyes de la naturaleza es investigar la tendencia del acto a fomentar o disminuir la felicidad general." Existen quizá muy pocos actos que tiendan en forma tan directa a disminuir la felicidad general como el casarse sin disponer de los medios para sostener a los hijos. Por consiguiente, el que comete este acto es evidente que peca contra la voluntad de Dios y habiéndose convertido en una carga para la sociedad en medio de la cual vive, y habiéndose hundido él y su familia en una situación en la cual es más difícil conservar costumbres virtuosas que en ninguna otra, ese hombre parece haber transgredido sus deberes para con su prójimo y para consigo mismo y haber escuchado la voz de la pasión sin atender a sus obligaciones más elevadas.

En una sociedad como la que he supuesto, cuyos miembros tratarían todos de alcanzar la felicidad obedeciendo el código moral derivado de la naturaleza y puesto en vigor mediante fuertes sanciones en la religión revelada, es evidente que semejantes matrimonios no podrían tener lugar, y al impedirse el exceso de población, se suprimiría uno de los principales estímulos para la guerra ofensiva y al mismo tiempo se tendería con fuerza a desarraigar aquellos dos

fatales desórdenes políticos, la tiranía y el tumulto interno, que se producen mutuamente.

Poco dispuesta para una guerra ofensiva, una sociedad semejante sería fuerte como una roca para resistir en una guerra defensiva. Allí donde cada familia poseyera con abundancia las cosas necesarias para la vida, y una parte decorosa de sus comodidades, no podría existir el anhelo de un cambio cualquiera en la situación, o esa indiferencia desalentadora que impulsa algunas veces a las clases más bajas del pueblo a decir: "Dejémosle venir; nunca estaremos peor que ahora." Todos los corazones y todas las manos se unirán para rechazar al invasor cuando cada individuo sienta el valor de las sólidas ventajas de que goza; y cuando toda perspectiva de cambio represente la posibilidad de perderlas.

Por consiguiente, puesto que queda demostrado que todos los individuos pueden evitar las consecuencias perniciosas, para ellos y para la sociedad, que resultan del principio de la población mediante la práctica de una virtud que con toda claridad dicta la naturaleza y que ordena expresamente la religión revelada, y puesto que tenemos todas las razones para creer que el ejercicio de esta virtud tendería más bien a aumentar que a disminuir la felicidad individual, no podemos tener ninguna razón para criticar la justicia divina por el hecho de que sus leyes generales hagan necesaria esta virtud y castiguen nuestras transgresiones con los males que resultan del libertinaje y los dolores que acompañan a las diversas formas de muerte prematura. Una sociedad verdaderamente virtuosa, como la que he supuesto, evitaría esos males. El fin aparente del Creador es el de desviarnos del vicio y de los dolores que éste acarrea y el de conducirnos a la virtud por la felicidad que produce. Este fin nos parece digno de un Creador benévolo. Las leyes de la naturaleza respecto a la población tienden a fomentar este fin. Por consiguiente, ninguna imputación a la benevolencia de Dios puede basarse en esas leyes que no sea igualmente aplicable a cualquiera de los males inherentes a un estado imperfecto de la existencia.

### CAPÍTULO III

*Del único modo eficaz de mejorar la situación del pobre.*

TODO AQUEL que publica un código moral o sistema de deberes, por muy convencido que esté de la obligación en que se halla cada indi-



viduo a sujetarse estrictamente al mismo, no comete nunca la locura de imaginar que se acatará por todos, ni siquiera por la mayoría; pero esto no es una objeción válida contra su publicación. Si lo fuera, habría que aplicarla siempre, y careceríamos en absoluto de reglas de carácter general; así, a los vicios de la humanidad que se derivan de la tentación se añadiría una lista mucho más larga que la que tenemos al presente de vicios debidos a la ignorancia.

A juzgar por lo que nos indica la misma naturaleza, si estamos convencidos de la miseria que se deriva de una población excesiva por un lado, y por otro de los males y la infelicidad que produce, sobre todo a la mujer, la promiscuidad en las relaciones sexuales, no veo cómo podrá, quien reconozca el principio de la utilidad como elemento fundamental de las reglas morales, ocultar la conclusión de que la continencia moral —o sea el abstenerse de contraer matrimonio hasta que estamos en situación de sostener una familia, y guardando una conducta perfectamente moral durante ese intervalo— es la línea estricta de conducta a seguir, y es indudable que si a esto se añade la revelación, el deber en cuestión se confirma con gran fuerza. Al mismo tiempo creo que pocos de mis lectores serán tan pesimistas como yo en lo que respecta a la esperanza de que pueda producirse ningún cambio súbito e importante en la conducta general del hombre a este respecto; la principal razón por la cual en el último capítulo me permití suponer el predominio universal de esta virtud fué mi intención de evitar cualquier imputación a la bondad de Dios haciendo ver que los males que se derivan del principio de la población son exactamente de la misma naturaleza que la generalidad de otros males que excitan menos quejas; que la ignorancia humana y la indolencia hacen que aumenten aquellos males, y la instrucción y la virtud hacen que disminuyan, y que suponiendo que todos los individuos cumplieran con su deber se suprimirían casi por completo sin que por ello se disminuyeran aquellas fuentes de placer que se derivan de la satisfacción mesurada de las pasiones y que se han considerado con justicia como los principales ingredientes de la felicidad humana.

No creo que pueda ofender a nadie el que tracemos el cuadro de una sociedad en la cual se supone que todos los individuos cumplirán con sus deberes, si ello ha de servir de ilustración y no parece que pueda tacharse con justicia de visionario a un escritor que considere necesaria para la utilidad práctica de su sistema esa obediencia universal, y en aquel grado de mejoramiento parcial que es todo lo que racionalmente puede esperarse del más exacto conocimiento de nuestros deberes.

A este respecto existe una diferencia esencial entre aquel estado perfecto de la sociedad que he supuesto en el capítulo anterior, y la mayor parte de todas las demás especulaciones que se han hecho sobre este mismo asunto. El perfeccionamiento que allí hemos supuesto, si es que nunca nos hubiéramos de aproximar a él, se ha de efectuar en la forma en que nos hemos habituado a considerar todos los grandes perfeccionamientos humanos, esto es, mediante una aplicación directa al interés y la felicidad de cada individuo. No se nos exige actuar por motivos a los cuales no estamos acostumbrados; perseguir un beneficio general que quizás no comprendemos bien, o cuyo efecto puede debilitarse por la distancia y la difusión. La felicidad del conjunto tiene que ser el resultado de la felicidad de los individuos, y empezar por ellos. No se necesita la cooperación. Cada paso cuenta. Aquel que cumple sus deberes con lealtad recogerá todo el fruto de los mismos, cualquiera que sea el número de los que los cumplen. Este deber puede comprenderlo la persona de inteligencia más limitada. Se reduce simplemente a no traer al mundo seres para los cuales no pueda hallar los medios de subsistencia. Una vez que se haya aclarado el asunto de toda la oscuridad de que lo han rodeado las leyes parroquiales y la benevolencia privada, todos los hombres tienen que sentirse convencidos de la necesidad de cumplir tal obligación. Si no puede sostener a sus hijos, éstos tendrán que morir de hambre; quien se casa enfrentándose con la probabilidad de que no podrá sostener a sus hijos, es culpable de todos los males que atrae sobre sí, sobre su mujer y sobre aquéllos. Es evidente que le interesa aplazar su matrimonio hasta que gracias a su actividad y a su economía sea capaz de sostener a los hijos que puede esperar como consecuencia del mismo, ya que ello contribuirá en gran medida a fomentar su felicidad, y como entretanto no puede satisfacer sus pasiones sin violar un mandamiento expreso de Dios y sin correr el riesgo de perjudicarse a sí mismo o a alguno de sus semejantes, la consideración de su propio interés y su propia felicidad le dictará la obligación de observar una conducta moral mientras permanezca soltero.

—Por muy fuertes que sean los impulsos de la pasión, la razón suele atenuarlos hasta cierto punto. No puede calificarse de visionaria la suposición de que si se explican con la mayor claridad a cada hombre las causas verdaderas y permanentes de la pobreza, esto influiría algo, y quizás mucho, sobre su conducta; por lo menos puede decirse que no se ha hecho hasta ahora el ensayo. Casi todo lo que se ha hecho hasta ahora por el pobre ha tendido, como si estuviera inspirado por el cuidado más solícito, a echar un velo de oscuridad sobre esta materia y a ocultarle la verdadera causa de su pobreza.



— Cuando el salario de un trabajador basta escasamente para sostener dos hijos, el hombre se casa y tiene cinco o seis; como es natural, se encuentra después en medio de los mayores apuros. Acusa a la insuficiencia del salario la imposibilidad de sostener una familia. Acusa a su parroquia por el tardío y parsimonioso cumplimiento de la obligación de socorrerle. Acusa de avaricia a los ricos, que consienten que él carezca de lo que ellos podrían muy bien prescindir. Tacha de parciales e injustas a las instituciones sociales, que le han asignado una participación inadecuada en los productos de la tierra. Llega quizás a acusar a la Providencia, que le ha asignado un puesto en la sociedad tan rodeado de inevitable miseria y dependencia. Buscando objetos de acusación, nunca echa de ver de dónde proceden todos sus infortunios. La última persona que pensaría acusar sería precisamente a sí mismo, en quien recae en realidad la principal culpa, excepto en la parte de engaño que hay por parte de las clases más altas de la sociedad. Tal vez llegue a desear no haberse casado, ya que ahora se da cuenta de los inconvenientes que ello le acarrea, pero nunca entra en su cabeza que haya podido hacer algo que no debiera haber hecho. Se le ha dicho siempre que el engendrar súbditos para su rey y su país es un acto loable. Lo ha hecho y, no obstante, sufre a causa de ello, y no puede por menos de parecerle muy injusto y cruel, por parte de su rey y de su país, el que se le abandone y se le deje sufrir a cambio de darles lo que uno y otro declaran siempre desear de él.

Mientras no se hayan corregido esas ideas erróneas y se haya hecho oír el lenguaje de la naturaleza y la razón sobre el asunto de la procreación, en lugar del lenguaje del prejuicio y del error, no puede decirse que se ha hecho un experimento leal con el entendimiento del pueblo; no podemos con justicia acusarle de imprevisión y de falta de laboriosidad mientras actúen, como sucede hoy, después que se le ha hecho comprender que es él mismo el causante de su propia miseria; que está en su mano, y no en las de ningunas otras personas, el remediar el mal; que la sociedad en la cual vive y el gobierno que la preside no tienen ningún poder directo a este respecto; y que por muy ardientemente que deseen socorrerle, y cualesquiera que sean las tentativas que hagan en ese sentido, son, en realidad, incapaces de realizar lo que con muy buena voluntad prometen pero no pueden cumplir; que, cuando el salario de un trabajador ordinario no basta para sostener una familia, es señal incontrovertible de que su rey y su país no necesitan más súbditos, o a lo menos que no pueden sostenerlos; que, si a pesar de ello se casan, lejos de cumplir un deber para con la sociedad, lo que hacen es echar sobre ella una carga inútil, al mismo tiempo que ellos mismos se hunden en la miseria;

que proceden en sentido opuesto a la voluntad de Dios, y que echan sobre sí enfermedades que pudieran evitarse — todas, o una buena parte— si hubiera atendido las advertencias que Aquél hace valiéndose de las leyes generales de la naturaleza a todo sea racional.

Paley observa, en su *Moral Philosophy*, que en los países

en los cuales escasean las subsistencias, incumbe al estado vigilar la moral pública con mayor solícitud, pues nada que no sea el instinto natural, bajo el freno de la castidad, inducirá a los hombres a emprender el trabajo, o a consentir en el sacrificio de la libertad personal y de la satisfacción de sus apetitos, que exige en circunstancias semejantes el sostenimiento de una familia.

Es cierto que el estado tiene siempre el deber de realizar todos los esfuerzos que puedan ser eficaces para desalentar el vicio y fomentar la virtud, y que esos esfuerzos no deben disminuir, cualesquiera que sean las circunstancias accidentales. Los medios propuestos son, pues, siempre buenos; pero el fin especial que se persigue en este caso parece ser absolutamente criminal. Queremos obligar a la gente a casarse cuando por la escasez reconocida de los medios de subsistencia tendrá poca probabilidad de poder sostener a sus hijos. De igual manera podríamos obligar a echarse al agua a quienes no saben nadar. En ambos casos tentamos imprudentemente a la Providencia. En ninguno de los dos casos tenemos razones para esperar que se realice un milagro que nos salve, en un caso de morir ahogados, en el otro de la miseria y la mortandad que resultan de nuestra conducta.

El fin que deben perseguir todos aquellos que desean sinceramente mejorar la situación de las clases más bajas de la sociedad tiene que ser procurar que sea mayor la proporción entre el precio del trabajo y el de las provisiones, de manera que permita al trabajador disponer de una parte mayor de comodidades y de cosas necesarias para la vida. Hasta ahora se ha intentado principalmente esto estimulando a los matrimonios pobres y en consecuencia aumentando el número de trabajadores, haciendo así que haya en el mercado superabundancia de una mercancía que por otra parte deseamos que esté cara. No parece que fuera necesario un gran espíritu de adivinación para predecir el fracaso seguro de semejante procedimiento. No obstante, no hay nada como la experiencia. Se ha ensayado en muchos países distintos, y durante muchos cientos de años, y el fracaso ha correspondido siempre a la naturaleza del proyecto. Es ya tiempo de que ensayemos alguna otra cosa.

Cuando se vió que el oxígeno, o aire vital puro, no curaba la tisis como se había esperado, sino que agravaba sus síntomas, se ensayó un aire de naturaleza completamente opuesta. ¡Ojalá hubiéramos procedido con el mismo espíritu filosófico en nuestras tentativas



para curar la enfermedad de la miseria. Habiéndonos dado cuenta de que el engendrar más y más trabajadores sólo tendía a agravar los síntomas, hubiéramos ensayado cuál hubiera sido el efecto de restringir esa creación de trabajadores.

Sólo mediante el empleo de este método podemos esperar racionalmente mejorar en forma permanente la situación de las clases trabajadoras del pueblo en los países antiguos y muy poblados.

Al tratar de elevar la proporción entre la cantidad de provisiones y el número de consumidores de cualquier país, es natural que nuestra atención se dirigiera primero hacia el aumento de la cantidad absoluta de provisiones; pero hallando que, por muy aprisa que hiciéramos esto, el número de consumidores crecería aún más aprisa, y que a pesar de todos nuestros esfuerzos no adelantábamos nada, nos convenceríamos de que en esa dirección no alcanzaríamos nunca el éxito. Sería como poner una tortuga a perseguir una liebre. Hallando, por consiguiente, que según las leyes de la naturaleza no podíamos proporcionar el alimento a la población, nuestra siguiente tentativa debiera ser naturalmente el proporcionar la población al alimento. Si podemos persuadir a la liebre de que se acueste, es probable que la tortuga pueda alcanzarla.

No quiere esto decir que hayamos de disminuir nuestros esfuerzos para aumentar la cantidad de provisiones, sino que hemos de combinarlos con otro esfuerzo de distinta naturaleza: con el de mantener la población, una vez que se la ha controlado, con tal retraso respecto a aquéllas que se mantenga la proporción relativa que deseamos; uniríamos así los dos grandes *desiderata*: una numerosa población efectiva y un estado de la sociedad en el cual la pobreza y la dependencia fueran casi desconocidas; dos objetivos que están muy lejos de ser incompatibles.

Si procedemos con seriedad en lo que parece ser el fin de una investigación de esta naturaleza —la manera de mejorar en forma esencial y permanente la situación de los pobres— tenemos que explicar a éstos la verdadera naturaleza de su situación, y demostrarles que la disminución de la oferta de trabajo es la única manera posible de hacer subir efectivamente su precio, y que sólo ellos, siendo los poseedores de esta mercancía, pueden hacerlo.

No puedo por menos de considerar esta manera de disminuir la pobreza como tan perfectamente clara en teoría, y tan confirmada por la analogía con todas las demás mercancías que se llevan al mercado, que nada podría justificar que no intentáramos ponerla en ejecución a no ser que se demostrara que había de producir mayores males que los que pretende remediar.

## INDICE.

	Pág.
Ensayo (Mc Nall Burns).....	1
<b>L e c t u r a s</b>	
Tema A: La revolución Agraria	
<u>Cercamientos</u> .....	23
Benjamin Disraeli: <u>Sibilla, o las dos naciones</u> .....	32
Tema B: La máquina y la fábrica.	
Andrew Ure: <u>Filosofía de las manufacturas</u> .....	50
<u>Los destructores de maquinaria (Luddites)</u> .....	63
Tema C: El problema demográfico.	
Malthus: <u>Ensayo sobre el principio de la población</u> .....	74

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



para curar la enfermedad de la miseria. Habiéndonos dado cuenta de que el engendrar más y más trabajadores sólo tendía a agravar los síntomas, hubiéramos ensayado cuál hubiera sido el efecto de restringir esa creación de trabajadores.

Sólo mediante el empleo de este método podemos esperar racionalmente mejorar en forma permanente la situación de las clases trabajadoras del pueblo en los países antiguos y muy poblados.

Al tratar de elevar la proporción entre la cantidad de provisiones y el número de consumidores de cualquier país, es natural que nuestra atención se dirigiera primero hacia el aumento de la cantidad absoluta de provisiones; pero hallando que, por muy aprisa que hiciéramos esto, el número de consumidores crecería aún más aprisa, y que a pesar de todos nuestros esfuerzos no adelantábamos nada, nos convenceríamos de que en esa dirección no alcanzaríamos nunca el éxito. Sería como poner una tortuga a perseguir una liebre. Hallando, por consiguiente, que según las leyes de la naturaleza no podíamos proporcionar el alimento a la población, nuestra siguiente tentativa debiera ser naturalmente el proporcionar la población al alimento. Si podemos persuadir a la liebre de que se acueste, es probable que la tortuga pueda alcanzarla.

No quiere esto decir que hayamos de disminuir nuestros esfuerzos para aumentar la cantidad de provisiones, sino que hemos de combinarlos con otro esfuerzo de distinta naturaleza: con el de mantener la población, una vez que se la ha controlado, con tal retraso respecto a aquéllas que se mantenga la proporción relativa que deseamos; uniríamos así los dos grandes *desiderata*: una numerosa población efectiva y un estado de la sociedad en el cual la pobreza y la dependencia fueran casi desconocidas; dos objetivos que están muy lejos de ser incompatibles.

Si procedemos con seriedad en lo que parece ser el fin de una investigación de esta naturaleza —la manera de mejorar en forma esencial y permanente la situación de los pobres— tenemos que explicar a éstos la verdadera naturaleza de su situación, y demostrarles que la disminución de la oferta de trabajo es la única manera posible de hacer subir efectivamente su precio, y que sólo ellos, siendo los poseedores de esta mercancía, pueden hacerlo.

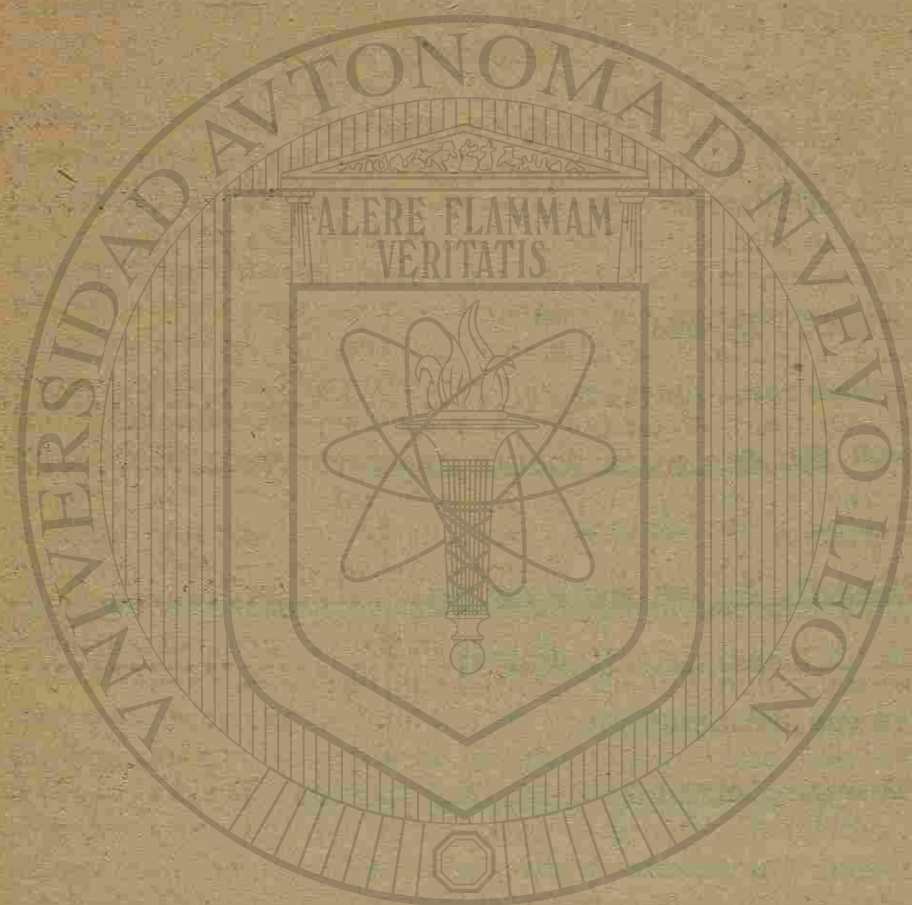
No puedo por menos de considerar esta manera de disminuir la pobreza como tan perfectamente clara en teoría, y tan confirmada por la analogía con todas las demás mercancías que se llevan al mercado, que nada podría justificar que no intentáramos ponerla en ejecución a no ser que se demostrara que había de producir mayores males que los que pretende remediar.

I N D I C E.

	Pág.
Ensayo (Mc Nall Burns).....	1
L e c t u r a s	
Tema A: La revolución Agraria	
<u>Cercamientos</u> .....	23
Benjamin Disraeli: <u>Sibilla, o las dos naciones</u> .....	32
Tema B: La máquina y la fábrica.	
Andrew Ure: <u>Filosofía de las manufacturas</u> .....	50
<u>Los destructores de maquinaria (Luddites)</u> .....	63
Tema C: El problema demográfico.	
Malthus: <u>Ensayo sobre el principio de la población</u> .....	74

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRAL DE BIBLIOTECAS





Se terminó de imprimir en la Sección  
de Impresos de la Facultad de Eco-  
nomía de la Universidad de Nue-  
vo León, el día 24 de Sept.-  
de 1964. Abasolo 907 Oriente  
Monterrey, N.L. México.  
La edición estuvo bajo  
el cuidado del Prof.  
Arturo Cantú y  
consta de 1350  
ejemplares.

U A N L

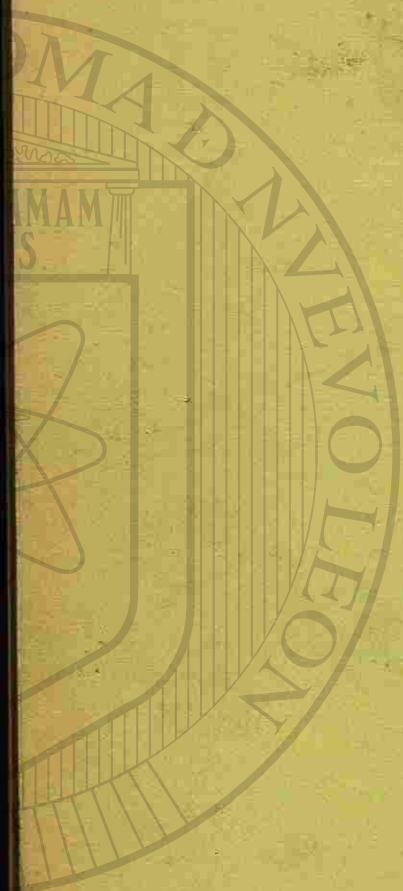
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA